

EL COLEGIO DE MEXICO

CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

EL PENSAMIENTO CONSERVADOR EN LOS ESTADOS UNIDOS

Tesis para optar por el grado de
Licenciado en Relaciones Internacionales

DENISE EUGENIA DRESSER GUERRA

México D.F.

1985

A J.D.

In Memoriam

Mi agradecimiento al Profesor Rafael Segovia
y a Micaela Chávez

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	
I. EL CONSERVADURISMO EN LA HISTORIA	
De 1607 a 1865: la construcción	2
De 1865 a 1929: la transición	12
De 1929 a 1984: decadencia y resurgimiento..	24
II. LOS BALUARTE DEL CONSERVADURISMO MODERNO	
A. El conservadurismo filosófico	32
Hanna Arendt: entre el pasado y el futuro	35
Leo Strauss: en defensa de la filosofía política	42
B. El conservadurismo individualista	51
Milton Friedman: la apología del libre mercado..	54
C. El conservadurismo moderado	60
William F. Buckley, Jr.: la cruzada en contra	62
del liberalismo	
III. CONSERVADURISMO Y LIBERALISMO: LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA	
A. Paradojas	
La tradición norteamericana: el liberalismo con-	71
servador	
B. Contradicciones	
El liberalismo en crisis	86

IV. EL NEOCONSERVADURISMO: LA ESPERANZA RESTAURADA

A. La coyuntura	89
Por el camino de la derecha	93
La filosofía de la antipolítica	101
B. Los protagonistas	
Daniel Bell: el fin de la ideología	110
Robert A. Nisbet: el ocaso de la autoridad	120
Nathan Glazer: la negación de la pobreza	126
Kristol, Wilson y Banfield	133

V. LA NUEVA DERECHA: LA ESPERANZA RADICALIZADA

A. La política del extremismo	139
Lineamientos ideológicos	144
Reagan, reaganismo y la Nueva Derecha	153
B. Una breve guía de la Nueva Derecha	156
El Consejo Americano de Intercambio Legislativo	156
El lobby de la vida americana	156
La Voz Cristiana	157
El Comité para la Supervivencia de un Congreso	
Libre	158
El Caucus Conservador	159
El Foro Aguila	160
El Consejo de la Libertad	161
La Fundación Heritage	162
La Asociación Evangelista James Robinson	163

El Lobby de la Libertad	164
Mayoría Moral Inc.	165
El Club Congresista Nacional	166
El Comité Nacional Conservador de Acción Política	167
El Foro Pro-familia	168
La Mesa Redonda Religiosa	169
La Compañía Richard A. Viguerie	169
CONCLUSIONES	170
BIBLIOGRAFIA	187

Introducción

Estados Unidos actualmente camina a través de los laberintos de su política y de sus recursos con despreocupación; pero vendrá un tiempo en el que se sorprenderá de encontrarse viejo -un país tenso y perplejo- y se verá obligado a adoptar un nuevo régimen de vida, cuidar sus recursos, concentrar su fuerza, enderezar sus métodos, corregir sus visiones y confiar en sus mejores hombres

Woodrow Wilson

Woodrow Wilson tenía razón: uno de los hechos más relevantes de la década de los ochenta en Estados Unidos es el resurgimiento del conservadurismo como una fuerza vigorosa tanto en el mundo político como intelectual. Los signos de este renacimiento conservador son altamente visibles. Después de años de exilio, al margen de la respetabilidad, la palabra en sí es adoptada por hombres que anteriormente hubieran preferido ser acusados de cualquier cosa, menos de ser conservadores. Políticos, escritores, empresarios y editores promulgan los temas de la resurrección; las universidades incluyen en su cuerpo docente a hombres que encuentran inspiración en Coleridge y Burke en lugar de Whitman y Jefferson. La corriente del conservadurismo contemporáneo forma patrones confusos, pero pocos niegan que es honda y fuer-

te. Aunque probablemente no constituye la corriente dominante en la vida norteamericana, sin lugar a dudas es una poderosa, y requiere de la comprensión que hasta ahora le ha sido negada por quienes quisieran encerrarla en un dique.

En años recientes surge una cantidad considerable de investigación académica diseñada para definir y evaluar el liberalismo dentro del pensamiento norteamericano. Pero mucha menor atención es prestada al conservadurismo: la poca literatura que existe proviene de apologistas o detractores recalcitrantes. La explicación de este descuido reside en que la mayor parte de los politólogos o sociólogos se cuestionan la existencia de una tradición conservadora dentro del pensamiento político norteamericano. Afirman que éste encuentra sus orígenes en la mancuerna Locke-Jefferson y consecuentemente es innegablemente liberal. Aunque se percibe que uno de los dos grandes partidos es más conservador que el otro en cuanto a sus principales orientaciones, existe demasiada ambigüedad en cuanto al papel y la función de los partidos dentro del sistema político como para distinguir con claridad las diferencias entre ambos. Pensadores y hombres de Estado conservadores -cuando aparecen en escena -tienden a actuar dentro de un consenso liberal que no concede mucha libertad de acción para el surgimiento de una auténtica ideología conservadora. Uno de los objetivos del presente trabajo es demostrar la presencia del conservadurismo -específicamente norteamericano y sui generis- en Estados Unidos desde la fundación de la República.

Es un hecho innegable que el término "conservadurismo" constituye una de las palabras más difíciles de definir en el glosario del pensamiento y la oratoria política. Cronológicamente el conservadurismo es una filosofía que surge a partir de la Revolución Francesa. Sin duda hubo conservadores anteriores a Edmund Burke, pero no es sino hasta que este hombre y sus colegas se enfrentan al radicalismo de su época que el conservadurismo adquiere vida propia como escuela de pensamiento político. Reflexiones sobre la Revolución en Francia (1790) es considerada como la primera exposición consciente de principios conservadores (1). Eventos igualmente importantes para el surgimiento del conservadurismo son la Revolución Industrial- que convierte al cambio en lugar de la estabilidad en el estilo esencial del progreso social- y el fortalecimiento del racionalismo, que coloca a la razón en lugar de la tradición como la guía principal de la conducta humana. El resultado es una fe política encaminada específicamente al mantenimiento de la estabilidad y la tradición. Y Burke seguramente es el primero en publicarla en las calles de Askelon.

Ideológicamente este conservadurismo está lleno de dudas severas en cuanto a la bondad y la igualdad de los hombres, la sabiduría y las posibilidades de reforma, y la capacidad de la mayoría para gobernarse a sí misma.

(1) Russell Kirk, The conservative mind from Burke to Eliot (South Bend, Indiana: Gateway Press, c1978) p. 16.

En términos generales podría afirmarse que el credo conservador está compuesto por los siguientes principios:

- 1) El hombre es básicamente un animal religioso y la religión es el cimiento de la sociedad civil. La sanción divina es inherente a un orden social legítimo.
- 2) La sociedad es el producto natural, orgánico del crecimiento histórico lento. El Derecho está en función - del tiempo.
- 3) El hombre es una mezcla de instinto, emoción y razón. La prudencia, el prejuicio, la experiencia y el hábito son mejores guías que la razón, la lógica, las abstracciones y la metafísica. La verdad existe en experiencia concreta, no en proposiciones universales.
- 4) La comunidad es superior al individuo. Los derechos - del hombre derivan de sus obligaciones. El mal está - enraizado en la naturaleza humana, no en ninguna institución particular.
- 5) Excepto en un sentido moral último, los hombres no son iguales. La organización social es compleja y siempre incluye a una variedad de clases, órdenes y grupos. - La diferenciación, la jerarquía y el liderazgo son características inevitables de toda sociedad.
- 6) Existe una predisposición en favor de todo proyecto ya

elaborado de gobierno en contra de todo proyecto aún no probado. Las esperanzas son muchas pero su visión es corta. Los esfuerzos para remediar males existentes usualmente generan males aún más grandes.(2)

Sin embargo Huntington también afirma que el conservadurismo se desarrolla para satisfacer una necesidad histórica específica. En cada caso, en cada país, la articulación del conservadurismo surge como respuesta a una situación social específica. Y en Estados Unidos el conservadurismo en su versión clásica burkeana no encuentra terreno fértil, por motivos que serán expuestos a lo largo del trabajo. Emerge en lugar de él, un estilo conservador peculiar. Lleno de paradojas, rico en matices y diverso en membresía.

2

Las elecciones de 1980 --y aún más las de 1984-- manifiestan de manera clara la desintegración de los alineamientos políticos dominantes en Estados Unidos desde la década de los treinta. El presente se caracteriza por el deterioro de la forma dominante --el liberalismo-- y los esfuerzos por constituir una nueva unidad, a través del denominado "neoconservadurismo tecnológico".

Los resultados electorales representan la victoria de una coalición de centro-derecha, bajo el liderazgo de la derecha, -

(2) Samuel Huntington. "Conservatism as Ideology" en The American Political Science Review, Vol. LI, No. 2, junio 1957, p. 456.

que irrumpe sobre el escenario político norteamericano buscando promover el apoyo a temas sociales y políticos específicos: la oposición al aborto y a la reglamentación gubernamental; la recuperación del liderazgo a nivel mundial, la restitución de espacio para la iniciativa privada, etc.

Los eventos dentro de la sociedad norteamericana durante los últimos cinco años se llevan a cabo dentro de un período de transición. Las presiones en favor o en contra de una expansión del Estado surgen en el discurso político como una lucha por definir cuál es el papel más adecuado del Estado en la vida económica y social. Los debates giran en torno al "gran gobierno" y al supuesto desorden --legado de los sesenta-- producido por una excesiva democratización política. Los cambios en las relaciones entre hombres y mujeres comienzan a discutirse en términos políticos explícitos. Se afirma que Estados Unidos atraviesa una crisis en lo que respecta a la familia y el orden social y moral. En cuanto a la dimensión internacional se percibe que el Tratado del Canal de Panamá, las relaciones con el nuevo régimen iraní y el Tratado SALT II ponen en juego la definición del papel de Estados Unidos en el mundo.

Estados Unidos en 1980 es un país en transición, con todo lo que esto implica. Como afirma John Stuart Mill:

En una época de transición las divergencias que existen entre los hombres no instruidos nulifican su autoridad, y los instruidos pierden la fe en ellos. Las multitudes se hallan sin guías y la sociedad se ve expuesta a los errores y peligros que surgen cuando personas que no han

estudiado jamás con detenimiento y amplitud ninguna rama del saber se ponen a juzgar aspectos particulares de ellas. (...) ¿Dónde está la autoridad digna o merecedora? En ninguna parte. Y esto nos revela el carácter peculiar, y al mismo tiempo, la inconveniencia peculiar de un período de transición.(3)

Y la respuesta norteamericana parece ser el viraje hacia el conservadurismo. La sociedad a la cual gobierna Reagan abarca a un conservadurismo de masas que incluye a grupos que se encuentran en la extrema derecha del Partido Republicano así como las fuerzas tradicionalistas del Sur y otras regiones. Esta fuerza asciende aproximadamente a un tercio del electorado actual; incorpora, además, a una serie de fuerzas políticas diversas: la llamada Nueva Derecha; el conservadurismo republicano tradicional; secciones del Partido Demócrata del Sur y los llamados "neoconservadores". Desde 1980 la fuerza política dominante parece ser el conservadurismo republicano tradicional, que a su vez establece compromisos con otras fuerzas, especialmente con la Nueva Derecha. La figura de Reagan condensa tanto el dominio del conservadurismo republicano como los nuevos desafíos que debe enfrentar. Pero los grupos de derecha y centro-derecha no monopolizan el poder: se encuentran en un constante estira y afloja con otras tendencias dentro del espectro político. La primera de ellas está constituida por un liberalismo social centrista que abarca aproximadamente la mitad del electorado actual y varía desde el pequeño grupo "progresista" del Par-

(3) John Stuart Mill citado por Daniel Bell en "Estados Unidos: rebeldía y autoridad en los setentas". Vuelta 94, Año VIII, 1984, p. 16.

tido Republicano --Anderson es un ejemplo-- hasta el centro del Partido Demócrata. La segunda tendencia --quizás demasiado incoherente en este momento para ser llamada una tendencia; es - más bien un espacio político-- se extiende desde la izquierda del Partido Demócrata hasta una serie de pequeñas fuerzas políticas incluso más radicales. Alcanza, como máximo a una sexta parte del electorado actual. Incluye una fracción del movimiento sindical; grupos con intereses políticos formados durante el período New Deal/ Fair Deal y a algunas de las nuevas fuerzas políticas que se configuraron en los años sesenta: los movimientos feministas y ecologistas.

A pesar de la pugna entre los distintos grupos, el predominio conservador es innegable, lo cual implica un cambio radical en el estilo político en Estados Unidos. En los próximos años, las cuestiones por resolver se refieren a la amplitud y durabilidad de dicho cambio. La gran pregunta a ser contestada: ¿Realmente se configuró un alineamiento nuevo y coherente? Por lo tanto, los próximos años son de crucial importancia para las configuraciones políticas de lo que resta del siglo. Debe enfatizarse la extraordinaria volubilidad de la situación actual. Hay quienes afirman que la coyuntura ha conducido al conservadurismo a presentar un plan que persigue el menor riesgo posible, en el que Reagan ofrece a hombres y mujeres convertirse en todo tipo de cosas y termina por no representar nada para nadie. Simone de Beauvoir afirma que para descifrar las ideologías de derecha contemporánea, conviene siempre recordar que se elaboran bajo el

signo de la derrota. Pero sólo la evolución de los acontecimientos en el futuro será capaz de reforzar o negar esta afirmación.

El presente trabajo constituye un estudio de las ideas que configuran al conservadurismo en Estados Unidos; de los principios que han inspirado a los conservadores en el pasado, que aparentemente los inspiran en el presente y que probablemente los inspirarán en el futuro.

El conservadurismo no puede ser analizado independientemente de su historia, por lo que en el Capítulo I se hace una breve revisión de su desarrollo dentro del pensamiento político norteamericano. El Capítulo II presente un breve estudio de cuatro pensadores --y se reconoce la arbitrariedad como criterio de su selección-- que se caracterizan por presentar rasgos conservadores en sus respectivas visiones. Por otra parte, al conservadurismo siempre se le ha considerado como una tendencia secundaria dentro de un escenario dominado por el liberalismo --por lo que en el Capítulo III se intenta explicar el porqué de este fenómeno, así como la interrelación entre ambas corrientes. El estudio de las manifestaciones actuales del conservadurismo --tanto neoconservadoras como nuevo derechistas-- queda comprendido dentro de los capítulos IV y V. Finalmente se hace una evolución de la llamada "revolución" conservadora que ha acompañado a la presente administración norteamericana junto con las perspectivas a futuro y los obstáculos a los cuales se tendrá que enfrentar.

I. El Conservadurismo en la Historia

Los hombres de la derecha están presentes en el escenario norteamericano desde principios de su historia: durante siglos todo tipo de norteamericanos luchan por defender los preceptos de un conservadurismo sui generis. Mirando hacia el pasado no resulta una labor fácil distinguir a la derecha, ya que ésta -tanto como la izquierda- cambia sustancialmente a través de los años bajo la presión del avance social: los ataques de una generación con frecuencia son la defensa conservadora de la que le sigue. Y tanto como cualquier otra inclinación política, la derecha norteamericana no disfruta de un monopolio de virtud, sabiduría, éxitos o fracasos.

Sin embargo existe una cierta unidad -si no continuidad consciente- entre la sucesión dispersa de grupos y movimientos denominados "conservadores". Esta forma de pensamiento y acción presenta a lo largo del tiempo varias características persistentes. Aunque reúne a hombres de todas las clases, atrae principalmente a una gran proporción de los "bien nacidos" situados en posiciones económicas y sociales acomodadas. Estos hombres proveen la mayor parte de la energía y los recursos que han mantenido y mantienen al conservadurismo funcionando como tal. En segundo lugar es un grupo que se opone consistentemente a la búsqueda de poder político por movimientos dedi-

cados fundamentalmente a la representación de los intereses de grupos trabajadores o agrarios. En suma: nada en contra de varias corrientes reformistas -tales como el Movimiento Progresista de la primera década del siglo XX- presentes en Estados Unidos desde sus orígenes. Finalmente, es un conjunto de hombres que permanece escéptico frente a la "tradición liberal" y las promesas más extravagantes de la democracia norteamericana aun cuando aplaude la tradición y formula sus propias promesas de acuerdo con sus propios objetivos. Su actitud respecto a la democracia varía con el tiempo pero nunca acepta por completo los lineamientos del "gobierno de la mayoría". La siguiente exposición abarca una historia resumida del pensamiento político conservador, desde los primeros settlers hasta la fecha: su filosofía, influencia y objetivos.

De 1607 a 1895: la Construcción

Las ideas del conservadurismo colonial repercuten profundamente sobre los primeros años de la República, encontrando voceros en tres movimientos: la oligarquía puritana, los whigs conservadores y los tories. Los primeros líderes de Massachusetts y Connecticut sientan los cimientos de la facción conservadora en el nuevo país. La oligarquía puritana empieza la defensa de su forma de vida firmemente establecida en los puestos de poder. Paradójicamente estos hombres -que en Inglaterra son condenados por su radicalismo y desafío al orden establecido al arribar a la Tierra Prometida se convierten en conservadores; hombres que fundan un "orden establecido" a su gusto.

Desde el principio este orden se ve amenazado por disidencias, secularizaciones y las demandas de pobladores menos afortunados -muchos de ellos tan buenos puritanos como los oligarcas- por mayor participación en los asuntos públicos. Los puritanos conservadores se enfrentan a los "fanáticos" con una filosofía política que enarbola los siguientes principios: (4)

"La depravación de los hombres y la incompetencia política de la mayoría;

La desigualdad inherente de los hombres y la consecuencia inevitable de las órdenes y las clases;

El gobierno en manos de una aristocracia ética, escogida y compuesta por hombres con ingerencia tanto religiosa como económica en el orden establecido;

El gobierno que, por la gloria de Dios, el buen orden de la comunidad, y la salvación de las almas podría regular las vidas y las empresas de los hombres hasta en el detalle más insignificante;

La unión de la Iglesia con el Estado

La existencia, en las Escrituras, de una "regla perfecta" para la dirección y el gobierno de todos los hombres;

La consecuente necesidad de que los hombres obedezcan las leyes y defiendan las tradiciones de una sociedad basada en este plano divino;

El confinamiento del cambio y la reforma a aquello que puede y debe acontecer en el corazón de los hombres;

El aprecio de la libertad, pero de una libertad mantenida y ejercida a través de la sujeción a la autoridad.

El gobierno en manos de una minoría favorecida, la primacía de la comunidad, la veneración al orden establecido, la aversión hacia el cambio: éstos son los lineamientos de una filosofía política sui generis, una especie de incipiente conservadurismo norteamericano (5). El debate político durante la

(4) Clinton Rossiter, Conservatism in America (Nueva York: Alfred Knopf, 1968) p. 99.

(5) Allen Gutnam, The conservative tradition in America (Nueva York: Oxford University Press, 1967) p. 32.

la segunda mitad del periodo colonial se lleva a cabo casi exclusivamente en el idioma del "whiggerismo" inglés y los conservadores norteamericanos se incorporan a él con vigor y éxito. Algunos aristócratas coloniales están tan comprometidos con la Corona, tan empapados de la tradición estuarda que hablan como si fueran los descendientes de Jaime I. Pero la mayor parte de los conservadores coloniales siguen los pasos de John Locke y otros apologistas de la Gloriosa Revolución. Enfatizan los elementos en la tradición whig que justifican el "gobierno de los nobles" existente en la mayor parte de las colonias: una Constitución balanceada, un orden armonioso de rangos y clases, instrumentos educativos que enseñan el respeto a las antiguas costumbres, instituciones religiosas que predicán la obediencia y la virtud, limitaciones cualitativas al sufragio y el contrapeso a la libertad constituido por el deber de la obediencia a la autoridad legítima. Estos hombres ocupan posiciones favorecidas en un orden moldeado conforme al inglés y tienen la intención de mantenerla. Las contribuciones de los conservadores coloniales son resumidas por uno de sus principales cronistas, Leonard W. Labaree:

No fueron ellos principalmente quienes dieron a esta nación su carácter distintivo y especial, quienes introdujeron aquí las ideas de oportunidad económica, libertad religiosa y libertad política, las cuales nos gusta pensar que son doctrinas fundamentales de la fe americana, (...) Pero fueron los conservadores, más que cualquier otro grupo, quienes fueron responsables de la perpetuación en un país nuevo y salvaje de mucho de lo que era mejor de la herencia cultural del Viejo Mundo (...) Sin ellos la separa-

ción física de Europa, la frontera y el nuevo ambiente tal vez hubiese conducido a la destrucción de mucho de lo que consideramos importante en nuestras vida actualmente (6).

No cabe duda de que la misma Revolución norteamericana presenta ciertos rasgos conservadores en su naturaleza. Una buena parte del liderazgo militar y político de esta rebelión recae en hombres situados en la derecha del espectro político: patriotas como George Washington y John Adams se muestran particularmente ansiosos por mantener una rienda fuerte sobre el curso de la rebelión. Su objetivo es oponerse a los planes de una "masa vulgar" que podría convertir a las colonias en un escenario anárquico. Su ideal de revolución es la separación de Inglaterra y poco más. Buscan mantener el orden establecido tan intacto como sea posible y son extraordinariamente exitosos en esta empresa. De no haber sido por la inquebrantable resolución de mantener sus privilegios y responsabilidades, la "revolución en casa" probablemente hubiera tenido una conclusión más democrática (7).

El legado de su éxito es la Constitución norteamericana. Ciertos hombres -motivados por los desórdenes reales y aparentes de los 1870's- actúan decisivamente en favor de la estabilidad, la propiedad, el gobierno balanceado, la unidad nacional y el liderazgo en manos de grupos acaudalados. La impresión principal que se percibe de las Notes de Madison es que los Founding Fathers están ansiosos por salvaguardar al mundo colonial de un "exceso de liberalismo" y de los caprichos de hombres "sin pro-

(7) Jay A. Siegler, The conservative tradition in American thought (Nueva York: Putnam, c1969) p. 21.

piedad ni principios", Se encuentran comprometidos con la creación de una forma de gobierno difusa, limitada, en la cual caballeros (gentlemen) como ellos tuvieran posiciones de liderazgo. Lejos de presentar un esquema que hubiera complacido al sentimiento democrático de liberales de los primeros años de la República -legislatura unicameral, ejecutivo plural, elecciones anuales para todos los oficiales, sufragio universal, un método fácil de enmienda- producen una Constitución con los siguientes rasgos conservadores distintivos: una vasta gama de checks and balances, siendo la más significativa el veto presidencial; un poder legislativo bicameral; un Presidente fuerte elegido indirectamente por un periodo de cuatro años e indefinidamente re-elegible; un Senado fuerte, elegido indirectamente por periodos de seis años; una rama judicial fuerte, nombrada por el Presidente y el Senado; un proceso restringido de enmienda que requiere la aprobación de una extraordinaria mayoría en el Congreso. Lo que la Constitución omite irrita aún más a la opinión progresista: una Carta de Derechos. Sin embargo la Constitución es un triunfo para el conservadurismo pero no para la reacción. La mayor parte de sus arquitectos están sinceramente comprometidos con la idea del gobierno republicano, del gobierno que no fuera ni irresponsablemente ultra democrático ni abrumadoramente anti democrático.

El auténtico conservadurismo de los arquitectos de la Constitución se encuentra claramente plasmado en The Federalist. Tanto Hamilton como Madison expresan una visión -que discurre

entre el pesimismo obscuro y el optimismo condicionado- marca el tono de toda la Constitución. Hamilton se refiere constantemente a la "estupidez y a la maldad de la naturaleza humana" (8)

Madison insiste en "la falta de firmeza y la degradación del carácter humano" y la "injusticia y la violencia de individuos" (9).

También revela la determinación de los Founding Fathers de basar su gobierno en los hombres tal y como son y probablemente permanecerán, no como les gustaría que fuesen. The Federalist está comprometido con una proposición central de la tradición conservadora: el hombre puede gobernarse a sí mismo pero no existe la seguridad de que lo hará; el libre gobierno es posible pero está lejos de ser inevitable. Afirma que la nueva Constitución está diseñada para hombres que probablemente están más motivados por "pasiones momentáneas e intereses inmediatos" que por "consideraciones de utilidad y justicia". El poder debe ser diluido y vigilado; los derechos y la propiedad del hombre deben ser protegidos contra los caprichos del poder arbitrario. Los sabios y los juiciosos deben ocupar las posiciones de liderazgo. The Federalist representa al parecer, lo más constructivo del conservadurismo norteamericano. No habla ni de elites ni de sufragio limitado, pero tampoco de hombres que se

(8) Ronald Lora, Conservative minds in America (Westport, Greenwood Press, c1976) p. 58.

(9) Ibíd. p. 63.

convertirán en ángeles. En sus páginas queda inscrita la esperanza condicionada de que los hombres debidamente educados, informados y educados puedan gobernarse a sí mismos de una manera sabia en una situación de orden y estabilidad. The Federalist no es ni derrotista ni cínico; más bien confía en la viabilidad de una libertad ordenada.

Para 1789 los conservadores bajo Washington -de allí en adelante conocidos como los Federalistas- pueden jactarse de dos éxitos notables: la Revolución, que habían ayudado a crear y controlar, y la Constitución. En el balance histórico sus éxitos superan a sus fracasos y ello se debe en gran medida a los dirigentes de la época: Washington, Adams, Hamilton, John Jay, John Marshall. Los Federalistas pasan al olvido como partido en la elección de 1816. Desde las fases tempranas de la Revolución, el sistema de gobierno de los gentlemen constituido por un grupo restringido empieza a encontrarse bajo el fuego de los desheredados y los desposeídos. Ahora, en los primeros años del nuevo siglo, el colapso de la derecha organizada anuncia el triunfo de un nuevo tipo de democracia (10). El avance del nuevo país hacia la igualdad política es tan rápido que muchos de los viejos jeffersonianos se encuentran ahora en las filas del conservadurismo, lado a lado con los viejos enemigos del campo Federalista.

(10) Rush Walter, The mind of America, 1820-1860 (Nueva York: Columbia University Press, 1975) p. 6.

El objetivo de la "gente común" y de sus líderes de democratizar la república heredada de sus padres se encuentra encaminado hacia la consecución de metas políticas concretas: eliminación de las restricciones de propiedad con respecto al sufragio y la ocupación de puestos; elección popular del Ejecutivo; elección popular del poder judicial; instrumentos -como la convención- para obtener el control popular de los partidos. Mientras que la Constitución Federal permanece intacta, las constituciones de los nuevos estados son escritas y revisadas para satisfacer las crecientes demandas de democratización. La alteración de leyes estatales y de muchos de los preceptos que rigen el sufragio amplían la base de la Constitución, junto con la conversión de la Presidencia en un puesto de elección popular.

La visión predominante en los 1820's está imbuida de un espíritu de aventura. No es de extrañarse que Andrew Jackson ejerza una atracción tan profunda sobre el pueblo "común y corriente". Cuando rompe el control de la aristocracia virginiana sobre las riendas del poder se convierte en el héroe cultural de todos aquellos norteamericanos desposeídos que buscan su lugar bajo el sol. La democratización del sistema constituye una expresión poderosa de la aspiración a la igualdad que los conservadores no logran disipar: en la era de la "democracia jacksoniana", el ascenso del igualitarismo parece irresistible (11).

Los conservadores se encuentran nadando en contra de una co-

(11) Russell Fryer, Recent conservative political thought: American perspectives (Washington: Washington University Press of America, c1979) pp. 41-51.

rriente cada vez más fuerte. En periodos anteriores las visiones de Adams, Hamilton o Marshall no siempre eran populares, pero por lo menos eran respetadas. Al transcurrir el siglo XIX esto ya no es tan cierto: el liberalismo y la democracia se unen para expresar que sólo la obtención de la democracia política podría asegurar una sociedad más igualitaria y próspera para todos.

Hay muy poco sitio para un Federalista en un país en el que granjas, fábricas, ferrocarriles y estados comienzan a florecer a lo largo del mapa. Un país en el que el nuevo electorado se encuentra compuesto por capitalistas reales o potenciales. La democracia se convierte en la religión nacional. El conservadurismo -exceptuando en el Sur- se encuentra en el camino de la desmoralización. En la visión conservadora la democracia es, a lo más, un arma de dos filos: puede conducir a la prosperidad o a la anarquía. Sea o no la democracia la ola del futuro -como sostenía Tocqueville- es una ola que según los conservadores del siglo XIX, debe ser contenida. Las masas no están preparadas para hacerse cargo de su destino; el proyecto de Jackson es uno que traerá consigo el caos (12).

La rápida transición de la derecha del viejo federalismo de 1820 al nuevo whiggerismo de 1840 -época en la cual nacer en una cabaña hecha de troncos es prueba de virtud política- evidencia

(12) Ibíd. p. 44.

el impacto de la ola democratizadora que recorre la mentalidad norteamericana. El Partido whig, hasta su desaparición en los 1850's se basa abiertamente en la reconciliación de intereses divergentes y pacta una paz altamente redituable con el nuevo orden. De cualquier modo, después de 1840, el conservadurismo activo no puede serlo de una manera tan franca. El primer paso hacia el éxito político -obviamente en el Norte y el Oeste- es la aceptación total del dogma democrático. Los hombres de la derecha se incorporan a diversos partidos, buscando ante todo cosechar las recompensas de un conservadurismo oportunista.

Mientras tanto la derecha sureña empieza a enfrentarse a los mismos problemas que los gentlemen del Norte, y a algunos particularmente suyos. El tema corrosivo de la esclavitud negra la obliga a reexaminar todo el patrón de la vida sureña. La lucha por preservar una sociedad estratificada, agrarista y esclavista produce ejemplos extraordinarios de pensamiento tanto conservador como reaccionario. El conservadurismo del Sur encuentra en John C. Calhoun a uno de sus exponentes más hábiles, quien sustenta los siguientes principios:

- Una visión altamente pesimista del gobierno popular
- Un apoyo completo a la primacía de la comunidad
- Una teoría de la libertad completamente anti jeffersoniana
- Una creencia en las bondades de la desigualdad entre los hombres y una consecuente hostilidad hacia los esquemas de nivelación social
- Una creencia en la estructura orgánica, celular de la buena sociedad

Un escepticismo frente al poder político sin restricciones que corrompe al hombre que lo usa
Un miedo al gobierno de la mayoría (13).

Aún para su tiempo los postulados de Calhoun no encuentran un eco amplio. En el Sur -de donde es nativo- sus principios son ignorados o rechazados por personas ya demasiado comprometidas con la tradición jeffersoniana (14).

En resumen: los primeros conservadores, son a la vez auténticos norteamericanos, por lo que su conservadurismo se encuentra moldeado por el medio ambiente específico de Estados Unidos. Por mas que John Adams hablara de aristocracia y desigualdad, era John Adams y no Edmund Burke. Las escuelas, granjas e iglesias de Nueva Inglaterra -no la monarquía, la aristocracia y la Iglesia de Inglaterra- son la base institucional sobre la cual construye su teoría conservadora. Desde cualquier perspectiva que se contemple a los hombres de la derecha temprana, se percibe que son norteamericanos, enfrentándose a problemas norteamericanos, en un escenario político norteamericano.

De 1865 a 1929: la Transición

La Guerra Civil es el gran punto de división del conser-

(13) Rossiter, Op. cit., pp. 120-123

(14) Ver Russell Kirk, The conservative mind from Burke to Eliot (South Bend, Indiana: Gateway Editions, 1978) pp. 130-160.

vadurismo en Estados Unidos. La victoria de los ejércitos del Norte asegura también la victoria del pensamiento del Norte en cuanto a dos temas: la esclavitud y la naturaleza de la Unión; tema que había alimentado el fuego de la filosofía política desde el principio de la República. La guerra -de la manera en que es concebida y peleada por la Unión- sella a su vez el triunfo de la Constitución como símbolo de unidad nacional y de la democracia como religión secular. De allí en adelante este tema será debatido en un sólo lenguaje político.

El punto central de la discusión de posguerra en torno al cual giran el resto de las controversias, es el derecho y la capacidad del gobierno para regular el sector empresarial en el interés general de la comunidad -específicamente en el interés de sus miembros menos afortunados. Mientras que la izquierda lucha por la reforma social con palabras como "democracia", "libertad", "igualdad", "progreso", "oportunidad" e "individualismo", la derecha contra-ataca desde su posición privilegiada con las mismas palabras. La pugna entre ambas facciones es violenta, y en ocasiones sangrienta pero está motivada por un deseo de retener las palancas del poder más que por una guerra a muerte entre dos mundos antagónicos.

La raíz de esta lucha en torno al futuro norteamericano se encuentra en el surgimiento del capitalismo industrial. El cambio -rápido, masivo, desestabilizador- es la característica dominante a finales del siglo XIX. Los conservadores confían que

sus minas y sus molinos pueden concederles poder y riqueza sin resquebrajar el orden establecido. Los líderes de la izquierda se erigen en abogados de la reforma, convencidos de que la acción positiva por parte de los gobiernos federales y estatales puede apuntalar a la democracia, amenazada por la creciente ola de desigualdad material. El deseo de expansión sin interferencia por parte del sector empresarial es retado constantemente: populistas, democratas alineados con Bryan y Wilson, progresistas del corte de Roosevelt y LaFollete, Republicanos liberales, Knights of Labor y socialistas constituyen los grupos más sobresalientes que atacan a los llamados "amos de la Creación".

El conservadurismo de estas décadas posteriores a la Guerra Civil es quizás un conservadurismo más genuino ya que se encuentra liderado por hombres de buena posición, es escéptico frente al gobierno popular, se opone a todos los partidos, uniones, ligas y otros movimientos que buscan invadir sus posiciones de poder. Es política, social, cultural y económicamente anti radical. Sin embargo los hombres que odian a Bryan viven en una era distinta a la de los hombres que habían odiado a Jefferson. Se ven obligados a aceptar que el cambio implica progreso y que el progreso es una bendición. Dada que la verdadera amenaza a su posición es la demanda de un nuevo progresismo que favorezca la intervención gubernamental, se ven forzados a argumentar en favor de la libertad individual y en contra de la actividad comunitaria. Y aún más importante, son ciudadanos de un país en el cual la de-

mocracia política es ya un hecho establecido; se ven obligados a hablar -e incluso a pensar- en el vocabulario del liberalismo.

Progreso, individualismo, democracia; el conservadurismo quizás no hubiera abrazado estos conceptos ajenos con tanto entusiasmo de no haber sido por un factor decisivo: el clima intelectual de la época es completamente materialista (15). Cada vez más norteamericanos empiezan a medir todas las cosas con la vara de la satisfacción económica. Esto le permite a la derecha esgrimir argumentos de que la democracia liberal y el capitalismo de laissez-faire son una y la misma cosa, lo cual le permite a su vez a la comunidad empresarial defenderse de los herederos de Jefferson con las mismas palabras de Jefferson.

Al proclamar una fe política inscrita mayoritariamente dentro de la fraseología jeffersoniana, el conservadurismo norteamericano deja de ser genuinamente conservador. La vieja tradición cae en el olvido, mientras que el nuevo tipo de anti radicalismo toma su lugar y provee a la derecha de inspiración. El conservadurismo de laissez-faire -como lo bautiza Clinton Rossiter- surge entre 1865 y 1885, cobra fuerza entre 1885 y 1920, y domina, en virtual identificación con the American Way en la década de los veinte (16). La etiqueta es en sí una especie de contradicción de términos pero describe a la perfección una teoría política paradójica: elitismo de la mano con democracia, pesimismo con optimismo, preservación con progreso, autoritarismo con individualismo, liberalismo con conservadurismo. Empieza a

(15) Fryer, Op. cit., p. 48.

(16) Rossiter, Op. cit., p. 136.

abrirse una amplia brecha entre ideales y realidades, y muchos de los ideales se encuentran en guerra total entre sí. A pesar de esta aparente confusión, el conservadurismo norteamericano parece guiarse entre el periodo comprendido entre la Guerra Civil y la Gran Depresión por una serie de principios comunes. Comienza a destilar una fe política práctica; una menos elitista y más democrática.

Los voceros del conservadurismo de laissez-faire desperdician poco de su tiempo filosofando en torno al hombre. Ignoran casi por completo su naturaleza y sus necesidades como un animal social, religioso, o político. El único hombre que cuenta en su pensamiento es el homo economicus. La necesidad terrenal más importante -así como su derecho y su obligación- es satisfacer sus instintos adquisitivos. El hombre libre, feliz y útil gets things done y recibe por ello una recompensa adecuada. La sociedad libre, feliz y progresista le permite a este hombre trabajar al límite de sus energías y elevar el nivel de su talento. El gobierno libre, feliz y efectivo reconoce la verdadera naturaleza del hombre y la sociedad, por lo que interfiere lo menos posible en su búsqueda de éxito.

Incluyendo las fisuras presentes en su doctrina del hombre adquisitivo, los conservadores de laissez-faire se basan en la ética puritana para añadirle una dimensión moral a este hombre: justicia, ecuanimidad, valor, piedad, paciencia, benevolencia y honestidad. A pesar de toda la evidencia a su alrededor que apunta precisamente hacia lo contrario, argumentan vigorosamente que estos también son ingredientes esenciales del éxito y la libertad.

Las doctrinas gemelas de igualdad de oportunidad y desigualdad de habilidad conducen inexorablemente al conservadurismo de laissez faire a una creencia en la aristocracia natural. Subyacente a esta creencia existe un concepto de clase característica-

mente norteamericano: las clases son un hecho innegable de la vida y conforman el orden social. Sin embargo este orden está compuesto por clases, no por castas: el camino hacia arriba -y hacia abajo- está abierto para todos. Los hombres en la cúspide de este orden forman la más natural y la más valiosa de todas las aristocracias: la aristocracia del logro personal, generalmente compuesta por los "capitanes de la industria". La piedra de toque de esta teoría de la aristocracia es conocida como el Gospel of Wealth. El aristócrata natural, superior al resto de los hombres por su energía y habilidad, tiene no sólo el derecho sino también la obligación de guiarlos con sabiduría. Ningún hombre predica con tanto fervor este Credo de la Riqueza como Andrew Carnegie. O John D. Rockefeller al afirmar en una conferencia: "El buen Señor me dio el dinero. ¿Cómo podía negárselo a la Universidad de Chicago? (17). Así se descubre en el conservadurismo de laissez-faire un ideal aristocrático tan amplio y funcional como cualquiera al servicio de las clases dirigentes de Inglaterra y Europa. Pero ya que Estados Unidos carece, a diferencia Viejo Mundo de una aristocracia establecida que rete las pretensiones de la elite industrial, los "capitanes de la industria" no pueden evitar sentirse como una auténtica aristocracia. Las teorías de clase y de elite del conservadurismo de laissez-faire son producto natural del escenario norteamericano posterior a la Guerra Civil.

Los derechos del hombre constituyen otra área de la especulación política en el cual los conservadores de laissez-faire postulan sólo aquellas ideas que benefician a sus objetivos inmediatos. Como todos los norteamericanos aman "la libertad, la encantadora libertad", pero es una libertad definida principalmente en términos económicos.

(17) Ibid. p. 138.

En cuanto al gobierno esta especie de conservadores lo conciben como algo inherentemente ineficiente porque la iniciativa privada puede realizar las mismas funciones con mayor rapidez y a menor costo; como algo inadecuado porque implica severas limitaciones tanto a la acción individual como a la colectiva; como algo arbitrario porque el poder político tiene un efecto peculiarmente corruptivo; y como algo anti democrático porque se empeña en interferir con la libertad, la propiedad y la igualdad de oportunidad. La idea de que el gobierno puede hacer el bien es considerada ridícula y herética. La idea de que puede dañar es considerada la base de la sabiduría política. Y si el gobierno es ineficiente e inadecuado por naturaleza, debe ser por lo tanto, limitado en propósito. Según esta visión el gobierno no tiene derecho de existir, excepto en la medida en la que es necesario para asegurar la obtención de los fines del individuo en su capacidad social. El gobierno asegura la consecución de metas individuales protegiendo la propiedad; no se espera que ayude de una manera activa.

Los conservadores de laissez-faire desarrollan una teoría constitucional que se adecúa admirablemente a sus propósitos políticos. Como parte fundamental de ella: un intenso culto a la Constitución que la coloca lado a lado con los Diez Mandamientos. En cuanto a la división de poderes afirman que el único buen órgano legislativo es el órgano legislativo en receso. Sin embargo para el Senado, al igual que para la Suprema Corte, exhiben una estima especial. En estos dos cuerpos se encuentran por lo menos aristócratas naturales casi tan eminentes como los "capitanes de la industria". Si estos conservadores demuestran poco afecto por las legislaturas, su nivel de tolerancia es aún menor en lo que se refiere al poder Ejecutivo, debido a su amarga opo-

sición al gobierno activista. Su concepción del Presidente ideal es la de un hombre que centra sus actividades a la ejecución de la voluntad del Congreso.

Esta variedad particular de conservadurismo destina pocos pensamientos a la sociedad. Sólo les preocupa que sea dejada en paz por planificadores de cualquier tipo. Son intensamente conservadores con respecto a las instituciones heredadas como la familia, la iglesia, la escuela, la propiedad y el sistema de clases. Aparentemente asumen que sus aventuras en el terreno de la expansión industrial y financiera no alterarán the good old ways. A todas estas instituciones se les pide que sirvan a la noble causa de la libertad económica. "La religión exige el éxito": en estas cuatro palabras se resume el espíritu de la época. El conservadurismo de laissez-faire, ya sea como una filosofía articulada o como un simple manojó de prejuicios gana virtualmente completa dominación sobre las mentes de los norteamericanos que son, o esperan ser, sólidos y respetables. Los artículos de esta fe son enseñados en escuelas y universidades, predicados desde miles de púlpitos, convertidos en la base de la política oficial y presentados como el lineamiento moral de numerosos discursos, poemas y novelas. Mientras que muchos conservadores norteamericanos condenan los excesos y las injusticias del capitalismo industrial, lo hacen en el lenguaje de Carnegie y Rockefeller. Hay muy poco espacio para filosofías políticas y socia-

les alternativas. El conservadurismo de laissez-faire, empaquetado para el consumo generalizado parece expresar las realidades y llenar las necesidades de la nueva América. Producto de una minoría, se derrama a lo largo del orden social, infectando e inspirando a varias generaciones de conservadores norteamericanos.

El escenario político resuena con los slogans de la nueva libertad. Los Republicanos son el partido de la respetabilidad incuestionable, pero también los Demócratas -hombres tan conservadores como Cleveland- están comprometidos con los ideales, si no con los excesos del conservadurismo de laissez-faire. Desde Grant hasta Hoover la mayoría de los Presidentes norteamericanos predicán el credo del individualismo económico en el lenguaje moderado, optimista y tradicionalista que tiene tanto atractivo para la clase media.

En desafío o en ignorancia con respecto al espíritu del conservadurismo del siglo XX -pero acorde con su carácter práctico y oportunista- la derecha hace un pacto de conveniencia con las dos fuerzas más poderosas de la época: la democracia y la industrialización. En lugar de pelear en la retaguardia frente al avance de la democracia, reconoce que el gobierno popular ha llegado para quedarse. Y emprende por lo tanto una búsqueda por el control de tal gobierno para sus propios fines. En lugar de oponerse al surgimiento de la industrialización, actúa como su agente principal y se convierte en el principal benefi-

ciario del cambio tecnológico. En suma, en lugar de practicar un conservadurismo dogmático y cosechar la impopularidad acostumbrada, opta por una postura que se aleja de los cánones tradicionales del conservadurismo. Y todo lo hace con la confianza de que ni la democracia ni la expansión industrial puede corromper viejas instituciones o resquebrajar viejos valores.

Al darle la bienvenida a la ciencia de Darwin y Spencer y al revivir la concepción de una ley superior, natural, el conservadurismo de laissez-faire va más allá que cualquier otra escuela de pensamiento norteamericano en sancionar la creencia en absolutos. Hay un aire de santidad y finalidad en torno a esta fe que parece extrañamente fuera de lugar en una era caracterizada por la iniciativa empresarial. Los hombres de la derecha piensan que se han topado con la verdad eterna y no son modestos en el momento de proclamar que han resuelto el enigma de siglos.

Esta solución -la orden de un Dios que le sonrío a la iniciativa privada- es resumida como el progreso inevitable e ilimitado a través de la lucha competitiva de individuos.

La lucha individual, no el esfuerzo colectivo; la adquisición, no el placer que ésta trae consigo; el conflicto, no la armonía; el interés egoísta, no la simpatía fraternal; la competencia, no la cooperación: éstas son las preferencias de Dios.

Los conservadores de laissez-faire no sólo aceptan las en-

enseñanzas de la democracia liberal; se conciben a sí mismos como legítimos guardianes de esta tradición. Logran ésto mediante la identificación del capitalismo con la democracia, convencidos de que la libertad económica de John D. Rockefeller es la misma cosa incluso que la libertad de Thomas Jefferson. Lo que hace posible que el conservadurismo de laissez-faire escenifique este coup ideológico no intencional es el giro en el estilo y la preocupación del pensamiento político del reino de la ética al reino de la economía. El clima intelectual de la época es profundamente materialista. La política, la religión, la educación la cultura; todo parece pasar a segundo plano desplazado por los acontecimientos en el escenario de la economía. Y aún más importante: el conservadurismo del laissez-faire no es ningún monopolio de Carnegie o de Rockefeller; es una perspectiva que tiene amplio arraigo.

A pesar de su aparente apoyo al cambio y a la democracia, el conservadurismo de laissez-faire es en el fondo una fe político conservadora. Sería un error tratarla como una simple aberración del liberalismo del siglo XIX. Es en la misma medida, una aberración del conservadurismo, una filosofía preservacionista en cuanto a sus objetivos y tradicionalista en cuanto a sus principios. Los hombres que comparten esta filosofía son fundamentalmente conservadores porque se oponen a cualquier cambio exceptuando la expansión industrial. Muchos de sus artículos de fe

son esenciales a la tradición conservadora: la inevitabilidad de la estratificación, la persistencia de las desigualdades naturales, la necesidad de una aristocracia, la importancia de la religión y la moralidad, la santidad de la propiedad, la vigencia del constitucionalismo y la condena a todos los intentos de nivelación social. Es innegable que los conservadores de laissez-faire definen varios de estos conceptos a su propio modo, pero las definiciones sui generis que dan de la aristocracia y la propiedad no son comparables con las definiciones asignadas a los conceptos de democracia e igualdad. Se caracterizan fundamentalmente por su glorificación del individuo y su consecuente desprecio por la comunidad, su opción de lucha en lugar de armonía y de contrato por encima de status como la base de las relaciones humanas, su falta de confianza y de optimismo en el progreso y su materialismo omnipresente. Es el primer conservadurismo que se rebela violentamente en contra del gobierno establecido, el único que postula el individualismo a ultranza, afirmando que la comunidad no puede beneficiar al hombre. Stuart Hampshire, articulista del New York Review of Books resume muy bien las motivaciones del conservadurismo de laissez-faire:

La creencia burkeana de que un orden social junto con sus grados heredados y subordinaciones refleja un orden natural más profundo, difícilmente puede encontrar mucho eco en el capitalismo competitivo y con movilidad social. De allí que la filosofía conservadora de una sociedad que no se ha preocupado por la legitimidad y que carece de aristocracia -como la de Estados Unidos- enfatizará que la desigualdad es el resultado natural de la competencia y tratará de justificar las desigualdades con un argumento estricta-

mente utilitarista: ésto es, que el orden social debe ser un instrumento eficiente para la maximización del bienestar y la felicidad; mientras que la justicia y la distribución equitativa debe ser no más que medios útiles para este fin. Así, conservadores a lo largo de Estados Unidos argumentan que el crecimiento económico general justifica los costos en desigualdad e injusticias" (18).

Si los años entre McKinley y Coolidge (1893-1923), son la primavera del conservadurismo de laissez-faire, los años de Hoover se caracterizan por su turbulencia. Inicialmente Herbert Hoover -campeón del individualismo y del libre mercado- le concede al conservadurismo una gran dosis de respetabilidad y un acceso a las palancas del poder nacional. Pero el resquebrajamiento económico que acompaña a la Gran Depresión sirve para desacreditar a Hoover y a su reputación conservadora. El conservadurismo sufre un duro golpe como resultado de la tendencia a colocar toda la responsabilidad por los problemas del país sobre los hombros del laissez-faire.

De 1929 a 1984: Decadencia y Resurgimiento

El conservadurismo norteamericano posterior a 1945 incluye en sus filas a todos aquellos en desacuerdo con la teoría y la práctica dominantes entre los años comprendidos entre Hoover y Reagan: el Nuevo Trato, el Fair Deal, Roosevelt y Truman, la Gran

(18) Stuart Hampshire, "The conservative dilemma," en The New York Review of Books (Febrero 24, 1972) pp. 23-25.

Sociedad, el Estado benefactor, reformismo doméstico y aventuras en el extranjero (19). El conservadurismo de posguerra es esencialmente una postura de anti-radicalismo e incluso de anti-progresismo: una reacción integral al Nuevo Trato, sus líderes y sus herederos políticos. El factor decisivo en la conformación del conservadurismo moderno es el mismo Roosevelt- la leyenda ambivalente tanto como el hombre verdadero- miembro esencial de la demonología de la derecha.

La mayor parte de los hombres que conforman al conservadurismo posterior a Roosevelt pueden ser colocados en tres categorías. El criterio de clasificación es el siguiente: el deseo relativo de cada grupo a aceptar las implicaciones del Nuevo Trato y el Nuevo Internacionalismo (el compromiso de membresía activa en la ONU y la OTAN así como la ayuda económica a países en vías de desarrollo).

El primer grupo incluye a los "ultra conservadores" y está compuesto por millones de norteamericanos cuya perspectiva política es una extraordinaria muestra del pensamiento reaccionario. Su programa político sería lo equivalente a una versión norteamericana del poujadisme francés: una revuelta esencial-

(19) James P. Young, The politics of affluence: ideology in the United States since World War II (San Francisco: Chandler, c1968) pp. 123-144.

mente de clase media en contra de la carga fiscal y la utilización que hace el Estado benefactor de sus impuestos. Este grupo se encuentra representado en el ámbito político por Barry Goldwater, en el terreno de la educación por el American Enterprise Association y Americans for Constitutional Action. El Senador Joe McCarthy es su Galahad y Young Americans for Freedom su instrumento para acabar con la "tiranía del colectivismo en las universidades". Sus objetos de odio: Franklin D. Roosevelt, John Dewey, Eleanor Roosevelt, Arthur Schlesinger Jr. y John Kenneth Galbraith. A pesar de ser un grupo muy diverso, el punto de unión es la antipatía compartida por el Nuevo Trato y el Nuevo Internacionalismo. Los distintos caminos se juntan en el desprecio común a la memoria y los logros de Franklin D. Roosevelt (20).

La segunda categoría de conservadores de posguerra -indudablemente la más amplia- abarca a los llamados "conservadores de centro". El Presidente Hoover, el Senador Taft y Dwight Eisenhower podrían ser clasificados como tales. El propósito de estos hombres parece ser frenar -pero ciertamente no revertir- las tendencias "welfaristas" y la regulación doméstica así como la ayuda y las alianzas en el extranjero.

El tercer tipo de conservador encuentra su habitat natural

(20) Robert A. Schoenberg (ed.) The American right wing (Nueva York: Holt, Rinehart y Wiston, c1969) p. 24.

en la costa atlántica y en la guardia liberal del Partido Republicano. Es difícil definir exactamente qué diferencia a estos "conservadores liberales" de los "conservadores del centro", pero es innegable que sus acciones e ideas parecen más flexibles que las de otros hombres de la derecha. No consideran al Nuevo Trato como una afrenta nacional, están menos preocupados en balancear el presupuesto y buscan ante todo estimular el crecimiento económico. En Walter Lippman encuentran a un vocero de sus ideas, en Milton Friedman a su economista y en Nelson Rockefeller a su figura pública.

En el terreno de la política exterior, la mayor parte de los ultra conservadores de posguerra son ultra nacionalistas, los conservadores de centro son nacionalistas atrapados en un estira y afloja de deseos encontrados, mientras que los conservadores liberales son nacionalistas con tendencias internacionalistas distintivas. En otros términos: los ultra conservadores manifiestan una hostilidad abierta hacia las Naciones Unidas, les gustaría suspender el "derroche" de recursos en el exterior y desean exterminar a godless Russia. Los conservadores de centro son escépticos en cuanto a la ONU pero piensan que no hay más alternativa que permanecer adentro, les gustaría reducir drásticamente la asistencia financiera al extranjero y están dispuestos a negociar con los soviéticos at arms length. Los conservadores liberales apoyan a la ONU con entusiasmo, y están dispuestos a mantener un nivel alto de ayuda al extranjero y a asistir a cual-

quierumbre para poner a prueba las intenciones de los soviéticos (21) Del Senador Joe McCarthy un ultraconservador diría con orgullo: ¡Ese es mi muchacho! ¡Bien hecho!"; un conservador de centro diría con nerviosismo: "Joe es un poco rudo pero obtiene resultados"; mientras que un liberal conservador diría con tristeza: "Es una vergüenza para la democracia y el prestigio norteamericano".

En el campo de la política doméstica los ultraconservadores no sólo se oponen a cualquier legislación social futura; también exigen la eliminación de muchas agencias y programas existentes (22). Los conservadores de centro critican la legislación social que otros proponen y aunque reaccionan violentamente frente a cualquier mención del Nuevo Trato se muestran dispuestos a mantener funcionando a algunas de sus agencias. Los conservadores liberales aceptan las nuevas dimensiones del gobierno con poco rencor: algunos incluso elogian los "objetivos" si no los "métodos" de Roosevelt. Los ultraconservadores desean reducir el tamaño y la generosidad del Seguro Social, niegan la existencia del problema de los derechos civiles, ignoran el problema del crecimiento económico y tachan cualquier propuesta para mejorarla la salud a nivel nacional de "medicina socializada". Los conser-

(21) Ver Frank S. Meyer, The conservative mainstream (New Rochelle: Arlington House, c1969) pp. 308-390.

(22) Ibid. pp. 193-196.

vadores de centro pretenden mantener intacto el Seguro Social, consideran -sólo bajo inmensa presión política- la creación de un proyecto legislativo inocuo de mejoramiento de los derechos civiles, estudian (más no actúan decisivamente) sobre el problema del crecimiento económico, y permiten que el perro muerto de la "medicina socializada" permanezca tirado en la acera. Los conservadores liberales están dispuestos a expandir el margen de acción del Seguro Social, a apoyar una legislación medianamente efectiva con respecto a los derechos civiles y a fomentar programas de seguridad médica.

Entre los rápidos cambios que marcan al Estados Unidos de la posguerra se distinguen los siguientes: un incremento acelerado en la tasa de nacimiento, migraciones internas masivas -principalmente de blancos de clase media a los suburbios y de negros del Sur rural a los centros urbanos del Norte- avances tecnológicos que aceleran la tendencia hacia el capitalismo mixto y conflictos Este-Oeste que alimentan la expansión del Establishment de defensa. Los liberales celebran estos acontecimientos, mientras que los conservadores contemplan con desazón la alborada del "estatismo", convertidos ya para la década de los cincuenta, y después del McCartismo, en una minoría.

La década de los sesenta es una etapa de estancamiento conservador. El conservadurismo, atrapado entre condiciones económicas relativamente generosas -que cooptan a una gran proporción del apoyo público al campo liberal- y un violento movimiento de protesta en contra de la guerra, reforzado por el radicalismo de

la contra cultura, encuentra poco terreno fértil. Recuerdos recientes de la represión McCartista y su extremismo anti-democrático lastiman a su causa; la pobre actuación de Goldwater en las elecciones de 1964 lo hace aún más.

La elección de Richard Nixon trae consigo esperanzas y expectativas renovadas al campo conservador. El campo liberal, por su parte, después de lamerse las heridas causadas por su involucramiento en Vietnam comienza a enfrentarse a precios ascendentes, ineficiencia gubernamental y desordenes sociales. Para el conservadurismo aparentemente el panorama empieza a clarear, hasta el momento en el que Nixon traiciona a su causa. A pesar de su devoción para con la retórica conservadora, el liderazgo de Nixon invariablemente produce efectos contrarios a los que los valores conservadores exigen. Su administración precipita un salto cuantitativo en la burocracia de la Casa Blanca, controles temporales de precios y salarios, enormes déficits presupuestales y un fracaso rotundo en la creación de una nueva mayoría Republicana. El final -Watergate- deja a los conservadores tan perplejos y desilusionados como a todos los demás.

Pero precisamente en el momento en el cual el pesimismo es la característica más sobresaliente del campo conservador, el sentir nacional comienza a girar en su dirección. El boycott petrolero, la crisis de los rehenes y el legado de Vietnam tienen tal impacto sobre el pensamiento político norteamericano que

crean un vacío que el conservadurismo se apresura a llenar, obteniendo así una oportunidad histórica sin precedentes. Las encuestas de opinión pública lo revelan, varios estudios lo analizan, las revistas lo exponen y la elección de Ronald Reagan en 1981 lo confirma: el conservadurismo, o por lo menos el denominado "neo-conservadurismo ya es respetable (23).

(23) Ann Crittenden, "The wind's blowing toward the right-for now," en The New York Times Domingo (julio 16, 1978), Sección 3.

II. Los Baluartes del Conservadurismo Contemporáneo

A. El conservadurismo filosófico

Durante el siglo XX el conservadurismo filosófico norteamericano se caracteriza por su ruta incierta y vacilante. Aquellas personas que podrían quedar clasificadas dentro de una tradición conservadora muestran más diferencias que similitudes. Una ilustración perfecta de este dilema se encuentra en las respuestas de 56 prominentes intelectuales -de diversas tendencias ideológicas- a la pregunta ¿Qué es un liberal y qué es un conservador?, contenidas en el número de septiembre de 1976 de la revista Commentary. Algunos ejemplos:

"Ciertas posiciones anteriormente asociadas con los conservadores han encontrado eco entre los liberales y vice-versa" (24)

"El liberal del siglo XIX -como John Stuart Mill -quizás- hoy sería llamado un verdadero conservador" (25)

"El conservadurismo y el liberalismo ya no son, si es que alguna vez lo fueron, polaridades ideológicas" (26)

"Sin embargo, en los tumultuosos sesenta, gran número de liberales llegaron a apreciar los puntos fuertes del Conservadurismo -una conexión con el pasado, un reconocimiento a la falibilidad de la humanidad, un respeto por los procesos gubernamentales, y por un

(24) Jervis Anderson en "A symposium: what is a liberal who is a conservative," Commentary, v. 62, no. 3 (sep. 1976) p. 35.

(25) David T. Bazelon, Ibíd., p. 40.

(26) Norman Birnbaum, Ibíd., p. 45.

sistema en buena medida estropeado" (27)

"Actualmente las diferencias entre liberales y conservadores son más una cuestión de temperamento y estilo, pasado y posición, que de ideología" (28)

"El conservadurismo norteamericano es simplemente una serie de racionalizaciones para mantener lo que uno tiene" (28)

"El conservadurismo es así por definición un concepto que carece de contenido específico" (30)

"El conservadurismo en América hoy es una reacción a las reformas 'revolucionarias' del Nuevo Trato" (31)

Una explicación a la ambigüedad del conservadurismo filosófico norteamericano del siglo XX reside en que una tradición ideológica e institucional mixta -liberal y conservadora- ha dejado muy poco espacio para su florecimiento. Otra explicación: la condena a cualquier idea que intente promover el elitismo dentro de un sistema aparentemente democrático. Y uno de los supuestos básicos de la filosofía política conservadora es la defensa de la meritocracia como un atributo necesario para la buena sociedad democrática.

Desde esta perspectiva, el peligro de la inestabilidad -inherente a la democracia participativa- necesita ser eliminado: el poder de las masas debe ser matizado. Los pensadores conservadores difieren en cuanto a cómo obtener este

(27) Walter Goodman, Ibíd., p. 65.

(28) Carey Williams, Ibíd., p. 80.

(29) Diane Ravitch, Ibíd., p. 92.

(30) Thomas Sowell, Ibíd., p. 98.

(31) Peter P. Witonski, Ibíd., p. 108.

objetivo sin sacrificar los principios y las estructuras democráticas. Pero coinciden en afirmar que el gobierno democrático difícilmente superará sus debilidades actuales a menos que el mérito -y en consecuencia un mejor liderazgo- sustituya al sistema popular prevaeciente. La voluntad popular, por su propio bien, debe ser restringida si es que el gobierno desea mejorar la calidad de su funcionamiento.

Los nombres seleccionados y presentados a continuación no representan una lista exhaustiva ni definitiva de la filosofía política conservadora en Estados Unidos. Incluso en un caso -el de Hannah Arendt- podría cuestionarse si podría ser denominada una auténtica pensadora norteamericana, dada su ascendencia predominantemente europea. Sin embargo, cada uno de estos individuos ha ejercido una influencia considerable sobre el pensamiento conservador contemporáneo. Todos ellos despiertan preguntas que atacan el centro de la relación entre el capitalismo y la democracia, planteando asimismo la necesidad de un conservadurismo revitalizado, más cercano al significado tradicional del liberalismo. Leo Strauss -durante muchos años filósofo político de la Universidad de Chicago- disfruta de la reputación del académico más preeminente en el campo del pensamiento conservador. Los planteamientos de Hannah Arendt se extienden sobre una amplia variedad de temas, centrándose sobre la compleja relación entre fines y medios políticos. Tomados individualmente estos pensa-

dores se caracterizan por lo distintivo de sus escritos. Tomados en conjunto exponen la raíz del dilema conservador: una defensa del elitismo cuyo objetivo es fortalecer a la democracia sin destruirla.

Hannah Arendt: entre el pasado y el futuro

Ningún aspecto de la filosofía política conservadora ha sido tan malinterpretado como el respeto a la autoridad; o más bien la afirmación autoritaria de lineamientos que establecen reglas para la buena y la mala conducta, regulan la moralidad cívica y limitan la expresión individual en aras del bien social. La experiencia política norteamericana ha sido antagónica a esta perspectiva desde la creación de la República: el secularismo de los Founding Fathers generó el principio del pluralismo religioso y la ética protestante borró la frontera entre la búsqueda de bienestar material y la vida virtuosa. Como resultado, los derechos individuales han tendido a tomar precedencia sobre el deber social. Cualquier manifestación de autoridad es percibida como una amenaza a los valores democráticos.

La cultura política norteamericana, que enfatiza los valores como la libertad de expresión y doing your own thing santifica el individualismo. La autoridad, porque reta uno de los pilares básicos de la democracia -el derecho individual- es colocada dentro de un contexto negativo. Así, un

pensador conservador que venera a la autoridad no sólo reta la ortodoxia prevaleciente; también es acusado de malinterpretar o atacar las normas democráticas.

Entre los pensadores contemporáneos, Hannah Arendt -nacida y educada en Alemania pero obligada a huir del nazismo- aborda el tema de la autoridad en una serie de estudios incisivos, mezcla de perspectiva histórica con análisis filosófico. Al momento de su muerte en 1975 es considerada como una de las pensadoras más originales y agudas del siglo.

Existe una sorprendente profundidad y amplitud en sus escritos: Los orígenes del totalitarismo, en donde traza la ruta del antisemitismo en la historia contemporánea; La condición humana que explora los aspectos filosóficos del impacto de la industrialización sobre la sociedad; el perfil de Adolf Eichmann, en el cual lo describe como la personificación burocrática de la "banalidad del mal"; Sobre la Revolución, un ensayo que presenta análisis comparativos entre la revolución norteamericana, la francesa y la rusa; y Entre el pasado y el futuro, que constituye la expresión más tangible de su conservadurismo filosófico. En la colección de ensayos Crisis de la República expone cómo las debilidades de los sistemas democráticos -si no son corregidas- constituyen inevitablemente a resquebrajamientos institucionales. Men in a dark times y Rachel Varhagen: the life of a Jewish woman giran en torno a temas biográficos, acentuando lo que Arendt considera la interacción indiscutible entre una persona y su era. En el momento de su muerte había completado dos de tres volúmenes

de la serie The life of the mind que contiene reflexiones en torno al pensamiento y la voluntad. El factor distintivo de este conjunto de obras es la integración magistral del análisis histórico con la perspectiva política y filosófica.

Según Arendt, el pensamiento contemporáneo se encuentra dividido: la acción política carece de orientación filosófica y la filosofía carece de importancia práctica. Esta oposición entre el pensar y el actuar -que priva al pensamiento de la realidad y a la acción del sentido- hace que ambas instancias carezcan de significado (32). La recuperación de una tradición más coherente e integrada constituye la tarea principal del hombre contemporáneo. El desprecio que éste siente por el pasado es resultado de la Revolución francesa que desencadena demandas por una vida mejor; pero son demandas que no pueden ser satisfechas por las instituciones existentes. La Revolución industrial alivia un poco la pobreza pero a costa de la moralidad cívil. Posteriormente el surgimiento del totalitarismo deja al individuo impotente frente a las presiones conformistas de la vida moderna. La consiguiente pérdida de fe en las posibilidades de redención a través de la razón y la comunidad anuncian el fin de la creencia de que el hombre puede ejercer el control sobre su trágico destino. En este sentido -afirma Arendt- Kierkegaard, Marx y Nietzsche son los verdaderos apóstoles de la emergente con-

(32) Hannah Arendt, Between past and future: six exercises in political thought (Nueva York: The Viking Press, 1961) p. 25.

ciencia moderna: son los guías "hacia un pasado que ha perdido su autoridad" (33). La íntima y valiosa conexión entre el pensar y el hacer ha sido rota; la vital distinción entre lo sagrado y lo profano ha sido disuelta. Lo que sigue después, la politización del hombre, es tan sólo otro nombre para la alienación del hombre. El mundo objetivo (el de los procesos) y el mundo subjetivo (el del significado) han estado unidos a lo largo de la historia. El pensamiento contemplativo y la acción política alguna vez se reforzaron mutuamente. Pero a raíz de la aceptación de la duda cartesiana -y la subsecuente decadencia de la fe cristiana- la falta de continuidad ha triunfado.

Arendt condena la tendencia igualitarista-niveladora que mina a la autoridad y al orden jerárquico ya que éste último le concede a la libertad su sustancia y legitima el uso del poder. En su visión, incluso el ideal democrático de la separación Estado-Iglesia es negativo porque contribuye al resquebrajamiento de la autoridad. Para Arendt la autoridad es el milagro que asegura "la durabilidad, la continuidad y la permanencia de las estructuras políticas" (34). La interrelación entre religión, autoridad y tradición representa el bien ideal -presente en la era romana y griega- pero resquebrajado en la actualidad.

Si un régimen de derecho y autoridad es esencial para una

(33) Ibíd., p. 40.

(34) Ibíd., p. 127.

democracia saludable, entonces cualquier forma de desobediencia civil o criminal constituye una amenaza; acelera el camino de cambios revolucionarios, invariablemente desastrosos (35). La verdad, simple pero aterradora, es que bajo circunstancias de permisividad legal y social, el pueblo tiende a comportarse de manera criminal. A Arendt le preocupa particularmente el fenómeno de la desobediencia civil ya que según su argumento, sirve tan sólo para debilitar los procesos institucionales. Invita a un desorden que ni el sistema político más estable puede controlar.

Más que cualquier otra cosa Hannah Arendt es una historiadora de las ideas. Pero no cabe duda de que sus preocupaciones políticas son ejemplares: busca que lo más positivo de la naturaleza humana pueda manifestarse dentro de un ámbito que ofrece muy poco en términos de mejoramiento. Como panacea sugiere una utilización más efectiva de la tradición humanista para la solución de los problemas contemporáneos. Pero antes, el hombre debe reconocer que la libertad en sí deriva su verdadera fuerza de la autoridad legítima.

Existe un dilema en el centro de la filosofía política de Hannah Arendt. Tintes elitistas subyacen en todo su pensamiento, pero a la vez, la restauración de la moralidad civil -que Arendt considera indispensable para combatir la presente crisis de valores- no puede ocurrir sin la participación de las

(35) Hannah Arendt, Crisis of the Republic (Nueva York: Harcourt, Brace Jovanovich, Harvest Book, 1972) p. 69.

masas a las que tanto menosprecia (36). Cualquier solución que sanciona una brecha permanente elites y masas está condenada al fracaso en un mundo de creciente interdependencia socioeconómica y aspiraciones igualitarias. Como escribe Hannah Fenichel Pitkin, profesora de Teoría Política de la Universidad de Berkeley:

Esta es una doctrina perturbadora porque por una parte significa que los grandes valores ofrecidos por la vida política están confinados a una elite adinerada, de tal modo que la gran mayoría de la humanidad está condenada a la exclusión del auto-gobierno y el desarrollo humano pleno (...) Es difícil creer en el gran valor que teóricos como Aristóteles, Tocqueville y Arendt atribuyen a la vida política si ésta, por definición, es incapaz de lidiar con las verdaderas necesidades de la mayor parte de la gente (37).

Críticos de la sociedad de masas -como Hannah Arendt- están parados sobre una sola pierna; una posición que cansa y a la vez paraliza. Ven sólo el aspecto negativo, ignorando las ventajas de la realidad polifacética. Como argumenta Daniel Bell:

Si bien es cierto que la sociedad de masas es superficial en cuanto a relaciones personales, anónima, transitoria, especializada, utilitarista, competitiva y status hungry, el derecho a la privacidad, la libre elección de amigos y ocupaciones, el status adquirido con base en el logro, una pluralidad de normas y estándares en lugar de

(36) Existe un desacuerdo considerable en cuanto al tema del elitismo en el pensamiento de Hannah Arendt. Ver por ejemplo las visiones contrastantes de Martin Jay y Leo Botstein en "Hannah Arendt; opposing views," Partisan Review, v. CLV, no. 3 (1978) pp. 348-380.

(37) Hannah Fenichel Pitkin, "The roots of conservatism: Michael Oakeshott and the denial of politics" en Lewis A. Loser e Irving Howe (ed.) The new conservatives: a critique from the left (Nueva York: Quadrangle Books, 1973) p. 268.

de los controles exclusivos y monopolistas de un sólo grupo dominante (38).

Aunque Hannah Arendt es demasiado sutil como para merecer la etiqueta "elitista" en un sentido definitivo, es un hecho innegable que no escapa por entero a la miopía intelectual: los valores que defiende son especiales, reservados para un club exclusivo formado por aquellos que han logrado obtener una cierta posición social, a salvo de la lucha diaria por la supervivencia.

Los numerosos tributos rendidos a Arendt desde su muerte enfatizan su papel como defensora de la libertad individual en contra de todas las formas de autoritarismo (39). Sin embargo, al analizar sus advertencias con respecto a la expansión de la democracia participativa y la cultura de masas -y en este terreno está claramente a favor de una defensa conservadora de los valores establecidos- se distingue claramente la promoción de una democracia más cualitativa.

Aunque su análisis político en ocasiones es demasiado abstracto y poco realista (particularmente en aquellos terrenos que domina menos como la sociedad y la economía en Estados Unidos) es incuestionable la validez de una crítica a aquellos elementos de la experiencia democrática que merecen ser revisados. En particular: la tendencia del hombre a rechazar la sabiduría del pasado en favor de una preocupación por el

(38) Daniel Bell, The end of ideology: on the exhaustion of political ideas in the fifties (Nueva York: The Free Press, 1962) p. 30.

(39) Judith Shklar, "Hannah Arendt's triumph," en The new Republic (diciembre 27, 1975) pp. 8-10.

"aquí" y el "ahora".

Leo Strauss: en defensa de la filosofía política

Quizá el único hilo conductor que conecta a pensadores conservadores a lo largo de la historia es la preocupación por relacionar medios morales con el ejercicio del poder político. Mientras que los liberales enfatizan los fines de libertad y justicia social, los conservadores enfatizan el fin último de la moralidad. Pero para entender esta posición es indispensable analizar a cada uno de los bandos en contienda.

El pensamiento liberal celebra el surgimiento del positivismo moderno y del relativismo, convirtiéndolos en lineamientos para la determinación de los valores que merecen ser apreciados; en cimientos de una moralidad basada en la contingencia. Para el liberal contemporáneo ya no existen absolutos: es imposible afirmar dogmáticamente que diversas manifestaciones de la conducta humana son malas o buenas. Las circunstancias y las consecuencias de una acción determinan qué tan apropiada es. Su moralidad es relativa; lo que es bueno y ventajoso en una situación puede ser malo y desventajoso en otra. Una filosofía liberal del hombre acepta los elementos problemáticos y paradójicos de la acción humana y se basa en un criterio relativo para juzgar. Nada es blanco ni negro sino gris. El método científico, el énfasis en la comprobación empírica y la interrelación entre fac

tores culturales, sociales y económicos muestran al liberal un mundo complejo y contingente. Para la perspectiva liberal, el poder y la ética son simplemente factores que en ocasiones entran en conflicto. La moralidad es aquello que concede el mayor bien al mayor número de personas. Es una visión esencialmente pragmática y utilitarista.

Los conservadores rechazan este enfoque, considerándolo corrosivo para los baluartes de la civilización. El pensador conservador se aferra a la creencia de que existe una moralidad objetiva, universal e incondicional, enraizada en el cristianismo y el humanismo occidental. Dentro de esta tradición es posible determinar qué es una conducta mala o buena y poseer valores a pesar de las incursiones de la cultura de masas. En cuanto a la ciencia moderna el conservador manifiesta serias dudas con respecto a su capacidad para mostrarle al hombre el camino correcto. Piensa que la ciencia es susceptible a la manipulación, la propaganda, y la ingeniería social anti democrática. Se resiste a sustituir al verdadero Dios de la religión establecida por el falso Dios de la ciencia.

Los conservadores son moralistas que nadan en contra de la corriente: buscan la certeza moral en un mundo cada vez más secular e inmoral. Enarbolan principios en nombre de valores que requieren un tipo de auto-disciplina y compromiso que la mayor parte de los hombres en la actualidad son incapaces de aceptar. La democracia para el conservador es cuali-

tativa, no cuantitativa; es la Buena sociedad, no la Gran sociedad. Y porque perciben su status como minoritario, luchan aún más por fortalecer los diques frente a una marca de secularismo, relativismo y tecnocratismo que amenaza con destruir el precario tejido de la civilización. Dentro de este grupo de defensores activos del conservadurismo se puede inscribir a Leo Strauss.

Strauss, catedrático de la Universidad de Chicago, especialista en el terreno de la filosofía política, es autor de numerosos libros, la mayor parte de ellos análisis textuales de teorías políticas clásicas y modernas: Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Locke y Rousseau. Quizás ningún otro académico contemporáneo haya superado la profundidad de sus estudios en torno al período clásico de la filosofía occidental (40). Sin embargo los desacuerdos en cuanto a la interpretación de su pensamiento abundan, ya que hasta el momento de su muerte en 1973 Strauss es el centro de una controversia intelectual. De hecho su sólo recuerdo forma parte integral del conflicto interminable entre el movimiento "behaviorista" -más o menos dominante en la ciencia política norteamericana- y la tendencia "tradicionalista" en la teoría política. Como intérprete de la filosofía política clásica en un periodo en que este enfoque se encuentra desacreditado, y como crítico constante de los nuevos desarrollos dentro de su campo, Strauss simboliza y actualiza la lucha intestina que divide a la mayor

(40) Ver Milton Himmelfarb, "On Leo Strauss," en Commentary (Agsoto de 1974) pp. 60-66.

parte de los politólogos contemporáneos en dos bandos: aquellos que siguen y aquellos que rechazan el enfoque empírico-científico.

Resulta conveniente agrupar a la filosofía política de Leo Strauss en tres temas principales:

- 1) La naturaleza y el papel de la historia política
- 2) La defensa de la moralidad objetiva
- 3) El ataque al enfoque científico del comportamiento político

Aunque los tres puntos constituyen elementos altamente integrados dentro de sus escritos, es posible ilustrar cada area de estudio con ciertas obras clave. Por ejemplo What is political philosophy? se centra en la primera area -la naturaleza y el papel de la filosofía política- y provee una introducción al enfoque straussiano. Declara tajantemente que no puede haber una armonía de intereses entre el enfoque científico y el filosófico del estudio de los fenómenos políticos: ambos enfoques son incompatibles (41). La filosofía política obtiene validez como método de estudio porque es fundamentalmente normativa. Busca conocer la verdad, no utilizarla; obtener el conocimiento necesario para la buena vida y la buena sociedad en lugar de ofrecer prescripciones para ella (42). La siguiente conclusión presenta una crítica

(41) Leo Strauss, What is political philosophy? (Glencoe: The Free Press, 1959) p. 14.

(42) Ibíd., pp. 10-14.

a lo que -según Strauss- se hace pasar por filosofía política actualmente:

Hoy la filosofía política se encuentra en un estado de decadencia y quizás de putrefacción, si no es que ha desaparecido por completo. No sólo existe un desacuerdo completo con respecto a los temas que debería estudiar, sus métodos y sus funciones; su misma existencia se ha vuelto cuestionable (43).

Strauss percibe que la filosofía política aún cuando no ha sido completamente desplazada por el empirismo científico, se ha vuelto tan fragmentaria que carece de toda sustancia o coherencia. Las cuestiones clave están siendo sustituidas y desplazadas; no el "cómo" sino el "por qué" debía ser el principio y el fin del análisis filosófico. El error reside en la tendencia casi universal a separar los hechos de los valores en una búsqueda del conocimiento político neutral, verificable, y libre de valores. Tal enfoque no produce el conocimiento real, que en la definición de Strauss abarca tanto características objetivas como subjetivas, no unas a expensas de las otras. Escribe: "El enfoque científico tiende a conducir a un descuido de las preocupaciones primarias o fundamentales y consecuentemente- a la aceptación sin cuestionamiento de la opinión recibida (44).

En The city of man Strauss continúa definiendo el tema central de su historia política. La opción está entre una reactivación del estudio de la filosofía política clásica o la rendición frente a la ideología (45) El simple estudio

(43) Ibíd., p. 17.

(44) Ibíd., p. 24.

(45) Leo Strauss, The city of man (Chicago: Rand McNally, 1964) pp. 1-2.

de la historia de la filosofía política tampoco puede ser uti-
lizado como sustituto. Sólo el estudio cuidadoso y sistemáti-
co de las ideas del filósofo político -tal y como tuvieron
significado para él- puede restaurar a la filosofía política.
La Política de Aristóteles, debidamente estudiada y compren-
dida, contiene más sabiduría y verdad que todos los esfuerzos
del positivismo actual. Implícitamente Strauss promueve la
utilización de su propio método de análisis textual de los
filósofos clásicos como el camino hacia la Tierra Prometida.

Strauss utiliza el término "derecho natural" para desig-
nar su fe en la existencia de una tradición preexistente de
valores y principios morales objetivos. Los preceptos básicos
de su filosofía política son paralelamente platónicos y aris-
totélicos: una concepción metafísica dual en la cual el hom-
bre trasciende su estado corporal mediante la postulación de
un reino ideal de "derecho natural" en el cual le es otorga-
da la verdad, el conocimiento y la sabiduría. Strauss afir-
ma que esta tradición de derecho natural existe; puede ser
conocida y revelada (46). EL rechazo contemporáneo a los de-
rechos naturales conduce al nihilismo. Debido a que la cien-
cia moderna niega una cosmología teleológica -en la cual to-
dos los seres tienen un fin natural y un destino natural- el
hombre ha perdido su camino. La moralidad, según Strauss,
depende de ciertos principios universalmente válidos que tras-
cienden a la historia. Coincide con Weber en la distinción
entre hechos y valores pero desaprueba la conclusión de que

(46) Leo Strauss, Natural rights and history (Chicago:
University of Chicago Press, 1974) p. 3.

"no puede haber ningún conocimiento genuino de lo que debería ser" (47). El hombre no puede evadir la responsabilidad de hacer distinciones entre el bien y el mal. La verdadera objetividad requiere de la habilidad para hacer juicios de valor.

Sin embargo Strauss tiene dificultad en demostrar como llegar de A a B; cómo entender el significado adecuado, y la relación entre lo general y lo particular ¿Por qué lo general debe tomar precedencia sobre lo particular? ¿Los individuos existen para la moralidad o la moralidad para los individuos? La respuesta straussiana es que la moralidad no puede ser relativizada -sólo obedecida. Sin embargo, la visión predominante en la actualidad afirma que la moralidad no puede ser conocida absoluta o definitivamente; es una cuestión individual, determinante por el contexto sociocultural. Pero para Strauss la moralidad tiene que estar vinculada con una concepción del bien, y el bien tiene sólo un significado, identificable con las ideas de libertad natural e igualdad natural presentes en la filosofía política clásica.

A lo largo del periodo medieval estos conceptos son entendidos y aceptados. Pero en los siglos XVIII y XIX sobreviene un parteaguas causado por el avance de la ciencia y las interpretaciones "erroneas" de Maquiavelo, Hobbes, Locke y Rousseau. La nueva perspectiva individualista allana el camino para el liberalismo y el colectivismo, ideologías que subvierten la tradición clásica del derecho natural dentro de la filosofía política (48). El liberalismo daña a esta tradición al si

(47) Ibíd., p. 41.

(48) Ibíd. ver capítulo cinco, "El derecho natural moderno" pp. 165-251.

tuar el énfasis en los derechos del hombre más que en sus obligaciones. El desplazamiento de la filosofía política clásica por la filosofía política moderna rompe la conexión entre "lo que es" y "lo que debería ser", o sea, entre el poder y la ética.

En un breve ensayo titulado "un epílogo", incluido en Ensayos sobre el estudio científico de la política -un compendio de estudios anti behavioristas- Strauss presenta sus principales objeciones a la valoración empirista que tiene a la mayor parte de la ciencia política contemporánea. Condenando al historicismo y al positivismo como los males gemelos del análisis político, Strauss pasa a enumerar las razones específicas de su rechazo.

1) La ciencia política deriva su autoridad y su valor de la filosofía política y no viceversa. El divorcio entre la política y la ética sobrevino cuando la relación íntima entre la ciencia política y la filosofía política se disolvió.

2) Las ciencias humanas y las ciencias naturales no se rigen por los mismos principios.

3) El ciudadano es el centro de la actividad política para el teórico clásico; pero en la nueva Ciencia Política es desplazado por la demanda de neutralidad creada por la escisión hecho/valor. La nueva Ciencia Política es incapaz de concebir al individuo en toda su particularidad como un fin moral. En cambio lo contempla como un objeto de manipulación política por parte de la ingeniería social.

4) La meta de la nueva Ciencia Política es predecir el comportamiento en lugar de proveer sabiduría y orientación.

5) La política, la ética, y la racionalidad se encuentran interrelacionadas en la visión clásica de la filosofía, mientras que la nueva Ciencia Política no contempla ninguna conexión necesaria entre preocupaciones morales y preocupaciones prácticas (49)

(49) Herbert J. Storing (ed.) Essays on the scientific study of politics (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, c1962) p. 309.

Dentro de la crítica de Strauss a la nueva Ciencia Política el argumento esencial es que los juicios de hecho y de valor, el empirismo y el racionalismo, el "ser" y el "deber ser" no deben ser desvinculados. La búsqueda de un cientificismo ilusorio ignora la distinción entre objetividad y subjetividad y coloca a los factores humanos y morales en un plano unidimensional. Al despreciar el ideal del bien común y la posibilidad de la buena sociedad, el nuevo empirismo es incapaz de proveerle a la democracia lo que más necesita: una base para reconciliar lo real con lo ideal. El fracaso de esta nueva Ciencia Política es completo e irremediable.

Según Strauss, el fin último de la vida política no puede ser alcanzado a través de la vida política misma, sino sólo por la vía de la contemplación y la filosofía. Al igual que Platón, apoya la posibilidad de que líderes pueden convertirse en filósofos y viceversa. Sólo así -mediante la cultura- puede el hombre llegar a una superación última.

Como filósofo político conservador, Leo Strauss se caracteriza por ser el promotor de una postura contemplativa sobre una postura activista. Encuentra su inspiración en el reino platónico de la moralidad superior, no en el reino burkeano de las obligaciones y las tradiciones prescriptivas. Se percibe una aureola esotérica en sus escritos que atrae a ciertos discípulos potenciales pero que desilusiona a quienes apoyan un tipo de pensamiento filosófico con mayor relevancia práctica. En cuanto a otros aspectos podría considerárse

sele como un pensador conservador típico. Le gustaría salvar a la democracia, enfrentada al peligro de convertirse en una mediocridad masiva debido a la glorificación del individualismo atomizador y antisocial. Pretende recrear una aristocracia basada en el mérito mediante la resurrección de la educación elitista, proyecto dentro del cual la instrucción religiosa sería parte fundamental. Argumenta que existen ciertos principios filosóficos y morales que pueden ser aplicados mediante el liderazgo de unos cuantos ilustrados para obtener una sociedad mejor. Dedicó su carrera académica a excavar las partes enterradas de una rica "Ciudad del hombre" que alguna vez había existido y podía ser resucitada para revertir el proceso de decadencia que el modernismo había traído consigo. Su antimodernismo lo convierte en un pensador político conservador; la calidad de sus escritos en un guía de la filosofía política conservadora.

B. El Conservadurismo Individualista

La mayor parte de los analistas políticos del escenario norteamericano concuerdan en que el pensamiento conservador sufre un resquebrajamiento en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial. Dos tendencias conservadoras emergen en el periodo de la posguerra. Cada campo con sus respectivos apóstoles, cada campo en desacuerdo con el otro en cuanto a la definición verdadera del conservadurismo. Designada con múltiples etiquetas, la pugna entre ambas corrientes puede ser

descrita como la versión tradicionalista versus la versión libertaria-individualista del credo conservador (50). Pensadores como Hannah Arendt y Leo Strauss quedan inscritos dentro de la clasificación de conservadores tradicionalistas, ya que afirman que la interrelación orgánica entre el pasado y el presente determina la naturaleza de los valores conservadores. Para este grupo la relación hombre/sociedad es una de interdependencia. Sin embargo, la facción contraria -que también jura lealtad a los valores conservadores- busca empujar al conservadurismo en una dirección distinta a la trazada por los tradicionalistas.

Centrándose en la economía en lugar de la política como area de preocupación fundamental, los conservadores libertarios-individualistas rechazan la visión interdependentista del hombre con la sociedad, por el contrario: enfatizan la independencia de ambas dimensiones. Consideran a las tendencias contemporáneas en favor del colectivismo como una grave amenaza para la libertad individual.

Existe una brecha casi insuperable entre los tradicionalistas -o conservadores "orgánicos"- y los libertarios-indivi

(50) Ver George Nash, The conservative intellectual movement in America since 1945 (Nueva York: Basic Books, c1976) "Mientras que los libertarios tendieron a enfatizar argumentos económicos en contra del Estado, los viejos conservadores estaban más preocupados con lo que percibían como las consecuencias y causas éticas del Leviatán. Casi en su mayoría, los viejos conservadores estaban poco interesados en la economía (...) En lugar de eso eran fundamentalmente críticos sociales y culturales, para los cuales el conservadurismo significaba la restauración de valores, no la preservación de bienes materiales." p. 82.

dualistas. Dada la naturaleza de las condiciones políticas y sociales en Estados Unidos hoy, es posible concluir que la diferencia fundamental entre ambos grupos es su grado de moderación o de radicalismo con respecto al cambio. Los tradicionalistas -aún siendo críticos de la realidad presente- apoyan el cambio gradual en favor de los valores que sustentan. Por otro lado, los libertarios-individualistas buscan salvaguardar y maximizar la libertad personal a cualquier costo. Para lograr este objetivo requieren un desmantelamiento sustancial del Estado Benefactor y la restauración de una forma anterior de capitalismo: el de libre mercado y libre competencia. En las circunstancias actuales, tales cambios implicarían una reorganización radical del sistema socioeconómico.

Quizás la diferencia esencial es que el conservador tradicionalista busca lineamientos morales objetivos, presentes en la historia y en la tradición, como solución a los problemas contemporáneos. El conservador individualista percibe a las "ataduras" de la tradición como amenazas para la autonomía individual. Rechaza a la autoridad en todas sus posibles manifestaciones.

Es claro que estas dos corrientes contemplan a la naturaleza del hombre, a la sociedad y al Estado desde perspectivas contrastantes. Mientras que el conservador libertario enfatiza la independencia del individuo, el tradicionalista subraya su dependencia con respecto a ciertas formas del orden social. Mientras que el libertario considera a la economía como la

fuerza del bienestar humano, el tradicionalista concibe a la cultura como medio a través del cual la excelencia humana puede prevalecer por encima del egoísmo. Mientras que el libertario es comparable al anarquista en cuanto a su oposición al Estado, el tradicionalista aboga por el Estado fuerte, el elitismo y el autoritarismo. Al mismo tiempo las dos tendencias encuentran causa común en su oposición al liberalismo; en su compromiso con el mantenimiento del orden establecido. A ningún grupo le gustaría ver al gobierno desempeñando un papel activo en pro de la justicia distributiva y la igualdad.

En una gran ironía histórica el conservador individualista se acerca al liberal clásico de tipo lockeano-jeffersoniano-adamsmithiano. En enfoque laissez-faire -el mejor gobierno es el poco gobierno- vincula, sin quererlo, a dos campos antagónicos. Y uno de los pensadores que mejor ilustra este fenómeno, el reto individualista a la ortodoxia conservadora es Milton Friedman.

Milton Friedman: la apología del libre mercado

Nadie ha despertado tantas dudas en torno a la sabiduría del keynesianismo, la guía principal para la política económica norteamericana de la posguerra, como Milton Friedman con su libro Capitalism and freedom. Como periodista, académico y asesor presidencial su influencia es amplia; tanto dentro como fuera del gobierno. Junto con Friedrich A. Hayek, Fried

man le concede cuerpo y sustancia a la dimensión económica del conservadurismo contemporáneo. Para los liberales es "el enemigo". Para muchos colegas conservadores -especialmente los más tradicionalistas "el hereje".

Friedman, el hijo de inmigrantes procedentes de Europa Oriental, nace en Brooklyn, Nueva York en 1921 y crece en Rahway, Nueva Jersey en circunstancias de extrema pobreza. Estudia primero en Rutgers y posteriormente consigue una beca para realizar el posgrado en Economía en la Universidad de Chicago. A lo largo de su carrera se dedica principalmente a la cátedra y a la investigación, convirtiéndose en uno de los líderes de la llamada "Escuela de Chicago" de economía neoclásica.

El significado del término "libertad" es esencial para el pensamiento conservador. Y su pregunta clave: ¿Cuál es el obstáculo principal para la maximización de la libertad individual? Muchos conservadores contemporáneos le adjudican la culpa del poder político excesivo del gobierno. Por su parte los liberales -aunque cada vez más a la defensiva y cada vez más escepticos del Big Government- concluyen en que el problema reside en la creciente monopolización del poder económico por parte de las corporaciones, a expensas de la democracia política. Argumentan que sólo el gobierno puede frenar la voracidad corporativa, garantizando la justicia social. Más que representar la amenaza principal para la libertad individual, el gobierno puede y debe ser el medio necesario para proteger la igualdad de la cual depende la libertad.

Milton Friedman, en contraposición, se erige en contra de todos aquellos que equivocadamente piensan que el gobierno puede desempeñar un papel positivo:

(...) el espectro del gobierno debe ser limitado. Su principal función debe ser la de proteger nuestra libertad, tanto de enemigos más allá de nuestras fronteras, como de nuestros mismos ciudadanos; preservar la ley y el orden; vigilar el cumplimiento de los contratos privados y fomentar mercados competitivos. Basándonos en la cooperación voluntaria y la iniciativa privada, tanto en la esfera económica como en otras actividades, podemos asegurar que el sector privado vigile los poderes del sector gubernamental y una protección efectiva de la libertad de pensamiento, de religión y de palabra (51).

La manera de reducir la influencia del gobierno es mediante la dispersión del poder a lo largo del sistema; particularmente a través de la devolución de la responsabilidad y la iniciativa a los estados y las comunidades locales. Según Friedman esto reforzará la libertad de elección individual. Si a una persona no le gusta la actuación de determinado gobierno estatal, sólo tiene que cambiar de estado. Esto es imposible cuando el gobierno que monopoliza todo el poder reside en Washington. La diversidad humana -símbolo de la libertad individual- no puede florecer bajo la autoridad coercitiva de la centralización.

Desde 1933, con el advenimiento del Nuevo Trato, el liberalismo traiciona a su herencia. Cambia el compromiso con

(51) Milton Friedman, Capitalism and freedom (Chicago: University of Chicago Press, 1972) pp. 2-3.

la libertad personal (el laissez-faire económico y político) por el "estatismo", el colectivismo y el Estado benefactor. Estos eventos, afirma Friedman, han debilitado seriamente las bases tradicionales de la libertad individual. En su visión, la libertad política requiere de un sistema saludable que favorezca la libertad económica. Por sí solas, en plena libertad, las fuerzas del mercado eventualmente asegurarán el progreso económico y político, sin ningún sacrificio para la libertad individual.

Los economistas han errado al encontrar las fallas del capitalismo en la Gran Depresión. Con esta afirmación Friedman siembra la semilla de una controversia que continúa floreciendo. Argumenta que el crash del '29 no es generado por defectos inherentes al sistema económico sino por políticas económicas erróneas. En otras palabras, el culpable es el intervencionismo gubernamental, propugnado por Presidentes ineptos y sus asesores, particularmente durante la Administración de Franklin D. Roosevelt. La raíz del problema no reside en defectos estructurales del capitalismo de mercado. Más bien los experimentos como la cooperación entre el sector público y el privado -fomentados por Roosevelt- exacerbaban las dislocaciones económicas y sociales del periodo. Según Friedman, el capitalismo de mercado se auto-corrige con el tiempo; requiere sólo de cantidades mínimas de intervencionismo político.

Milton Friedman es mejor conocido como el apóstol de la

política monetaria. Esta obtiene -mucho mejor que la política fiscal- el progreso económico y la estabilidad. El control juicioso de la masa monetaria constituye la solución friedmaniana para combatir la decadencia económica.

La institución gubernamental que recibe con mayor regularidad la crítica de Friedman es la Reserva Federal. Aun siendo una agencia independiente del gobierno -establecida por Woodrow Wilson en 1913- tiene una ingerencia fundamental en la política monetaria y fiscal del país. Y es precisamente en contra de la actuación de esta agencia en el terreno fiscal que Friedman ha emprendido una Guerra Santa durante los últimos años. La Reserva Federal falla y ha fallado; tanto, que Milton Friedman coloca sobre sus hombros gran parte de la responsabilidad de la Gran Depresión:

La Gran Depresión en los Estados Unidos, más que un signo de la inestabilidad inherente al sistema de la iniciativa privada, es un testamento de la cantidad de daño que puede ser causado por unos pocos hombres que ejercen un vasto poder sobre el sistema monetario del país (52).

Friedman condena el énfasis liberal en políticas gubernamentales destinadas a aliviar el desempleo, así como los subsidios públicos. Tales políticas -afirma- elevan impuestos, amenazan la libertad individual, e inevitablemente fracasan en su objetivo principal: el de frenar el desempleo. La gran ventaja, en contraste, de la economía de libre mercado es que funciona impersonalmente y por lo tanto de una manera justa.

(52) Ibíd., p. 46.

El capitalismo es bueno porque en el largo plazo (si no en el corto), provee el rango más amplio de oportunidades para el logro individual. Cuando el capitalismo no cumple sus promesas, ésto se debe invariablemente a algún tipo de inter vención gubernamental equivocada. El salario mínimo lastima a los pobres en lugar de beneficiarlos porque elimina empleos que de otro modo existirían, aumentando así el desempleo. Los programas de precios básicos para productos agrícolas -aplicados durante las últimas cinco décadas- han hecho más daño que bien. Todas las formas de paternalismo constituyen una amenaza para la autonomía individual. Friedman resalta el oscuro panorama del intervencionismo estatal desde los treinta, concluyendo en lo siguiente:

Haciendo un balance, cabe poca duda de que el record es negro. La mayor parte de los nuevos proyectos emprendidos por el gobierno en las últimas décadas han fracasado en todos sus objetivos. Sin embargo, Estados Unidos ha continuado progresando (...) gracias a la iniciativa privada y el libre mercado. Las medidas gubernamentales han obstaculizado, no ayudado a este desarrollo. Hemos podido superar estos obstáculos sólo a través de la extraordinaria fecundidad del mercado. La mano invisible ha sido más potente para el progreso que la mano visible para la regresión (53).

Los argumentos de Friedman merecen ser considerados por el simple hecho de que generalmente aciertan en cuanto a sus predicciones relativas a las consecuencias de determinadas políticas económicas. Después de ser -durante tanto tiempo- una voz clamando en el desierto, actualmente sus teorías mar can los lineamientos del consenso económico de la Administra-

ción Reagan.

Los puntos débiles de su perspectiva residen en su simplificación de problemas complejos: convierte a una masa monetaria mejor regulada en la panacea para todos los males económicos del país. Paralelamente el análisis friedmaniano contiene otro elemento cuestionable: la suposición de que el hombre es más racional que irracional y que no caerá en comportamientos del tipo de "la supervivencia del más fuerte" si se le es permitido vivir al margen del intervencionismo gubernamental es poco realista. Para muchos conservadores, Milton Friedman -con todo y su premio Nobel- no es más que un "racionalista utópico."

C. El conservadurismo moderado

En 1975 la revista National Review celebra veinte años de vida. Fundada por un grupo de intelectuales conservadores que buscan difundir sus opiniones y valores, pronto se convierte en el vocero principal del conservadurismo político moderado. Bajo la dirección de una figura famosa a nivel nacional -William F. Buckley, editor en jefe- la revista combina artículos, editoria es, reseñas de películas y revistas en una edición bimensual. En ella han colaborado personajes conservadores de la talla de Russell Kirk, Clare Booth Luce, George F. Will y el mismo William F. Buckley Jr. La publicación se distingue por su moderación. Buckley se ha negado a

incorporar a extremistas de la línea de Ayn Rand y Robert Welch de la Sociedad John Birch.

A pesar de su diversidad todos los contribuyentes coinciden en el ataque consistente a las distintas manifestaciones del liberalismo. Existe obviamente una lista de enemigos que reciben tratamiento especial e incluye a todas las figuras públicas teñidas por la doctrina liberal. A la vez que ataca el liberalismo, la revista defiende los valores conservadores en los terrenos de la política, la literatura y la estética. La mayor parte del contenido es descriptivo más que filosófico y gira en torno a la política contemporánea, dejando poco espacio para el análisis de temas culturales o históricos. Constituye un foro de expresión para aquellos conservadores que dan la bienvenida a una revista anti-liberal, pro-conservadora, intelectualmente respetable y particularmente reaccionaria (54).

A mediados de la década de los sesenta, Jeffrey Hart hace la siguiente observación:

Actualmente hay algo parecido a un Establishment intelectual conservador. National Review ha desempeñado un papel útil en esta transformación. Seguramente existe una alternativa a la Izquierda revolucionaria y al liberalismo en decadencia -una alternativa en armonía con nuestras tradiciones y con lo mejor de nuestra civilización actual (55).

(54) Para obtener una descripción más detallada del movimiento intelectual asociado con National Review consultar George Nash, Op. cit.

(55) Jeffrey Hart, The American dissent: a decade of modern conservatism (Garden City: Doubleday, 1966) p. 252.

William F. Buckley Jr.: la cruzada contra el liberalismo

Ningún individuo ha hecho tanto por difundir el mensaje del conservadurismo en las últimas dos décadas que este editor, columnista y autor. Aunque su cáustico sentido del humor frecuentemente mina su reputación, no cabe la menor duda en cuanto a su seriedad intelectual. Constantemente reexamina los lineamientos de la doctrina conservadora buscando extender las fronteras de su aceptación.

Buckley irrumpe sobre el escenario nacional con la publicación de su primer libro God and man at Yale, escrito en 1952, dos años después de su graduación de esta universidad. Ya que el libro constituye un ataque desinhibido a lo que Buckley percibe como un tinte liberal-izquierdista dentro de las ciencias sociales -particularmente en el Departamento de Humanidades de Yale- genera gran controversia en el momento de su publicación. Aunque el análisis presenta grandes deficiencias, cumple con un objetivo: coloca al joven William en el centro del escenario.

God and man at Yale hace una evaluación de las Facultades de Sociología, Religión, Psicología y Ciencia Política de la Universidad. Buckley se basa fundamentalmente en su experiencia personal como alumno, en conversaciones sostenidas con compañeros, y en los libros de texto señalados como obligatorios en los distintos cursos. Con pocas excepciones descubre que la mayor parte de los profesores y los textos son anticon

servadores y pro-liberales. Condena el hecho de que los estudiantes de Yale -la elite profesional del futuro- están siendo adoctrinados. A pesar de que Yale presume de ser un mercado libre de ideas; un foro en el cual se enfrentan diversas opiniones, Buckley lo niega: afirma que el ambiente intelectual se encuentra dominado por el agnosticismo religioso, el keynesianismo y las ideas políticas colectivistas. En su ataque a la "ortodoxia liberal reinante" acusa al Board of Trustees, compuesto por influyentes ex-alumnos de Yale, de traicionar su responsabilidad para con el alumnado. Critica también a profesores que buscan subvertir a la religión y al individualismo en nombre de la "libertad académica".

Aunque Buckley provee amplios datos que apoyan sus tesis, el libro es escesivamente superficial y descansa sobre cimientos débiles. Pero el lector no deja de admirar su audacia: muy pocos ex-alumnos tienen éxito cuando publican un libro que relata sus rencores personales en contra de la institución en la cual estudiaron, aún y cuando exista un poco de verdad en sus afirmaciones.

La capacidad analítica de Buckley se vuelve cada vez más refinada con el transcurso del tiempo; la superficialidad y la crudeza de su primer libro no reaparecen en trabajos posteriores. Eventualmente su crítica metódica del liberalismo y su defensa de los valores conservadores lo convierten en una figura pública de peso. Su lema: "El liberalismo es po-

deroso pero decadente... el conservadurismo es débil pero viable"

Según Buckley los principales errores del liberalismo son los siguientes: considera al gobierno como una panacea para los males sociales y tiende a fijar metas inalcanzables que al no ser obtenidas generan frustración masiva. Sólo el poder descentralizado y la iniciativa económica del sector privado pueden asegurar el progreso y la estabilidad. La gran fuerza del conservadurismo radica en que es "la política de la realidad". El bien social requiere de la restricción de los abusos de la libertad. La religión es un atributo indispensable de la moralidad cívica. El relativismo y el "estatismo" -tan en boga actualmente- representa el peor peligro doméstico para la civilización norteamericana. Aún Presidentes conservadores como Nixon y Ford no pudieron fomentar el rejuvenecimiento del conservadurismo; las presiones eficientistas del liberalismo minaron sus mejores intenciones.

En completa identificación con la doctrina conservadora Buckley se opone a la democracia popular, ya que en su perspectiva, el gobierno del pueblo significa inestabilidad, y la inestabilidad subvierte a la libertad.

En su libro más interesante, Four reforms: a program for the seventies, intenta llenar un vacío dentro de la literatura política conservadora al analizar cuatro areas controversiales que dividen tanto a liberales y conservadores como

a conservadores entre sí; welfarism, impuestos, justicia criminal, y educación. En los cuatro temas propone recomendaciones para reformas que considera de gran urgencia (57). Dentro de una perspectiva que se caracteriza por su actitud negativa (el conservadurismo siempre está en contra de algo), resulta refrescante encontrar un programa positivo que contiene cierto grado de viabilidad política. El libro ofrece una excelente combinación: análisis de problemas junto con soluciones para resolverlos. Es obvio que algún tipo de cambio es requerido en estas áreas, por lo que Buckley le pide al campo conservador que sacrifique un poco del Status quo en aras del mejoramiento.

Buckley piensa que una sociedad más igualitaria depende de la ampliación de la libertad más que de políticas gubernamentales que expanden la libertad a expensas de la libertad. El problema del Welfare es que es un barril sin fondo: mientras más recursos sean inyectados en la economía para aliviar la pobreza, más se incrementan las demandas de asistencia. En la década de los sesenta, el costo del Welfare asciende a cifras astronómicas, a la par con el desempleo. En otras palabras, los esfuerzos liberales por convertir al Welfare en un derecho -en lugar de una necesidad- conducen a abusos del sistema y producen costos que no pueden ser justificados en términos de eficiencia económica.

(57) William F. Buckley Jr., Four reforms: a program for seventies (Nueva York: G.P. Putnam, 1975)

En cuanto a materia fiscal, Buckley aboga por un porcentaje básico y uniforme de impuestos a nivel nacional, con pocas deducciones. Se opone a porcentajes más altos para las clases con mayores recursos. El paquete de reformas que propone incluye:

- 1) El Congreso debe eliminar los impuestos progresivos sobre la renta
- 2) El Congreso debe eliminar todos los renglones deducibles
- 3) El Congreso debe eliminar todas las exenciones
- 4) El Congreso debe eliminar el impuesto corporativo
- 5) El Congreso debe imponer un impuesto uniforme del 15% sobre todo el ingreso (58).

Buckley piensa que una simplicación fiscal que elimine los numerosos loop-holes asegurará mayor igualdad. Asegura que es un hecho comprobable que aunque los pobres pagan un porcentaje proporcionalmente más alto del ingreso en impuestos que otros sectores, reciben más en materia de beneficios gubernamentales. Un sistema fiscal más uniforme acabará con el principio de la proporcionalidad y consecuentemente con el burocratismo. Según Buckley, al pueblo norteamericano se le ha engañado: el impuesto progresivo produce más desigualdad que justicia:

Finalmente Buckley concluye en que:

Se nos motiva a creer que el gobierno federal produce el suficiente dinero para que los ricos puedan sostener a los pobres, que una educación secularizada, racialmente integrada puede generar una ciudadanía armoniosa y civilizada (...). Estas supersticiones, sal

picadas sobre nuestras leyes y nuestra retórica, son el agua bendita de la ideología liberal. La tarea del conservadurismo es rasgar el velo que encubre a estas supersticiones (59).

Evaluando sus facetas positivas, Buckley emerge como un analista conciso y hábil del escenario político contemporáneo. Escribe de una manera persuasiva; su lógica parece impecable. Pero el reverso de la moneda muestra a un crítico tendenciosamente antiliberal que esconde las flaquezas de sus argumentos con la retórica. Y quizás aún más importante; Buckley no logra escapar a la arrogancia elitista que subyace a toda su perspectiva.

(59) Ibíd., p. 153.

III. Conservadurismo y Liberalismo : la Lucha por la Supervivencia

A. Paradojas

A pesar de contar con una larga historia y una estela de pensadores prestigiosos, el conservadurismo no disfruta de una posición honorable en la evolución del pensamiento político norteamericano. La tradición liberal dominante monopoliza de tal manera el consenso que el conservadurismo nunca ha podido presentarse como alternativa frente a un liberalismo -que según varios autores no puede ser felicitado por su pureza. Como escribe Louis Hartz:

Nunca ha habido un movimiento liberal o un verdadero partido liberal en Estados Unidos: sólo hemos tenido un American Way of Life, una articulación nacionalista de Locke, que usualmente ni siquiera sabe que Locke está involucrado (60).

En un país beneficiado con abundancia de tierra, recursos y un clima favorable que alimenta la fe optimista en la buena vida para la mayoría, surge un credo liberal sui generis, específicamente norteamericano, poseedor de grandes paradojas. En un país orientado hacia el cambio -encuadrado en una tradición liberal- surge un liberalismo marcado por

(60) Louis Hartz, The liberal tradition in America (Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1955) p. 11.

fuertes corrientes conservadoras (61).

La tradición política norteamericana es producto de su historia. Un vasto patrón de fuerzas -étnicas, geográficas, religiosas, políticas, sociológicas, económicas, culturales e ideológicas- se unen para formar algo característicamente norteamericano. Existen ciertas circunstancias particulares. La primera de ellas es el tamaño y la diversidad del país. De allí que no sorprenda que la fe en la libertad individual se convierta en el ideal unificador. Las ideas de libertad, optimistas y aventureras, parecen surgir espontáneamente en el nuevo país (62). A lo largo de más de tres siglos -años en los que Franklin predica, Washington construye, Jefferson sienta ejemplo, Lincoln sufre y Bryan protesta- Estados Unidos se caracteriza por ser un país en el cual los hombres literalmente pueden contemplar la oportunidad. La frontera incita, tocando tanto a los que responden a su llamado como a los que no. Los resultados quedan plasmados en palabras como "iniciativa", "energía", "logro", "individualismo", "progreso" y "movilidad". El pensamiento político norteamericano ha sido un pensamiento liberal, ya que el cambio y el progreso han constituido parte esencial del American Way of Life.

(61) Ver Sheldon Wolin, Politics and vision (Boston: Little, Brown, 1960) pp. 293-294.

(62) Clinton Rossiter, Op. cit., p. 69.

Grande, diverso, rico, nuevo y exitoso; el país tampoco tiene un pasado feudal. Estados Unidos emerge de la Revolución con una sociedad abierta, un gobierno más constitucional, una religión más variada y tolerante y una mente más independiente que cualquier cosa que los europeos conocerían en generaciones venideras. Samuel Huntington enfatiza este punto y su impacto sobre el conservadurismo norteamericano:

En Europa el conservador es el defensor de los valores y las instituciones tradicionales, particularmente de aquellas dentro de la sociedad (...). El conservadurismo se asocia con la Iglesia, la aristocracia, las costumbres sociales, el orden social establecido. (...) En Estados Unidos el conservadurismo rara vez ha favorecido porque no ha tenido instituciones sociales que conservar (63).

Océanos, espacios abiertos, parajes salvajes, diversidad étnica y religiosa; la misma ausencia de presencias físicas como castillos y catedrales: éstas y otras circunstancias aseguran que la lucha en contra del privilegio, que cicatriza el desarrollo político y social de Europa no forme parte de la experiencia norteamericana. Desde que el país inicia su experimento nacional, lo hace sin ataduras feudales, un gobierno centralizado y arbitrario, una iglesia nacional, una economía basada en el privilegio y estratificaciones heredadas (64).

Estas circunstancias, en coalición con la herencia cristiana de justicia y virtud y la herencia inglesa de derecho y

(63) Samuel P. Huntington, Political order in changing societies (New Haven: Yale University Press, 1968) pp. 32-33.

(64) Sheldon Wolin, "The new conservatives," en The New York Review of Books (5 de febrero, 1976) pp. 18-23.

libertad, moldean a la tradición norteamericana. Un pueblo que nunca ha tenido que pensar en cómo aniquilar a un pasado opresivo, y rara vez cómo actuar drásticamente en un presente miserable, concibe a la libertad como una herencia a ser preservada, no como una meta a ser alcanzada. El resultado es una tradición política tan conservadora con respecto al liberalismo y tan defensiva con respecto a la "sociedad abierta", que ha hecho del liberalismo -al cual denomina The American Way -una fe nacional: poco usual y llena de contradicciones.

La tradición norteamericana: el liberalismo conservador

La tradición política norteamericana es básicamente una tradición liberal: una forma de pensamiento optimista en cuanto al hombre y al gobierno. Está sellada con el espíritu de Thomas Jefferson y sus artículos de fe son el progreso, la libertad, la igualdad, la democracia y el individualismo. Cree más en la benevolencia del hombre que en su maldad; más en su maleabilidad que en su perversidad, más en su urgencia de ser libre que en su necesidad de sometimiento; más en su sentido de justicia que en su perversidad, más en su sentido de justicia que en su capacidad de injusticia. Asume que los hombres son seres racionales que no requieren de las enseñanzas del pasado, que su derecho a alcanzar la felicidad está acompañado de la habilidad necesaria para hacerlo, y que los instrumentos adecuados de educación pueden con

ducir incluso al hombre más humilde a la sabiduría y la virtud. Piensa que la humanidad se encuentra en marcha hacia un nivel más alto de dignidad e inteligencia.

Estados Unidos -según esta visión- es un país cuya edad de oro se encuentra en el futuro. Todo está en ascenso: el standard de vida, el PNB, el tiempo libre, el número de automóviles y orquestas sinfónicas. La tradición política norteamericana piensa en términos de progreso inevitable, ya sea en asuntos materiales, morales o culturales.

Siempre ha sido un país obsesionado con la libertad. La libertad por encima de la autoridad, la libertad por encima de la responsabilidad, los derechos por encima de las obligaciones; ésta ha sido la medida de todas las cosas en the sweet land of liberty. El objeto de la autoridad política -y la prueba de su valor- no ha sido la gloria nacional sino la libertad individual. El hombre común es un hombre con un lugar seguro dentro del sueño norteamericano.

La tradición política norteamericana contempla una forma de gobierno posible: la democracia. El gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo. Debe ser el pueblo porque sólo él puede ser fuente de poder legítimo; porque sólo el pueblo tiene el derecho y la capacidad para juzgar la corrección de las leyes bajo las cuales vive. Formas de gobierno que colocan el poder de la decisión final sobre un hombre, un grupo, un partido o una clase son malvadas, antinaturales o están condenadas a la destrucción. La base del gobierno es el

consentimiento del pueblo soberano; el oráculo político más sabio es la clara mayoría del pueblo.

El cimiento de esta fe norteamericana es el individualismo. El enunciado "el Estado fue hecho para el hombre, no el hombre para el Estado" es la fórmula mágica mediante la cual los norteamericanos alejan a los malos espíritus del autoritarismo. El pensamiento político norteamericano asume que el Estado no puede ser algo más que los individuos que los componen -y coloca al hombre -en lugar de la comunidad en el centro de su reflexión. "Estatismo" es la palabra detestada; "individualismo" la palabra venerada, con base en la cual se pone a prueba toda la actividad gubernamental.

Sin embargo el norteamericano no está tan seguro de estos principios como lo estaba hace ciento cincuenta años o hace quince. Sin embargo no tiene intenciones de lanzarse en busca de una fe sustituta. Continúa asumiendo la decencia humana, idolatrando al progreso, proclamando la libertad, colocando su fe en la democracia, predicando la igualdad y reduciendo todos los problemas sociales en términos del individuo y sus derechos.

Aunque esta fe se jacta de ser verdaderamente liberal, en algún sitio de ella se encuentra una vena profunda de conservadurismo filosófico (65). Si los principios anteriormente presentados constituyeran el todo de la tradición política

(65) Raymond Wolfinger, Martin Shapiro, y Fred I. Greenstein Dynamics of American politics (Englewood Cliffs: Prentice Hall, c1976) p. 7.

norteamericana, ésta sería más radical que liberal. Un examen más cuidadoso revela la existencia de un número considerable de principios distintos -algunos de los cuales son genuinamente conservadores- formando un dique que impide que el liberalismo se transforme en radicalismo (66).

El primero y el más visible de estos principios es el tradicionalismo. En la mentalidad norteamericana los términos "fe" y "tradición" parecen ser intercambiables. Esto se debe a dos verdades importantes: el norteamericano siente más de lo que piensa con respecto a los principios políticos; y lo que siente es que éstos son la herencia de sus grandiosos antepasados. Hay politólogos que afirman que la filosofía política norteamericana no ha progresado -en lo esencial- desde los tiempos de Adams, Jefferson, Hamilton y Madison. Estados Unidos vive en el presente con las ideas de sus antepasados. Y los antepasados se basaron en las ideas de sus antepasados: los Founding Fathers de 1776 apelaron constantemente a los Founding Fathers de 1607, 1620, 1630 y 1689. El tradicionalismo forma parte integral del pensamiento político norteamericano. El pensamiento es una fe, la fe una tradición.

Otra faceta conservadora: el espíritu del constitucionalismo que también permea el pensamiento político. Cuando el norteamericano proclama su devoción a la democracia, está pensando en una democracia en la cual el poder es diluido por una Constitución escrita, y quienes sostienen las riendas del

(66) Rossiter, Op. cit., p. 74.

poder son mantenidos en regla por el poder de la ley. "Un gobierno de leyes y no de hombres" es su criterio del buen gobierno. En su opinión no existe incompatibilidad entre de mocracia y constitucionalismo: éste es simplemente un método que asegura el buen funcionamiento a través de métodos seguros, efectivos y predecibles. Todos los hombres -no importa que tan buenos sean- son vulnerables frente a las tentaciones del poder; todos los hombres -no importa qué tan racionales sean- pueden perder la cabeza en una situación crítica. Por lo tan to deben gobernarse bajo restricciones auto impuestas que los liberen de todo mal, conduciéndolos asimismo a decisiones sobrias. El espíritu del constitucionalismo está presente (por obvio que parezca) en una Constitución que es no sólo admirada; también obedecida activamente.

El tradicionalismo y el constitucionalismo: éstos son, desde cualquier perspectiva, principios profundamente conser vadores. Incluso podrían ser proclamados como abiertamente conservadores de no ser por el desprecio generalizado que se manifiesta hacia la fe conservadora en Estados Unidos.

El conservador puede contemplar al pensamiento norteame ricano y descubrir un número considerable de otras creencias que se asemejan a artículos de su propia fe. Dos de éstos se encuentran estrechamente vinculados: la religión y el derecho natural. Por encima de las dudas que puedan expresar en privado, la mayor parte de los norteamericanos públicamente per manecen convencidos de que Dios tuvo mucho que ver con el sur

gimiento de la República y que la democracia "debe ser fortalecida con la fuerza de la religión". Al mismo tiempo, continúan creyendo que detrás de sus libertades, leyes, costumbres, reglas de costumbre, y la Constitución, se erigen principios eternos de derecho y justicia.

El artículo 15 de la Declaración de Derechos de Virginia de 1776 expone otra creencia central -aún prevaleciente- del pensamiento político norteamericano:

No puede haber gobierno libre ni la bendición de la libertad puede ser preservada sin la adherencia a la virtud, la moderación, la frugalidad y la virtud, y por una frecuente recurrencia a principios fundamentales (67).

De acuerdo a esta perspectiva, el gobierno libre descansa sobre una base moral definida: un pueblo virtuoso. La decadencia moral del pueblo denota el fin de tal gobierno. De allí que sea necesario fijar un número de límites sobre el libre juego del individualismo, el individuo libre debe ser moral tanto en la vida privada como en la vida pública; debe trabajar, luchar y lograr; debe cumplir con sus obligaciones como ciudadano. Como individuo libre es responsable del uso de su libertad frente a Dios, la leyes, y el resto de los hombres. En particular, se espera que demuestre buena voluntad, cooperación, caridad y simpatía fraternal. El norteamericano siempre ha enfatizado el derecho y la necesidad de la libre asociación; pero la libre asociación requiere del es-

(67) Rossiter, Op. cit., p. 136.

píritu de hermandad (68).

Durante los últimos años, estos principios conservadores y potencialmente conservadores han ido adquiriendo mayor fuerza. El pueblo norteamericano parece estar menos seguro de la relevancia total de sus principios liberales; actualmente tiende a hablar más en términos de tradicionalismo, unidad, lealtad, constitucionalismo, religión, derecho natural, deber, moralidad, responsabilidad y cooperación. Mientras que la tradición sigue siendo liberal, cada vez se insiste en que es sólo eso: una tradición.

En toda sociedad suele existir una brecha visible entre el ideal y la realidad; entre lo que los hombres piensan y lo que hacen; entre lo que exponen en público y lo que asumen en privado. En Estados Unidos esta brecha es particularmente ancha. En un enfrentamiento entre el liberalismo y el conservadurismo en el pensamiento norteamericano, el liberalismo gana 9 de 10 peleas. En un enfrentamiento entre el liberalismo y el conservadurismo en la práctica política norteamericana, los resultados ya no son tan claros. Existen varias prácticas políticas y sociales que colocan restricciones sobre el libre juego de las fuerzas que conforman al liberalismo.

La primera de estas prácticas es el constitucionalismo (69). La Constitución es escrita por hombres que creen en

(68) Mathew Holden, Varieties of political conservatism (Beverly Hills: Sage, 1974) p. 12.

(69) Ibíd., p. 26.

el gobierno libre y por lo tanto desean que prevalezca la voluntad de la mayoría; pero sólo después de haber sido filtrada a través de una serie de instrumentos ingeniosos. Y generaciones posteriores de norteamericanos-en la práctica- no se alejan de los lineamientos de los Founding Fathers. Constituciones estatales escritas, la separación de poderes, la estructura bicameral, el veto Presidencial, la revisión judicial, el sistema representativo, los mecanismos dilatorios dentro de la maquinaria del Congreso: estos arreglos diluyen y restringen la voluntad popular. La Constitución conservadora es por lo tanto símbolo de unidad como esclava de la estabilidad.

El ideal liberal manifiesta que el gobierno existe principalmente para proteger los derechos del individuo. La realidad conservadora es una en la cual el gobierno interviene en repetidas ocasiones para guiar y reducir la persecución de los intereses individuales, siempre en nombre de un interés más amplio descrito como "la comunidad" o "el pueblo". El hecho es que los norteamericanos con todo su individualismo- siempre han contado con el gobierno para mantener al individuo bajo control. Como señala Louis Hartz:

(...) De la proposición válida de que los norteamericanos siempre han sido tradicionalmente hostiles a la acción colectiva desempeñada por el gobierno federal, hemos concluido -equivocadamente- que los norteamericanos siempre han sido tradicionalmente hostiles a la acción colectiva desempeñada por los gobiernos estatales y locales (70).

(70) Louis Hartz, Op. cit., p. 21.

En lugar de ser hostiles frente a la acción colectiva, los norteamericanos siempre han insistido en que los diversos niveles gubernamentales -particularmente los más bajos- tomen medidas positivas para satisfacer las necesidades de la comunidad. Aunque el colectivismo norteamericano es empírico, y por lo tanto reconciliable con la tradición individualista, no cabe duda de que constituye una forma de colectivismo. La tradición enfatiza los derechos; la Constitución y las leyes, las obligaciones. El mito norteamericano no es el hombre sin ataduras; la realidad norteamericana es el hombre que es reclutado para morir en lugares lejanos y por causas oscuras. En Estados Unidos -a pesar de todo- la comunidad es importante.

Otro ejemplo del conservadurismo práctico es la estructura de clase. El ideal norteamericano exalta la igualdad y condena las clases; la realidad norteamericana sacrifica a la igualdad en aras de la libertad y asume la existencia natural de las clases. Eso sí, la estructura clasista es peculiarmente norteamericana: es fluida y flexible, despliega una concentración en el centro del espectro y su principal críterio es el logro. Sin embargo es innegable que existe una estructura de clase, aunque a la mayor parte de los norteamericanos les moleste hablar de ella.

En Estados Unidos, el pueblo exige muchas cosas de sus escuelas: que enseñan a sus hijos a leer, escribir, contar, ser buenos ciudadanos y deportistas, y a pensar de una mane-

ra constructiva. Pero el mandato más importante es enseñarles a los niños las costumbres de sus padres. La escuela es el guardián de la tradición, el maestro del patriotismo, el predicador de la moralidad y el intérprete de los valores fundamentales. Enseña el liberalismo, pero más como una tradición que como un esquema racional. La bandera y el retrato de Washington forman parte del equipo standard tanto como el pizarrón. Las escuelas públicas reflejan el interés público común por lo que enseñan ideales y hechos que apoyan el orden establecido.

Este catálogo es aún más extenso. Puede argumentarse que ciertas iglesias predicán el credo liberal y apoyan el orden conservador; o que los labor unions son factores estabilizadores del sistema. El país -por más paradójico que parezca- parece ser una citadela de conservadurismo que se erige entre el tumulto de la innovación. El ritmo de la reforma en Estados Unidos está lejos de ser precipitado. El norteamericano ha mantenido a la reforma dentro de los límites de la tradición. Algunos de sus ciudadanos han vivido en comunas y han sido flower children; otros han marchado en Berkeley y se han alimentado de germen de trigo; muchos han peleado en contra de la pena capital y han exigido a la sociedad arrepentimiento y recapacitación. Pero la gran mayoría de los habitantes del país se han conformado con el patrón establecido, ignorando a los reformistas. Las refor-

mas más exitosas -aquellas que la mayoría eventualmente apoya- afectan sólo superficialmente a las instituciones existentes. El mismo llamado de los reformadores es formulado en términos convencionales. No se le pide al país que se deshaga de o transforme alguna parte descompuesta, sino que la coloque en manos de hombres más capaces. El reformismo es una exigencia de reconstrucción según las especificaciones originales de los Founding Fathers. La mejor manera de recomendarle una no vedad al pueblo norteamericano es hacerle creer que se trata de una resurrección. Se cree en el progreso inevitable, pero sobre rieles ya trazados y puestos. Este ha sido el estilo del desarrollo político y social en Estados Unidos.

B. Contradicciones

Ninguna característica define con mayor exactitud al sis tema norteamericano -mezcla paradójica de conservadurismo y liberalismo- que la ambigüedad. Como afirman Samuel Huntington y Earl Raab:

El genio de la sociedad norteamericana es que ha legitimado la ambigüedad. La ideología norteamericana abraza a valores contradictorios; la Constitución es un hervidero de ambivalencia; los partidos políticos son amalgamas de inconsistencia. Sin embargo estas son las características que han hecho a Estados Unidos lo que es (71).

La capacidad para reconciliar principios y valores con-

(71) Samuel P. Huntington y Earl Raab, The politics of unreason (Nueva York: Harper and Row, 1970) p. 20.

tradictorios parece ser el rasgo más distintivo de la tradición política norteamericana. Ya sea Jefferson versus Hamilton, o los derechos de los estados versus la supremacía del gobierno federal, las tendencias encontradas se manifiestan a lo largo y a lo ancho del país. El liberalismo tiende a defender e incluso a glorificar esta cualidad particular del sistema. El liberal asume que los norteamericanos han gozado de lo mejor de ambos mundos -centralización y descentralización del poder- y que por tal razón es mejor ensalzar a esta omnipresente ambigüedad que buscar otra alternativa: para el liberal, constituye la fuerza principal del sistema.

Esta ambigüedad deriva precisamente de esa extraña inconsistencia, presentada en la sección anterior, entre el pensamiento y acción. La facción liberal, comodamente sentada tras el timón, se enorgullece del hecho de que su filosofía democrática y su esquema institucional puede asimilar valores contradictorios. A la larga la estabilidad y el cambio, la libertad y la igualdad, los derechos de las minorías y el gobierno de la mayoría son metas reconciliables. La ambigüedad, sanciona el estado de impureza ideológica en el que se encuentran tanto el liberalismo como el conservadurismo contemporáneo. Los cimientos de ambas facciones se han resquebrajado notablemente a lo largo de este siglo: las creencias de hoy se alejan de las concepciones clásicas de ayer. Ahora es el liberal quien acepta una visión menos optimista de la racionalidad humana, enfatiza la interdependencia, y es-

tá dispuesto a concederle al gobierno el poder que requiere la extensión de sus responsabilidades en cuanto al bienestar social. El conservador actual curiosamente deposita su fe en la racionalidad humana, valora la libertad divorciada de constituciones sociales y manifiesta una desconfianza creciente frente al poder del Estado. Las premisas básicas se erosionan, floreciendo a su vez las contradicciones internas (72).

El liberal tradicional era el gran abogado defensor del gobierno limitado y la libertad individual. El conservador tradicional celebraba la existencia de constricciones sociales y el gobierno fuerte. En nuestros días es el liberal quien concibe al gobierno como un instrumento capaz de garantizar mayor igualdad; aún a costa del individuo; mientras que el conservador busca reducir la intervención gubernamental y erigir barreras diseñadas para proteger los derechos individuales; especialmente el de la propiedad. El conservador desea menos gobierno y más respeto a la autoridad. El liberal está dispuesto a tolerar mejor activismo gubernamental en aras de la expansión de la justicia social, pero lucha a su vez por extender la libertad individual. El conservador desconfía del poder político pero apoya que el Estado -a través de sanciones legales- amplíe el espectro de su poder social. En contraposición el liberal acepta la expansión del poder político estatal, buscando asimismo una contracción de su poder social. La incongruencia caracteriza a ambos bandos.

(72) Marvin E. Gettleman and David Mermelstein (ed.) The failure of American liberalism (Nueva York: Vintage Books, 1969) p. 499.

Ser un liberal en Estados Unidos implica tener una visión optimista de la habilidad del hombre para controlar las riendas de su destino y considerar al gobierno como un instrumento de justicia redistributiva: responsable de muchos y no sólo de unos cuantos. Ser conservador presupone adoptar una visión hasta cierto punto pesimista con respecto a la capacidad del hombre para imponer su voluntad sobre los eventos, enfatizar la dimensión social del comportamiento individual y defender la concepción de un papel limitado del gobierno. Para el liberal, la falta de intervención del gobierno en favor de los menos privilegiados constituye la principal amenaza a la democracia. Para el conservador, el gran enemigo es el paternalismo gubernamental.

En cierto sentido, cada uno acusa al otro de violar principios democráticos básicos. Al liberal se le culpa de paternalismo autoritario; al conservador de elitismo autoritario. El liberal denuncia al conservador por querer sustituir el consenso democrático por el elitismo autoritario. El conservador desenmascara el "auto engaño" liberal que consiste en negar su autoritarismo, aún y cuando convierte al gobierno en una vasta burocracia paternalista. Esta es la esencia del enfrentamiento liberal-conservador.

Generalmente un conservador apoya el status quo y un liberal, la reforma. En el contexto histórico contemporáneo, el conservador se erige en defensor del individualismo amen

zado por diversas formas de colectivismo. El liberal critica políticas públicas -que en su perspectiva- perpetúan las desigualdades socioeconómicas existentes, favoreciendo a unos cuantos privilegiados a expensas de las masas. Sin embargo el liberal actual parece mostrar una alta dosis de escepticismo con respecto a soluciones colectivistas a problemas como el desempleo: el gobierno, dentro de esta nueva visión, es cada vez más burocrático e irresponsable en el terreno fiscal. La tradicional fe liberal en el progreso, la racionalidad y la ciencia es colocada en tela de juicio a la luz de evidencia creciente de la irracionalidad y la impotencia humana a lo largo del presente siglo. Como escribe Peter L. Berger:

(...) es posible afirmar que el viejo optimismo y la confianza han sido minadas, aún entre los grandes grupos que nunca pensaron que el país se enfrentaba a una crisis (...) lo que parece evidente es la "pérdida de inocencia". Uno puede referirse a la existencia de una crisis del "Credo norteamericano" (73).

Por su parte el conservador cada vez es más consciente de la creciente interdependencia entre el sistema económico y la dimensión social. Al advertir que esta se ve amenazada por lo que percibe como resquebrajamiento morales e institucionales, abandona su actitud negativa con respecto al cambio: el activismo parece ser la solución.

Frente a este panorama de ambigüedades y contradicciones, resulta evidente que la frontera que ha dividido a liberales y

(73) Peter L. Berger, Pyramids of sacrifice: political ethics and social change (Nueva York: Basic Books, 1974) p. 203.

conservadores a lo largo de la historia ya no es tan clara. Esta es la raíz del dilema liberal-conservador.

El liberalismo en crisis

Un tópico recurrente entre politólogos, periodistas y miembros del liderazgo político norteamericano es la decadencia del liberalismo contemporáneo. Al hablar de "liberalismo contemporáneo" se refieren no a la trayectoria trazada por Adam Smith sino a la tradición del Nuevo Trato y el "welfare" que trajo consigo. La desilusión emana de los fracasos aparentes en la resolución de problemas sociales a lo largo de las últimas décadas, a pesar de la inyección desorbitada de recursos. Los resultados del esfuerzo gubernamental en el terreno de la vivienda, la promoción del bienestar y la salud, el desempleo y la pobreza distan de ser alentadores. La facción liberal prometió un grado más alto de justicia social si sus políticas recibían el apoyo y los recursos suficientes. En la década de los setenta, una desconcertada clase media -que contempla la creciente inflación, la carga fiscal abrumadora y la corrupción- siente que ha sido traicionada.

Revisando la literatura al respecto, emerge un retrato cada vez más claro de la desilusión liberal. Muchas de sus críticas, anteriormente liberales incuestionables, ahora exhiben una gran pérdida de fe en un enfoque que había sido la lí

nea rectora desde 1930. En The politics of disorder por ejemplo, Theodore J. Lowi profundiza su ataque a lo que denomina interest group liberalism, ampliando con ello los alcances de la postura condenatoria expuesta en un trabajo anterior: The end of liberalism. Entre otras cosas critica la tendencia de los liberales a unirse con los conservadores -traicionando con ello sus principios- en un esfuerzo futil por sobrevivir. En su visión el campo liberal es culpable de fomentar la constante reformación del sistema en lugar de los cambios estructurales que éste requiere.

Quizás el problema reside no tanto en que el liberalismo ha fallado, sino que ha sido demasiado exitoso. Ha aprendido a ignorar las problemáticas más urgentes, perdiendo con ello una gran parte de su legitimidad. El Nuevo Trato se convierte en el status quo, la vieja solución en el nuevo problema. Irving Louis Horowitz mantiene que al no atenerse a los principios liberales fundamentales, "el carácter pragmático y pluralista del liberalismo sólo sirve para polarizar aún más el esquema ideológico norteamericano" (74). La decadencia liberal crea un vacío que los conservadores no se han tardado en llenar.

Por su parte la crítica conservadora afirma que los verdaderos fracasos del liberalismo se encuentran en el Big government, las burocracias insensibles, y un debilitamiento peligroso del sistema nacional de defensa. Al colocar un peso

(74) Irving Louis Horowitz, Ideology and utopia in the United States, p. 8.

tan grande sobre el gobierno y erigirlo en problem solver, los liberales han caído en la trampa de crear expectativas falsas entre el pueblo, a la vez que entregan resultados pobres y promesas incumplidas.

El sistema liberal de valores siempre ha sido el espejo de un sistema económico que aparentemente persigue (y logra) el bienestar de la mayoría. Para 1976 esto ya no es tan cierto. En una coyuntura de serios resquebrajamiento -en todos los ámbitos- el renacimiento conservador emerge en gran parte como resultado de la "crisis del liberalismo". Si al término de la Segunda Guerra Mundial, ocasionalmente surge un libro que despierta interés por las ideas conservadoras dentro de un círculo reducido de discípulos, ningún tipo de movimiento conservador es discernible. En los cincuenta, William F. Buckley Jr. irrumpe sobre el escenario con su ataque al Establishment liberal y la creación de National Review provee un terreno fértil para la causa conservadora. La captura de Barry Goldwater de la candidatura del Partido Republicano en 1964 momentáneamente revive el conservadurismo en su dimensión política. Pero desde mediados de la década de los setenta el conservadurismo disfruta de su resurrección más fuerte y sostenida, que encuentra expresión concreta en un grupo de académicos, políticos, periodistas y editores denominados "neo conservadores" (75).

(75) Stephen J. Tonsor, "The second spring of American conservatism" en National Review (septiembre 30, 1977) pp. 1103-1107.

IV. El Neoconservadurismo: la Esperanza Restaurada

A. La coyuntura

Con la toma de posesión de Ronald Reagan en 1981, ¿Estados Unidos estaba inaugurando un nuevo Presidente o una nueva era? La sorprendente victoria electoral, ¿Había sido un triunfo personal de Reagan sobre un Jimmy Carter desacreditado o constituía un rechazo consciente a una serie de ideas, perspectivas, actitudes y políticas de casi dos generaciones? Dicho de otro modo: ¿Era análoga la victoria de Reagan a la de Roosevelt que inauguró la era del Nuevo Trato o similar al triunfo de Dwight Eisenhower que dejó el curso político fundamentalmente intacto?

Desde un principio el nuevo Presidente se comporta como si estuviese al mando de una nueva era. Su victoria en todos -menos seis- de los estados y la captura Republicana del Senado asombra a los analistas políticos. El Washington Post afirma que "algo de proporciones gigantescas ha ocurrido: los conservadores están al mando ahora" (76). Se declara en diversos foros que la victoria reaganista es el giro más radical hacia la derecha en una generación; que es el cambio de poder más grande en Washington desde 1952. Y la adminis-

(76) Burton Yale Pines, Back to basics (Nueva York: Morrow, 1982) p. 8.

tración Reagan se moviliza rápidamente para fortalecer esta imagen.

Con el lema Let's make America great again, Reagan propone un programa de gobierno que tiene por objetivo reactivar el crecimiento económica, aumentar el gasto militar para recuperar el "liderazgo" mundial y reducir los programas de beneficio social. La frase contiene mucho más que un simple programa: refleja la concepción ideológica del Presidente y de todo un grupo detrás de él. En términos generales se refiere a una ideología denominada "neoconservadora" que busca reducir el papel del Estado en la sociedad, estableciendo cambios en las políticas económicas y sociales que habían sido adoptadas en Estados Unidos desde el Nuevo Trato de Roosevelt y reforzadas por los proyectos de la Gran Sociedad johnsoniana. Esta visión neconservadora se opone a la intervención exagerada del Estado en la economía, al excesivo gasto público y a la legislación de derechos civiles. Se apoya el poder estatal sobre el federal, la disminución en los impuestos y un mejor control del crimen. Se destacan los valores tradicionales, la familia y la religión, enfatizándose asimismo la libertad y el bienestar del individuo como sustento de la sociedad (77).

Con base en estos lineamientos el programa reaganista cobra cuerpo, erigiendo como eje central un ataque al concepto del Estado como benefactor social. Las causas de la crisis

(77) Clinton F. White, Why Reagan won (Chicago: Regnery Gateway, c1981) p. xviii, 250.

que Reagan hereda -inflación del 13% anual, tasas de interés al 21%, desempleo del 7.5%- se atribuyen al excesivo crecimiento del aparato gubernamental y al sistema impositivo. Los reaganistas militan en una filosofía política que argumenta que el gobierno no es la solución sino el problema. Por lo tanto hay que reducir su carga, equilibrar el presupuesto y devolver facultades a los gobiernos estatales. La llamada "agenda social" incluye la lucha contra el aborto y contra los estímulos a la integración social en las escuelas; la exoneración de impuestos a padres que pagan colegiaturas en escuelas privadas; y la implantación del rezo obligatorio en las escuelas públicas (78).

Frente a esta panorama emerge un diagnóstico. Después de un reinado largo y apacible; después de haber dominado todos los aspectos de la vida norteamericana -cuidando sus valores, actitudes y hasta sus métodos- el liberalismo parece estar en decadencia. Y al derrumbarse, ha dejado libre un espacio para la avanzada conservadora. Y gran parte de quienes la conforman se caracterizan por un nuevo tipo de conservadurismo: el conservadurismo neoconservador.

El pensamiento genuinamente conservador -con su énfasis en el grado y la jerarquía, la autoridad, el status hereditario y la santidad de la tradición -nunca había tenido mucho impacto en Estados Unidos. El clima de opinión prevaleciente -tal como lo ha demostrado Louis Hartz- siempre ha sido li

(78) Edwin J. Feulber, Conservatives stalk the house (Ottawa: Green Hill, c1983) p. 89.

beral. Como un programa político, una respuesta intelectual o un cuerpo de pensamiento con algo pertinente qué decir acerca de la sociedad norteamericana, el conservadurismo siempre encontró poco eco entre los intelectuales.

Los únicos clasificados dentro de sus filas eran aquellos que creían en los principios de la economía del mercado: Von Hayek y Milton Friedman. O quienes pensaban en retrospectiva que el Senador Joseph McCarthy había hecho algo bueno por el país -como William Buckley y los editores de National Review- o quienes habían empezado esgrimiendo un odio feroz contra el comunismo que con el transcurso del tiempo se había transformado en un desagrado frente a la izquierda en general. Como grupo eran incapaces de conferirle una posición de peso al conservadurismo dentro del escenario intelectual estadounidense.

La llamada Nueva Izquierda -tanto en sus aspectos políticos como culturales- logra ésto. La locura política de los sesenta, atribuida a la izquierda, transforma el conservadurismo en una opción atractiva y respetable para muchos intelectuales. Eldridge Cleaver, Tom Hayden, los Weatherman y los Panteras Negras proveen el panorama de una sociedad a punto de ser reemplazada por un desierto nihilista. Muchos de los hombres que abandonan a la izquierda en los sesenta se convierten en líderes de un nuevo conservadurismo que habría de cobrar fuerza incipiente en los setenta y definitiva en los ochenta.

A diferencia de encarnaciones previas del conservadurismo en Estados Unidos, el neoconservadurismo no habla con la voz del privilegio establecido ni con la voz de las pretensiones

aristocráticas. La novedad de este nuevo estilo de conservadurismo reside en el hecho de que se presenta como un conservadurismo desinteresado, puramente intelectual, pero quizás por ello más formidable. Los nombres asociados con él gozan de amplio prestigio. Son hombres con logros sólidos en las ciencias sociales o el periodismo. Pero el punto principal de este nuevo conservadurismo es que no es ni parroquial en perspectiva ni indefenso en el mundo. En el gobierno, es el mundo académico, entre la opinión pública, los neoconservadores de los ochenta están en muy buena posición (79).

Por el camino de la derecha

Cientos de libros han sido escritos sobre los desarrollos políticos de la década de los sesenta en Estados Unidos; el movimiento de los derechos civiles, el radicalismo estudiantil y la contracultura. Sin embargo poco se habla de quizás el legado más importante hecho a la política norteamericana: una visión forjada en reacción a la turbulencia de los sesenta; una perspectiva feroz en cuanto a su búsqueda de moderación política y cultural, enraizada en la estabilidad, pesimista en cuanto a las posibilidades de cambio e imbuida de un sentido apocalíptico de la decadencia de la civilización occidental. En suma, la visión neoconservadora.

(79) Peter Steinfels, The neoconservatives (Nueva York: Simon and Schuster, c1979) p. 30.

Resulta difícil analizar al neoconservadurismo como movimiento intelectual. No existe ningún Manifiesto Neoconservador, ningún Programa Neoconservador para los Setentas y Ochentas, ninguna Asociación Nacional de Neoconservadores. Como en toda tendencia política existen diferencias internas, variaciones y corrientes encontradas -así como miembros marginales, compañeros de viaje y simpatizantes ambiguos. Sin embargo un buen punto de partida es denominar "neoconservadores" a aquellos que se han desvinculado de un liberalismo al que adjudican una pérdida de lineamientos morales y políticos (80). Con base en esta definición los neoconservadores son -en muchas maneras- un producto de la década de los sesenta. El radicalismo de esta etapa es el resultado de una sociedad que empieza a cuestionar a un sistema que actúa antiliberalmente: en Vietnam, en la represión al movimiento de los derechos civiles. Paralelamente ciertos grupos emprenden una cruzada para defender al liberalismo norteamericano de los ataques radicales. Pero para defender tienen que analizar y en el proceso de revisión muchos descubren que el objeto defendido muestra serias resquebrajaduras. Habiendo empezado como defensores del liberalismo, ciertas facciones acaban, hasta cierto punto como sus críticos. Estos son los neoconservadores quienes sienten que deben ir más allá del liberalismo contemporáneo para preservar su herencia.

¿Quiénes son exactamente los neoconservadores? Fundamentalmente, un grupo de intelectuales, muchos de ellos refugiados

(80) Steinfels, Op. cit., p. 26.

de la izquierda liberal: Daniel Bell, Nathan Glazer, Irving Kristol, James Q. Wilson, Edward Banfield, Seymour Martin Lipset, Jeane Kirkpatrick y Daniel Patrick Moynihan entre otros. Pero los neoconservadores no son sólo un grupo cualquiera de intelectuales; son un grupo poderoso. Sus reputaciones son sólidas. Proviene de las universidades elitistas: Harvard, Berkeley, MIT, Chicago, Stanford. Publican en The New York Times, Atlantic Monthly, Encounter, Daedalus, Foreign Policy, Fortune, Business Week, U.S. News and World Report, Time, Newsweek y The New Republic. La geografía del mundo intelectual es una geografía de revistas y a los neoconservadores se les puede vincular con las que se caracterizan por ser portavoces de esta nueva perspectiva.

Describir a los neoconservadores -en principio- como un simple partido de intelectuales es correr el riesgo de que se subestime su importancia; cuando la reacción debía ser precisamente la contraria. Los intelectuales en Estados Unidos funcionan como asesores de candidatos y quienes ocupan puestos públicos. Redactan discursos y proponen programas y proyectos legislativos. Son miembros de comités ad-hoc y los medios de comunicación amplifican sus ideas. Como expertos dentro de campos particulares -relevantes para la política pública -(public policy) colaboran en el diseño de medidas. Como guardianes de los valores y los símbolos de la sociedad y en palabras de Tocqueville, como teóricos políticos y moldeadores de ideas

generales, los intelectuales son legitimadores.

Los caminos precisos a través de los cuales se da esta legitimación son difíciles de recorrer. Daniel Bell escribe un libro y un columnista del New York Times retoma sus ideas. Alexander Bickel, neoconservador de la Universidad de Yale escribe un artículo refiriéndose al fracaso de la integración racial en las escuelas y Nixon lo utiliza como base para un discurso presidencial. La idea del "fin del liberalismo", del fracaso de los programas de la Gran Sociedad -lugar común entre la población norteamericana de los ochenta- tiene su origen en la evaluación hecha por académicos. En suma, los neoconservadores tienen acceso directo a quienes ocupan puestos públicos y a la elite política en general. Incluso mantienen lazos con el sector empresarial a través de los llamados "think-tanks", este segmento industrial de millones de dólares conocido como la "industria del conocimiento": la Corporación Rand, el Instituto Hudson, la Fundación Heritage y el Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales de la Universidad de Georgetown. Estratégicamente instalados en el mercado de las ideas, bien conectados con líderes políticos y empresariales, los neoconservadores constituyen un grupo de peso (81).

El neoconservadurismo no puede ser entendido al margen de su historia. En este sentido no existe ningún obstáculo en de

(81) Guy Sorman, The conservative revolution in America (Lake Bluff: Regnery Gateway, 1985) p. 23.

definir a los neoconservadores como una generación: todos ellos nacen en los 20's -un poco antes, un poco después. La realidad política de estos años deja claras huellas sobre los neoconservadores actuales. Muchos de ellos judíos, llegan a la mayoría de edad en una década que ve el triunfo del nazismo, y son socialistas en una era en que está de moda serlo. Sin embargo pronto se ven formando parte de un movimiento que es incapaz de frenar la avanzada de la derecha -un movimiento gobernado en nombre de la ortodoxia y de Marx que degenera en el stalinismo.

Los neoconservadores que fueron socialistas durante estos años, casi todos son antistalinistas. Pero lo que viene después en una total revisión de sus creencias. Para el socialista de ayer, el neoconservador de hoy, la fe en la racionalidad y el progreso se incorpora a las víctimas de Hitler y Stalin. Muere en Auschwitz y sus cenizas son espacidas en Treblinka. Es incapaz de resucitar entre las purgas en Europa Oriental y los escombros de Hiroshima y Nagasaki. La época de la posguerra se caracteriza por un replanteamiento de las premisas políticas.

Si las raíces del neoconservadurismo son socialistas, su desarrollo posterior se ve condicionado por una inmersión en la Guerra Fría. De las páginas del Partisan Review y Commentary, formando parte del Comité Americano para la Libertad Cultural -un cuerpo de intelectuales ilustres creado en 1951

para luchar contra la "propaganda comunista"- los ex-socialistas, ahora simples liberales, asumen en palabras de Norman Podhoretz, una posición de "anti-comunismo de línea dura". Los abogados liberales de este anticomunismo recalcitrante generalmente se oponen a Joseph McCarthy y a las formas más visibles y violentas de McCartismo. Pero su oposición no es de índole moral; se basa en argumentos altamente sofisticados. Su queja: McCarthy está haciendo mal una labor que anticomunistas más profesionales y con mayores conocimientos -como ellos- podrían hacer mejor. De hecho a lo largo de los cincuenta no se distinguen mayormente de otros liberales exceptuando quizás un grado más alto de sofisticación intelectual y militancia anticomunista.

En marzo de 1965 se da la primera manifestación en contra de la guerra de Vietnam; en abril Estados Unidos envía tropas a la República Dominicana; en junio empieza la acumulación masiva de tropas en Vietnam; en agosto Watts explota. 1965 es el punto de transición de la década y coincide con la publicación del primer número de The Public Interest -que eventualmente se convertiría en el vocero del neoconservadurismo. La revista nace en momentos turbulentos. The Public Interest escribe Moynihan, "pronto estaba navegando sobre todo excepto un mar veraniego... alrededor de nosotros la lona se rompió y los cables se separaron" (82).

(81) Steinfels, Op. cit., p. 18.

Los sesenta empiezan con las manifestaciones pacíficas y Camelot y los Cuerpos de Paz. Terminan con la guerrilla es tudiantil, la Casa Blanca de Nixon y Agnew y Kent State. Entre tanto hay revueltas urbanas, marchas sobre Washington, universidades ocupadas, tanques en las calles de Chicago. Se habla de que la gente se ha "radicalizado", generando a su vez una contrarrevolución derechista. Sin embargo no existen términos adecuados para describir la evolución política de un grupo significativo de liberales. Se "conservatizaron."

De los eventos que se suceden unos a otros durante los sesenta, es difícil señalar aquellos que transformaron a los liberales en neoconservadores. Berkeley, 1964 seguramente es uno de ellos. En las confrontaciones violentas entre la policía y los estudiantes, estos últimos argumentan que sus de rechos están siendo violados. Para muchos intelectuales el liberalismo se está convirtiendo en excesos retóricos y tonte rías peligrosas.

En 1965 los opositores a la guerra se rehusan a acreditar las buenas intenciones de Washington y a disociarse del enemigo vietnamita. Al mismo tiempo la erupción de frustraciones entre las minorías y el aumento del sentimiento separatista entre los negros despierta preguntas en cuanto a la viabilidad de un sistema que se había enorgullecido de su funcionamiento con base en el compromiso y el consenso. La visión liberal -que contemplaba a las instituciones norteamericana como s6-

lidas y benevolentes- empieza a ser cuestionada.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial existe un singular consenso respecto a la vida norteamericana; un consenso a propósito del papel de Estados Unidos en los asuntos internacionales, un consenso en torno al Estado Benefactor; un consenso acerca del papel que le corresponde al gobierno en cuanto al manejo de la economía y la planificación del futuro. Este consenso se rompe en los sesenta. La década constituye la gran prueba del Establishment Liberal -de los "mejores y los más brillantes" para usar la frase de David Halberstun. Y fracasa, generando con ello profundos cuestionamientos en la cultura y el temple moral de los norteamericanos.

Frente a estos eventos los liberales reaccionan de varias maneras. Unos abandonan sus posiciones previas, incorporándose al radicalismo de la Nueva Izquierda. Otros combaten a los radicales, atacando sus principios y sus políticas. Los neoconservadores optan por el segundo camino. La revista Commentary empieza un ataque sistemático a todo lo que percibe como foco de inestabilidad. Un artículo desarrolla un paralelo entre la Nueva Izquierda y los comunistas alemanes que allanaron el camino para el ascenso de Hitler. Otro ataca a los Panteras Negras, a la Liberación Femenina, y a los apologistas de la "contracultura".

Pero de hecho el neoconservadurismo arremete contra una fuerza ya en plena decadencia: entre 1965 y 1968 el radicalisis

mo estudiantil entra casi en el exilio político. El movimiento de los derechos civiles no sobrevive los conflictos raciales en el Norte. Con el transcurso del tiempo las manifestaciones son cada vez menos capaces de catalizar cuerpos grandes de apoyo leal. El país -después de todo- había elegido a Nixon. Sólo la condena moral hacia Vietnam provee al radicalismo de su fuerza restante. Para 1971 las protestas en los campus han decaído, la revista Time anuncia con orgullo "The cooling of America" y las mismas minorías raciales están denunciando a la violencia de los Panteras Negras. Paradójicamente sólo al disolverse los conflictos de los sesenta se puede apreciar qué tan lejos del liberalismo se han deslizado los inicialmente defensores del liberalismo: los neoconservadores (83).

La filosofía de la antipolítica

¿Cuáles son los pilares básicos del neoconservadurismo? Mucha de su sustancia intelectual deriva de otras tendencias estrictamente conservadoras: el conservadurismo económico de Milton Friedman, el conservadurismo social de Friedrich Hayek, el conservadurismo cultural de Russell Kirk y el conservadurismo filosófico y político de Leo Strauss. De Milton Friedman el neoconservadurismo toma el aprecio por la economía de mercado como motor del crecimiento económico. De Friedrich Ha-

(83) Ver por ejemplo Nathan Liebowitz, Daniel Bell and the agony of modern liberalism (Westport: Greenwood, c1985)

yek toma la idea de que las instituciones sociales son el producto de la acción humana pero rara vez del destino humano. De Leo Strauss toma la moral y las tradiciones filosóficas precapitalistas.

En este sentido, el neoconservadurismo es un movimiento intelectual sincretista. Pero busca más que el sincretismo: en palabras de Irving Kristol, "pretende alcanzar una nueva síntesis". Aparte de lo que ha heredado de perspectivas conservadoras preexistentes, tiene sus propias inclinaciones distintivas (84).

Los neoconservadores desapruaban -como la mayor parte de los norteamericanos- del trato desigual que sufren las minorías raciales, las mujeres y los pobres. Pero critican las estrategias gubernamentales diseñadas para corregir estas desigualdades más que las desigualdades en sí. Se oponen vehementemente al separatismo de las minorías, a la disrupción social y a la desobediencia civil. Son detractores de la mayor parte de los programas en contra de la pobreza y los proyectos para redistribuir el ingreso mediante reformas fiscales. Se muestran escépticos frente a las propuestas para extender los servicios médicos, garantizar el empleo y proteger el medio ambiente. El neoconservadurismo piensa que los efectos benéficos de la pena de muerte merecen mayor consideración y aprueban la censura. Es hostil frente al movimiento feminis

(84) Irving Kristol, Reflections of a neoconservative (Nueva York: Basic Books, c1983) p. iii.

ta y virtualmente nada vinculado a la "contracultura" escapa su condena.

En cuestiones internacionales los neoconservadores están divididos en cuanto a Vietnam. Aunque hay un punto en común: la guerra fue un "error" trágico, no un "crimen" nacional. Apoyan a Israel, sospechan de las intenciones árabes y de la mayor parte de las iniciativas de Washington para un arreglo negociado. Sin embargo, Estados Unidos y su poder militar -es en su visión -una fuerza global en favor del bien. Se muestran más bien escépticos frente a la détente y la evolución de los Partidos Comunistas de Europa Occidental; defienten la Guerra Fría, el anticomunismo, la CIA y las imágenes del "mundo libre". En este grupo las demandas de los países del Tercer Mundo encuentran poco eco.

Finalmente el neoconservadurismo como tendencia intelectual, en el terreno de la política económica y social, no condena la existencia del Estado Benefactor -pero tampoco lo acepta con resignación como un mal necesario. No pretende desmantelarlo en nombre de la economía del libre mercado, sino moldearlo. Este proceso de reformulación supuestamente intentará librar al Estado Benefactor de sus orientaciones paternalistas. El objetivo: convertirlo en una especie de "estado de seguridad social" que provea la seguridad necesaria, minimizando a su vez la entromisión gubernamental sobre las libertades individuales. El gobierno limitado -en su visión neocon

servadora- no se opone al gobierno enérgico. Ambos pueden y deben ser corolarios naturales (85).

Detrás de estas posiciones específicas existe un trasfondo filosófico-político general que orienta la perspectiva neoconservadora. Esta cosmovisión mantiene que una crisis de autoridad se está gestando tanto en Estados Unidos como en Occidente en general. Las instituciones gobernantes están perdiendo su autoridad ; la confianza en las élites dirigentes está siendo minada. La estabilidad social y el legado de la civilización occidental se encuentran amenazadas. En 1970 Daniel Bell publica un artículo en Encounter con el título "América inestable" que resume la preocupación fundamental de los neoconservadores: la estabilidad (86). Estados Unidos, en contraste con muchos países europeos había demostrado ser estable frente a la Depresión, la Guerra y los retos de derechas e izquierdas. Pero en los sesenta, la inestabilidad domina el escenario, exigiendo diagnósticos y remedios.

La preocupación neoconservadora empieza a manifestarse en los 70's. El "Reporte sobre la Gobernabilidad de las Democracias", producto de la Comisión Trilateral que contiene muchos temas neoconservadores, habla con frecuencia de "la falta de legitimidad de la autoridad en general y la pérdida de confianza en el liderazgo". Los mismos temas son retomados por Bell, Kristol y Glazer. Incluso el título de la obra princi-

(85) Steinfels, Op. cit., p. 27.

(86) Liebowitz, Op. cit., p. 96.

pal de Nishet -neoconservador declarado- es El ocaso de la autoridad. Los neoconservadores escriben en el contexto de una crisis.

En esta perspectiva la presente crisis es una crisis cultural: una cuestión de valores, modales y modas. Aunque esta crisis tiene causas y consecuencias a nivel de las estructuras económicas, el neoconservadurismo tiende a pensar que éstas no son responsables. El problema es que las convicciones se han perdido; la moral se ha corrompido. El único problema del capitalismo norteamericano es que ha perdido su moralidad. Algunos neoconservadores se refieren a la decadencia de la religión; otros a la influencia del hedonismo o a la excesiva igualdad. Pero existe unanimidad en cuanto a una explicación: detrás de la crisis se erige la presencia malévola de la cultura adversaria -la afirmación del "yo" en contra de las constricciones sociales, el desprecio por las convenciones y lo ordinario" en la vida: la familia y la comunidad (87).

Finalmente dentro del análisis neoconservador resulta la premisa de que el gobierno es víctima de una "sobrecarga" En su intento por hacer demasiado ha fallado y consecuentemente minado su propia autoridad. Huntington advierte en contra del "exceso de democracia"; Wildavsky predice que la Presidencia se volverá un puesto tan frustrante que los Presidentes

(87) Daniel Bell, The cultural contradictions of capitalism (Nueva York: Knopf, 1975) p. 17.

evitarán el liderazgo; James Q. Wilson condena la expansión de una burocracia activista. La responsabilidad en este diagnóstico de "sobrecarga" recae sobre lo que Huntington denomina el Welfare Shift, un incremento en el gasto público dedicado a la educación, la salud y el bienestar social en general. Pasa del 15% en 1953 a 27% en 1974. La conclusión :se le está exigiendo demasiado al gobierno y a la clase política. Las demandas puestas sobre el gobierno son imposibles, incompatibles, irresolubles o irracionales.

Y para el análisis neoconservador existe una estrategia neoconservadora. Frente a la crisis se insiste que el gobierno debe ser protegido. Esto se obtendría suprimiendo programas de carácter social. Por otro lado la autoridad del gobierno debe ser resguardada lo más posible. Esto se obtendría reduciendo la intervención gubernamental en ciertas esferas de la vida norteamericana -negando el papel del Estado como agente para el cambio social. La táctica neoconservadora reside en fomentar la toma de responsabilidad por parte de gobiernos locales y estatales en lugar del gobierno federal. Y aún más importante: regresar al libre mercado, que se encargará por sí solo de resolver los problemas anteriormente bajo tutela gubernamental. A nivel de la sociedad el mensaje de los neoconservadores es simple: disminuyan sus expectativas.

La batalla neoconservadora se libra en todos los frentes y se basa en la destrucción del enemigo. Equipara las

críticas radicales de los sesenta con el anti americanismo, los programas gubernamentales contra la pobreza con el totalitarismo gubernamental, la liberación femenina con la destrucción de la familia, la izquierda con el terrorismo. Enarbolaba las banderas de la ética protestante y la disciplina. Frente a la igualdad de condición aboga por la igualdad de oportunidad.

Visto de este modo el neoconservadurismo no da la impresión de reflejar de una manera sistemática una filosofía política. Expresa más bien -en palabras de Irving Howe- un estado de ánimo y se define por antítesis. Frente a problemas complejos propone una contrarrevolución de expectativas decrecientes. Concluye que "no hay nada malo en Estados Unidos que una simple disminución en expectativas no arreglará".

El rasgo más sobresaliente de este neoconservadurismo es su complacencia. La mayor parte de estos hombres pertenecieron al campo de la Izquierda. Son ex liberales que se asustan en los sesenta. Eran hombres jóvenes tratando de abrirse camino en el escenario intelectual, escribiendo sobre él y mostrando las fallas del orden social y político. Pero ahora tienen posiciones plenamente consolidadas y están preocupados por el mantenimiento de un orden que les favorece. Argumentan que las fallas actuales del orden social son el resultado de la planeación humana. Enfatizan lo que Weber llamó las "consecuencias no anticipadas de la acción humana." El hombre propone y Dios dispone. Los frágiles seres huma-

nos no pueden prever las horribles consecuencias de sus buenas acciones. Pero en lugar de concluir en la necesidad de mejorar los medios de planeación, los neoconservadores postulan que es mejor no actuar. Un ejemplo es la posición asumida por el politólogo neoconservador Edward Banfield:

"El problema fundamental de las ciudades es de tal naturaleza que no puede ser resuelto por la acción gubernamental a cualquier nivel. Sólo queda la esperanza de que los problemas sociales algunas veces desaparecen en el curso normal de los acontecimientos" (88)

O Nathan Glazer escribiendo sobre los límites de la política social en Commentary:

"Cada política social que sustituye a algún arreglo tradicional y se vuelve un nuevo arreglo en el cual las autoridades políticas toman el mando debilita la posición de los agentes tradicionales y motiva la dependencia de la gente en el gobierno" (89)

Volver a la tradición; hacer lo menos posible: ésta es la creencia de la filosofía neoconservadora. De hecho con alguna parte de razón: si los negros se hubieran quedado en las plantaciones -si no hubieran roto las estructuras tradicionales de Glazer- Estados Unidos no tendría los problemas raciales a los que se enfrenta actualmente. El neoconservadurismo aconseja al país ir despacio. Advierte Kristol: "la solución de hoy es el dilema de mañana" (90). Los neo-

(88) Edward Banfield citado por Peter Steinfels, Op. cit., p. 32.

(89) Nathan Glazer, "The limits of social policy," en Commentary (Agosto de 1976) pp. 18-26.

(90) Kristol, Op. cit., p. 25.

conservadores afirman estar en favor de la perfectibilidad de la situación humana y sin embargo ignoran sus problemas sociales más flagrantes, argumentando que esos problemas no existen (como es el caso de Norman Podhoretz, escribiendo sobre la contaminación), que han sido exagerados (el caso de Moynihan escribiendo sobre los negros), o que de hecho no son ni siquiera problemas (el caso de Kristol escribiendo sobre la distribución del ingreso).

Más allá de la inercia neoconservadora cabe destacar otras de sus debilidades: su perspectiva está formulada casi por completo en términos negativos (por oposición a algo ya dado). Es un movimiento incapaz de criticarse a sí mismo. Se niega a dirigir su atención a las estructuras socioeconómicas. Exagera las fuerzas adversarias en la sociedad. Si el neoconservadurismo pretende construir, la defensa convincente de una perspectiva que enfatiza la restricción gubernamental y la moralidad a ultranza tendrá que hacerlo sobre bases más sólidas. Si tanto quiere defender la libertad individual tendrá que extender su concepción de libertad más allá del simple anti comunismo o anti estatismo. El neoconservadurismo empezó como un anticuerpo de la izquierda. Sus líderes lo concibieron como una reacción a lo que percibían como desarrollos desestabilizadores en los sesenta.

Actualmente, más que ser un anticuerpo, el neoconservadurismo es un cuerpo independiente, incluso uno cuyos preceptos son utilizados como línea directriz de la presente admi

nistración. Pero los anticuerpos que sobrerreaccionan pueden destruir al organismo. El mayor peligro al que se enfrenta el neoconservadurismo es que se convierta simplemente en la ideología lubricante y legitimadora de un Estados Unidos oligárquico en el cual las decisiones esenciales son tomadas por élites corporativas; en donde las desigualdades son racionalizadas intelectualmente -y nada más; en donde la democracia se convierte en un gesto ritual y ocasional. El destino del neoconservadurismo está -en parte- en manos de los mismos neoconservadores. Y también estará determinado por el vigor y la inteligencia de sus críticos y opositores.

B. Los Protagonistas

Daniel Bell: el fin de la ideología

Quizás una de las cosas que todos los neoconservadores tienen en común es la desconfianza a la ideología. Rechazan todos los presupuestos neomarxistas en cuanto a la inevitabilidad del conflicto de clases y el valor de la ideología como factor de movilización de apoyo masivo en contra de la injusticia social. Contemplan al pensamiento ideológico en términos estrictamente negativos: la ideología inevitablemente debilita el pluralismo democrático y despierta a una reposada "mayoría silenciosa," minando así el consenso de valores

democráticos. Y es el famoso ensayo de Daniel Bell, "El fin de la ideología" -publicado en 1963- el trabajo que enciende la mecha de una controversia, aún prevaleciente, en cuanto al papel adecuado de la ideología en un sistema capitalista (91).

De acuerdo a Bell, el radicalismo ideológico es una anacronía: el intento por utilizar a la ciencia y a la tecnología para promover el desarrollo económico sólo es obstaculizado por la guerrilla ideológica. Definiendo a la ideología como una "religión secular", Bell argumenta en favor del enfoque científico de las problemáticas actuales. Ya sea en busca de una economía mixta, de pluralismo político o mayor descentralización, el consenso en la sociedad norteamericana ya ha sido obtenido. No hay necesidad de apelar a la ideología en favor del cambio fundamental. El crecimiento económico -no el conflicto ideológico- gradualmente forjar un propósito común entre países y grupos antagónicos. La ideología simplemente obstaculiza este objetivo.

Sin embargo el concepto del "fin de la ideología" pronto es sobrepasado por eventos que Bell no puede preveer. La década de los sesenta se caracteriza por la confrontación ideológica intensificada, especialmente entre aquellos que enarbolan las banderas estudiantiles, de derechos civiles y de

(91) Ver Daniel Bell, The end of ideology: on the exhaustion of political ideas in the fifties (Nueva York: The Free Press, 1965)

people-power. Ya sea como aberración temporal o reto permanente, estos acontecimientos despiertan dudas en cuanto a la viabilidad del concepto del "fin de la ideología". Las implicaciones conservadoras de la crítica de Bell son puestas en tela de juicio y su definición de ideología emerge como estrecha y arbitraria. Para muchos -particularmente durante esta década- la ideología puede ser concebida como un estímulo para el cambio dentro de una sociedad democrática amenazada por la auto complacencia y los intereses creados.

En 1973 Bell publica The coming of post-industrial society; en 1976 The cultural contradictions of capitalism, estudios que combinan el análisis económico, sociológico y político en un intento por llevar a cabo "pronósticos sociales" Basándose más en Weber que en Marx, Bell prevee una transición fundamental en las economías capitalistas industrializadas: en lugar de generar empleo en las áreas manufactureras-agrícolas, lo harán en el terreno técnico y de servicios. Dentro de este proceso, el conocimiento teórico se convertirá en el índice principal de la formulación de políticas (92). Mientras que el sector servicios se expandirá, el sector manufacturero se contraerá. Esta tendencia eventualmente afectará a todas las naciones industrializadas avanzadas, allanando el camino para una nueva era para las estructuras socioeconómicas y las relaciones sociales: la era post-industrial (93).

(92) Daniel Bell, The coming of post-industria society: a venture in social forecasting (Nueva York: Basic Books, 1976) p. 14.

(93) Ibíd., p. 28.

La administración desplazará a la tecnología industrial con una nueva forma de tecnología intelectual. La planeación, la coordinación y la computarización ayudarán a racionalizar al sistema; una élite científica-tecnológica controlará las riendas del poder. El conocimiento especializado, no la ideología, será el factor dinámico del cambio social (94). Ni el capitalismo ni el socialismo -en sus configuraciones tradicionales- retendrán significado: ambos presentan obstáculos al cambio social orientado racionalmente. El conocimiento reemplazará a la propiedad como fuente principal de poder en la sociedad (95). La política ya no será una variable independiente; la tecnoestructura cargará la batuta, marcando el tono del desarrollo.

El factor que anuncia la llegada de la sociedad post-industrial -según Bell- es la ascendencia de la burocracia y el surgimiento de la nueva clase de tecnócratas profesionales: una elite administrativa (96). Pero esto puede conducir ya sea a una racionalidad creciente o a un orden social gobernado por "meritocracia y racionalidad funcional." Este desarrollo crucial dependerá de si la creciente brecha entre la cultura y la estructura social puede ser superada a tiempo. Bell lo explica en los siguientes términos:

(94) Ibíd. p. 34.

(95) Ibíd. p. 43.

(96) Ibíd. p. 79.

La división esencial en la sociedad moderna actualmente no es entre quienes poseen los medios de producción y un "proletariado" uniforme, sino en las relaciones burocráticas y de autoridad entre quienes poseen el poder de decisión y quienes no; en todos los tipos de organización política, económica y social. Se vuelve la tarea del sistema político manejar estas relaciones en función de las presiones redistributivas y de justicia social (97).

El aspecto más impactante del análisis de Bell es su afirmación de que la sociedad post-industrial favorecerá a los valores comunales por encima de los valores individuales. Se enfatizará la cooperación no la competencia. "La sociedad post-industrial (...) es una sociedad crecientemente comunitaria en la cual los mecanismos públicos en lugar del mercado asignan los bienes y el juicio público -en lugar de la demanda individual- se convierte en el árbitro de los servicios" (98). El gobierno necesariamente se transforma en el principal instrumento encargado de satisfacer las crecientes expectativas de un público orientado hacia la economía de servicios. Las relaciones humanas -no las relaciones industriales- serán la ocupación fundamental en la sociedad post-industrial. A medida que la economía nacional se vuelva cada vez más interdependiente, el conocimiento y la tecnología proveerán los medios para la obtención de un buen nivel de vida para las masas. Una nueva era de ciencia avanzada garantizará esto. El conocimiento en sí -no la produc-

(97) Ibíd., p. 119.

(98) Ibíd.

tividad per se determinará quien recibe cuanto de lo que hay. Lo único que podría poner en jaque a este brillante futuro es la distancia entre la estructura social y la cultura: la brecha puede ahondarse aún más si los intelectuales literarios persisten en promulgar un hedonismo auto indulgente en oposición a la "racionalidad funcional y los modos tecnocráticos de operación" (99).

Aquí es donde Bell se desenmascara como neoconservador: anti-liberal, anti-intelectual y enamorado de la hegemonía potencial de una meritocracia científica. Y no puede escapar a una evidente contradicción: habiendo subordinado a los sectores político y económico, posteriormente eleva a la dimensión política. "Las decisiones económicas más importantes serán tomadas en el nivel político, cuya función es trazar prioridades definidas" (100). Sin embargo el papel decisivo desempeñado por el gobierno en la sociedad post-industrial puede reflejar ya sea una actitud positiva o una negativa con respecto al cambio socio-económico. Esto dependerá de si la "ética comunitaria" reemplaza a la "ética individualista tradicionalista". Para poder moldear al capitalismo de manera que encaje con la nueva sociedad será necesaria una economía planificada en manos de una tecnocracia libre de intereses ideológicas. El poder tecnocrático es superior a otras formas de poder político y económico porque optimiza la racionalidad.

(99) Ibíd., p. 214.

(100) Ibíd., p. 289.

En esencia, las esperanzas de Bell con respecto a la sociedad post-industrial -que reúne a los mejores rasgos del progreso social- requiere de una nueva ética científica, una que no degenera en una distorsión de la realidad como lo hicieron la ética Protestante y el ideal socialista de los sistemas comunistas. Bell está consciente de que una meritocracia como la que concibe puede ser tan sólo otra manera de perpetuar los privilegios de unos cuantos, o un incentivo para acrecentar la burocratización de la sociedad. Su respuesta a este problema: la autoridad ganada debe determinar el ejercicio del poder y la toma de decisión. Esto significa que el logro individual debe ser promovido y recompensado; la autoridad profesional reconocida como la fuente legitimadora del status. Bell al parecer busca retener desesperadamente los rasgos de incentivo y recompensa de la ética Protestante, a la vez que abraza la necesidad de una ética científico-tecnocrática, que vincula al individuo con las normas comunitarias. Según su perspectiva, así se evitará la ampliación de la brecha entre los pocos privilegiados y las masas. Anticipa el suficiente progreso en la forma de un PNB en expansión que asegure el bienestar de la mayoría.

En The cultural contradictions of capitalism, Bell propone un nuevo enfoque para el análisis social que reemplace a las perspectivas marxistas y funcionalistas. Empieza dividiendo el concepto de "sociedad" en tres conceptos analíticos: estructura tecno-económica, política y cultura (101). La dis-

(101) Daniel Bell, The cultural contradictions of capitalism, p. 10.

cordancia no la congruencia caracteriza a estos aspectos del cambio. Hasta que se le conceda mayor atención a la necesidad de un proceso más integrado de cambio, la legitimidad continuará erosionándose, convirtiendo a la inestabilidad en el factor dominante del sistema norteamericano. La ética Protestante mantuvo cercado al individualismo y lo fusionó con un propósito nacional más amplio. Ahora que el capitalismo ha centrado su énfasis sobre el crédito fácil y la gratificación instantánea, no existen restricciones sobre los deseos individuales ni maneras de regularlos en función del bien social. La inflación que plaga a las economías modernas es el producto de una demanda consumista insaciable (102). Al desempeñar el gobierno un papel cada vez más dominante en todas las economías nacionales, la relación entre el sector público y el privado tiene que asumir una nueva perspectiva. Ya que la escasez no puede ser eliminada, la determinación de quién recibe qué se desplaza de consideraciones del mercado a decisiones gubernamentales. El peligro es que el conflicto sociopolítica se intensificará debido a la ausencia de construcciones sociales que alguna vez existieron pero ahora parecen haber desaparecido. Dentro de la crítica de Bell, el ideal contemporáneo del pluralismo social emerge como el Gran Culpable. Convierte a la cultura plural en una cultura adversaria que amenaza con destruir la coherencia social (103).

(102) Ibíd., p. 24.

(103) Ibíd., p. 41.

La gran virtud de la ética de la clase media es su compromiso con la moderación y los estándares morales civilizados. Su pérdida deja al capitalismo con ninguna moral o ética trascendente (104). La gratificación instantánea se ha convertido en la norma. Este nuevo hedonismo amenaza con privar al capitalismo de su legitimidad tradicional; los cimientos de la sociedad se encuentran resquebrajados. Según Bell, ninguna sociedad puede sobrevivir una ruptura severa entre su estructura social- y ésto es lo que está sucediendo en Estados Unidos actualmente. Poco sobrevive de la responsabilidad social como norma cultural. Cuando nada es prohibido y todo es permitido, la desinhibición se convierte en la regla. El presente, arbitrariamente divorciado del pasado se asemeja a un barco sin compás, a la deriva en un interminable mar de expectativas incumplidas y destinos desconocidos.

La alternativa a este curso desastroso es una economía orientada hacia las necesidades humanas en lugar de los deseos humanos. De alguna manera -pero Bell no muestra cómo- debe obtenerse un mejor balance entre el crecimiento económico y la demanda del consumidor. Las contradicciones que caracterizan a la economía capitalista deben ser resueltas. "El crecimiento de cualquier sociedad liberal es la voluntad de todos los grupos de comprometer fines privados con el interés público" (105). Una restauración de la civilización burguesa

(104) Ibíd., p. 71.

(105) Ibíd., p. 145.

es la única manera en la cual este objetivo puede ser logrado. Lo que Bell pide es el balance entre las esferas públicas y privadas -el cuidado público de las necesidades privadas- que garantizará la libertad y la igualdad.

Existen muchas fisuras en los argumentos de Bell, pero la central se refiere a la brecha existente entre su análisis descriptivo y los supuestos normativos que subyacen a su postura neoconservadora. Aun cuando acierta al describir la transformación de las sociedades industrializadas -y muchos políticos cuestionan su validez- resulta difícil aceptar su defensa de los méritos de una elite científico-tecnocrática dentro de la sociedad post-industrial. Por otra parte Bell siente que las condiciones de la era postindustrial colocarán el énfasis sobre el control político en lugar del control económico. Sin embargo su argumento es débil precisamente en donde debe ser fuerte. Existe poca evidencia de que la búsqueda de ganancias o poder económico ha sido domada o está a punto de volverse dependiente de la administración científica. Ni las condiciones cambiantes ni los objetivos nacionales norteamericanos parecen apuntar hacia un sistema capitalista más humanista o comprometido con el bien público. La auto restricción nunca ha sido el rasgo más notable del capitalismo.

También existen dudas en cuanto a si Bell ha derivado las conclusiones adecuadas de sus datos estadísticos. Por ejemplo en la siguiente afirmación:

Estados Unidos actualmente es el único país en el mundo en el cual el sector servicios constituye más de la mitad del Producto Nacional Bruto. Es la primera economía de servicio, la primera nación en la cual la porción principal de la población no se dedica a actividades agrícolas o industriales. Hoy cerca del 60% de la fuerza de trabajo en Estados Unidos está empleada en servicios; para 1980, la cifra será del 70% (106).

Supuestamente la creación de una economía de servicios implica el mejoramiento a lo largo de todo el espectro de trabajos; las condiciones mejorarán gracias a la reducción del trabajo manual blue-collar, y el incremento en los trabajos white collar. Pero los datos empíricos parecen negar este pronóstico.

Robert A. Nisbet: el ocaso de la autoridad

Durante más de tres décadas Robert A. Nisbet ha estado publicando libros referentes a la historia del pensamiento social y las aplicaciones de esta historia a los problemas sociopolíticos contemporáneos. A la vez se distingue por ser un defensor hábil de los valores conservadores: su labor intelectual se centra principalmente en la definición de condiciones que refuerzan a la comunidad y enfatizan la responsabilidad social del individuo. En contraposición al liberalismo clásico lockeano-jeffersoniano -más preocupado por los derechos individuales que por las obligaciones sociales del hombre- Nisbet defiende al conservadurismo, considerándolo el antídoto perfecto al individualismo sin restricciones.

En uno de sus primeros trabajos, Community and power,

(106) Daniel Bell, The cultural contradictions of capitalism, p. 15.

Nisbet atribuye la creciente corrupción del poder en el mundo moderno al resquebrajamiento de la autoridad institucionalizada (107). La familia, la iglesia, y el Estado se encuentran en decadencia debido a la alienación personal y a la falta de continuidad cultural. La causa: la sustitución de la religión por los valores seculares. En oposición a la doctrina liberal que equipara el bien individual con el bien social, Nisbet revierte el énfasis: lo mejor para la sociedad como un todo es también lo mejor para el individuo (108).

El pluralismo democrático se debilita y muere cuando el poder organizado de la sociedad y del Estado empieza a influir al individuo. Al absorber el Estado más y más de las funciones anteriormente en manos de la familia, la comunidad y la iglesia, el individuo pierde sus raíces. El bienestar sicológico depende de una jerarquía de relaciones sociales que son puestas en peligro por grandes estructuras organizacionales de poder. La libertad y la autoridad pueden existir sólo donde el poder individual se encuentra subordinado a la legitimidad social. Es decir: la autoridad reside en una red de estructuras intermedias que conectan al individuo con el Estado vía la sociedad (109). La condición de la sociedad es más importante que la condición del individuo o del Estado. Y

(107) Robert A. Nisbet, Community and power (Nueva York: Oxford University Press, Galaxy Book, 1967) p. xiii.

(108) Ibíd., p. 15.

(109) Ibíd., p. 268-270.

una buena sociedad depende de las normas y relaciones de autoridad. Nisbet percibe un verdadero peligro detrás de la erosión de la autoridad y del resquebrajamiento de la conciencia colectiva. Estos son sus principales supuestos:

- 1) La libertad se vuelve significativa y efectiva sólo en función de las reglas y las normas que la definen.
- 2) La moralidad social se encuentra enraizada en el sentido cívico, a través del cual los individuos se relacionan positivamente con sus roles sociales.
- 3) La familia contemporánea se encuentra en un punto de transición: de ser una institución de autoridad, estrechamente vinculada se está transformando en una de involucramiento limitado y creciente divergencia de intereses entre sus miembros (110).

Ya que las condiciones de la vida actual no apoyan una estructura social legítima, esto genera tanto dislocación social como alienación individual.

En Social change and history Nisbet traza la idea del progreso desde sus orígenes griegos y cristianos, pasando por el pensamiento medieval, hasta su culminación en los siglos XVIII y XIX. Afirma que es una fe secular que distorsiona a la realidad porque confunde el progreso material con el progreso moral. De este análisis se deriva una teoría conservado

(110) Ver Robert Nisbet, The sociological tradition (Nueva York: Basic Books, 1906) p. 154.

ra del cambio social: "En el reino de la simple observación y del sentido común, nada es más obvio que el lado conservador del comportamiento humano; el deseo manifiesto de preservar, retener y mantener estable" (111).

Como tantos de sus colegas neoconservadores, Nisbet resiente la revuelta en contra de las universidades durante la década de los sesenta. Pero en vez de culpar a una juventud "radical o alienada" por las disrupciones, coloca en tela de juicio a las facultades y a los administradores. Estos -según su visión- son seducidos en los cincuenta por enormes donativos gubernamentales, destinados principalmente a proyectos de investigación relacionados con el Pentágono. La aceptación de tales donativos compromete la integridad de estas instituciones: no honran el propósito tradicional de las universidades como enclaves de docencia, investigación, y el conocimiento como un fin en sí mismo. Al correr detrás de los fondos gubernamentales violan la integridad de la vida institucional. Las consecuencias son predecibles: en el momento en el que las Universidades venden su alma al diablo, minan su habilidad para lidiar constructivamente con la rebelión estudiantil de los sesenta. Patrones establecidos de autoridad son erosionados por los "nuevos hombres en el poder". Para Nisbet la lección de la "década del diablo" -denominada así por el grupo neoconservador- es muy clara: la Universidad debe mantenerse al mar-

(111) Robert A. Nisbet, Social change and history: aspects of the Western theory development (Nueva York: Oxford University Press, 1969) p. 271.

gen de la política, la economía y la resolución de problemas actuales.

A diferencia de otros pensadores conservadores de épocas anteriores, Nisbet no confía en la estructura constitucional de separación de poderes, check and balances y federalismo como forma de preservar la libertad democrática. En lugar de eso busca una restauración "de las autoridades tradicionales" -Iglesia, familia, comunidad local y escuela- que circunscriben la libertad. No puede haber libertad posible dentro de la sociedad, lejos de la autoridad (112). La revuelta contra la razón caracteriza el surgimiento de la Nueva Izquierda en los 60's. El cambio social ha sido demasiado rápido y disruptivo. Lo que se necesita es un nuevo contrato social, que por un lado señale la autoridad y el poder; por el otro la dirección moral (113).

Nisbet también ataca la reverencia popular por la igualdad, argumentando que se ha convertido en una especie de nueva religión. La igualdad, no la libertad, marca el ritmo de la sociedad democrática actual. La libertad definida como libre elección, oportunidad o autonomía está cediendo terreno frente a la libertad definida como igualitarismo absoluto -o

(112) Robert A. Nisbet, "The twilight of authority," en The Public Interest, n. 15 (Primavera 1969) p. 5.

(113) Ibíd., p. 9.

por lo menos una visión idealizada. Nisbet ve en el pluralismo la mejor esperanza para revitalizar a la sociedad y al orden democrático. Pero esto puede suceder sólo en la medida en que las restricciones tradicionales sean respetadas y el sentido de comunidad restaurado. La esencia de la filosofía política y social de Nisbet queda resumida en el siguiente párrafo:

Viviendo como lo hacemos en un mundo crecientemente centralizado y colectivizado, con las raíces de localismo y la diversidad cultural arrancadas por las fuerzas de la modernidad, es posible ver en la comunidad plural, la última esperanza del hombre (114).

Pero una de las fisuras del análisis de Nisbet es que deja fuera al egoísmo; omisión sorprendente ya que se trata de un pensador conservador. Si el pluralismo -tal y como lo define- implica descentralización, diversidad y profesionalismo, no existe ninguna garantía de que la responsabilidad social se generará automáticamente. Y al nivel necesario para sostener el egoísmo individual en aras de la cooperación social. Nisbet no ofrece soluciones en este sentido.

Si las instituciones sociales están estrechamente vinculadas con las instituciones políticas, las estructuras económicas también deben formar parte de cualquier cuadro analítico. Nisbet virtualmente ignora los factores económicos. La autoridad nunca existe en el vacío, pero eso es lo que se

(114) Robert A. Nisbet, The social philosophers: community and conflict in Western thought (Nueva York: Thomas X. Crowell, 1973) p. 7.

percibe en sus escritos. La pregunta central: ¿Quién gobernará?, no puede ser contestada haciendo tan solo referencia al poder político y Marx lo ha dejado muy claro. Detrás del poder político -o por lo menos al lado de él- se erige el poder económico. Antes de que las relaciones de autoridad puedan ser purificadas de su dependencia con respecto a la riqueza y el status, la autoridad tendrá que volverse más receptiva a las demandas de la colectividad. Nisbert considera este punto pero es incapaz de proveer una solución satisfactoria. Y hasta que no logre hacerlo, el tipo de filosofía política que enarbola sufrirá de una anemia intelectual. Como historiador de las ideas que combina el análisis histórico con el sociológico, Nisbet es sobrepasado por pocos, particularmente en lo que se refiere a sus estudios de Burk, Tocqueville, Marx, Simmel, Tönnies, Weber y Durkheim. La comprensión que posee de la perspectiva conservadora en la historia del pensamiento político en Estados Unidos es invaluable. Pero lo que ve, lo que desea, y lo que puede obtener son proposiciones muy distintas, el problema de muchos envueltos en el dilema de la telaraña neoconservadora: el intento -quizá futil- por reconciliar lo irreconciliable.

Nathan Glazer: la negación de la pobreza

Nathan Glazer es un sociólogo de la Universidad de Harvard, especialista en patrones de asimilación étnica dentro

de la sociedad norteamericana y co-editor, junto con Irving Kristol de la revista The Public Interest. El tema que lo distingue y vincula sus distintas preocupaciones -educación, vivienda y problemas étnicos- es la apología del sistema norteamericano. En su opinión, éste funciona mucho mejor de lo que sus críticos están dispuestos a reconocer, particularmente en lo relativo a las políticas públicas. En comparación con otros países industrializados avanzados, Estados Unidos ocupa el primer sitio.

En un artículo que aparece en el primer ejemplar de la revista, titulado The paradoxes of poverty Glazer sienta los lineamientos básicos de su argumento: "Cuando hablamos de de pobreza en Estados Unidos estamos hablando de un artefacto estadístico, porque el ingreso que implica confort en otros países es considerado pobreza en América" (115). En otras palabras, los pobres no son pobres desde el momento en que pueden adquirir automóviles y televisiones; y aunque la asignación de fondos públicos está dirigida a la eliminación de la pobreza, "también tenemos muchos niveles más elevados de ingreso, en los cuales se encuentra a la proporción más sustancial de la población" (116). Lo mismo sucede en el terreno de la vivienda. Si la definición de lo que constituye "vivienda adecuada" es hecha desde una perspectiva realista, entonces la vivienda desesperadamente inadecuada es un fenó-

(115) Nathan Glazer, "The paradoxes of poverty," en The Public Interest, no. 1 (Otoño 1965) p. 71.

(116) Ibíd., p. 75.

meno raro en el país fuera de las zonas rurales (117). Está convencido de que el cambio voluntario es mucho más positivo que el cambio fomentado por el gobierno. Según su perspectiva, la explosión del welfare dependency durante la relativamente próspera década de los sesenta es la consecuencia desastrosa de un liberalismo mal encauzado. No se opone a la ayuda per se sino a la retórica de los "derechos al bienestar" que condujeron a una expansión poco realista del welfare en una era de prosperidad nacional.

El término "acción afirmativa" actualmente forma parte del lenguaje norteamericano; comparativamente reciente y altamente controvertido. Acción afirmativa significa que agencias y universidades que reciben fondos públicos no deben discriminar en cuanto a sus políticas de empleo; de hecho, deben hacer esfuerzos por proveer de oportunidades a minorías raciales y mujeres. Pero de acuerdo a algunos de sus críticos, las burocracias y los cortes se han excedido más allá del objetivo limitado de la acción afirmativa, postulando hiring quotas, el busing, y el tratamiento especial a individuos que pertenecen a grupos minoritarios así como otras formas de reverse discrimination.

Nathan Glazer es uno de los principales líderes del grupo que ataca el concepto y las implicaciones de la acción afirmativa, como lo atestigua su libro Affirmative Discrimination. El autor adopta una actitud condenatoria, afirmando

(117) Ibíd., p. 77.

que las políticas gubernamentales empleadas no fortalecen sino debilitan los valores democráticos. (118).

Glazer empieza aplaudiendo el éxito de la población negra en materia de reducción de la discriminación así como de mejoramiento en el status. Atribuye el progreso a esfuerzos políticos y legales encaminados a los individuos como tales, no como miembros de ciertos grupos especiales. El celo desorbitado de los reformadores liberales que pretenden convertir a la acción afirmativa en un instrumento coercitivo -que obtenga la integración racial instantánea- ha contribuido a exacerbar la división social, erosionando a su vez el consenso. La asimilación étnica es uno de los factores distintivos de la historia norteamericana pero no puede ser forzada. Esto es precisamente lo que los apóstoles de la acción afirmativa buscan hacer.

El respeto por la diversidad humana, junto con la definición de los derechos individuales y la promoción de la oportunidad caracteriza a la experiencia norteamericana; no la coerción social y el conformismo. A los individuos se les debe fomentar el mantenimiento de lazos y atributos étnicos, enfatizando al mismo tiempo la adaptación a normas de nacionalidad y ciudadanía. Ninguna necesidad debe ser cubierta a expensas de la otra. Sin embargo la implementación burocrática de políticas ha conducido a la siguiente situación:

(118) Nathan Glazer, Affirmative discrimination: ethnic inequality and public policy (Nueva York: Basic Books, 1975)

Originalmente, "acción afirmativa" significaba que uno debía no sólo no discriminar, sino informarle a la gente que uno no discriminaba; no sólo tratar sin discriminación a aquellos que solicitaban empleo, sino buscar a aquellos que quizás no lo solicitarían. En el Acta de Derechos Civiles de 1964, fue utilizada con otro significado -las sanciones que una corte podía imponer cuando a algún patrón se le encontrara culpable de discriminación. El nuevo concepto de "acción afirmativa" que ha surgido desde entonces y con más vigor aún combina los dos elementos: asume que todos son culpables de discriminación (119).

El resultado de todo esto según Glazer, es la tendencia generalizada a utilizar tratamiento preferencial con respecto a individuos pertenecientes a grupos minoritarios, frecuentemente a expensas de no-minorías mejor calificadas (120) y todo bajo el poder sancionador del edicto gubernamental. Así el "racismo" se convierte en un arma en manos de reformadores liberales que perciben actitudes racistas en todas las instancias.

Dos presupuesto subyacen al enfoque de Glazer en torno a la política pública. Primero, siente que la acción gubernamental no puede resolver los problemas de las clases bajas, ya que éstas encuentran su origen en la estructura social y las fuerzas históricas. Segundo, cuando las decisiones gubernamentales son tomadas por "expertos" en la materia y otros profesionales, la distancia entre el gobierno y el pueblo se vuelve aún más grande. Ambos argumentos caracterizan al neo-

(119) Ibíd., p. 58.

(120) Ibíd., p. 61.

conservadurismo actual.

A Glazer le gustaría elevar el nivel de uno de los grupos menos afortunados dentro de la sociedad norteamericana pero a un ritmo lento, establecido por el funcionamiento normal de la democracia consensual. Así se obtendría el progreso sin amenazar el tejido socioeconómico prevaleciente:

La integración de los negros continúa, y a un nivel relacionado con el incremento en el ingreso y nivel ocupacional. La segregación de otros grupos minoritarios se basa más en el ingreso y la ocupación que en la discriminación étnica y racial, y descenderá al elevarse los mismos. La integración de los pobres es otro asunto y difícilmente se obtendrá a pesar de las políticas públicas adoptadas (121).

El error en el que caen los liberales: sustituir la igualdad de oportunidad por la "distribución estadística" (122). El resultado ha sido contrario a las expectativas. Al concederse a una abstracción -el grupo minoritario- un significado metafísico desplazan al individuo como base de la justicia social, amenazando la libertad general. La sociedad no está equipada como para compensar a los grupos oprimidos y mantener su integridad democrática al mismo tiempo. Cuando la persona individual deja de ser un fin y se convierte en el medio de una idea abstracta de justicia redistributiva, sólo hay perdedores, no verdaderos ganadores. Según Glazer, todos pierden en el momento en que el

(121) Ibíd., p. 666-667.

(122) Ibíd., p. 168.

que el gobierno se erige en Great Equalizer.

Finalmente en un artículo de Commentary, Glazer plantea una pregunta importante: ¿Cómo es que un radical de finales de los 50's, termina siendo un conservador en los 70's? (123). Explica la conversión en los siguientes términos: para la década de los sesenta tanto los conservadores como los radicales tienen puntos de convergencia -la creciente desconfianza con respecto al gobierno burocratizado y el rechazo al sistema soviético como gufa del socialismo. En cuanto a su caso particular, Glazer afirma que comienza a dudar si el pluralismo democrático y las prescripciones radicales para el cambio instantáneo son compatibles. Con el transcurso del tiempo muestra mayor respeto por la continuidad y las instituciones que la aseguran. Para mediados de los sesenta -en la perspectiva de Glazer- el radicalismo universitario se ha vuelto una amenaza. El divorcio entre fines legítimos y medios ilegítimos es cada vez más pronunciado. El liderazgo en el Movimiento de Derechos Civiles pasa del idealismo responsable de Martin Luther King a ser el extremismo separatista del "Poder Negro" (124). Al avanzar la revolución igualitarista, el precio a pagar parece ser demasiado alto: el control social es obtenido a expensas de la libertad y los derechos individuales. Así Nathan Glazer experimenta una transición, lenta pero percepti-

(123) Nathan Glazer, "On being deradicalized" en Commentary (Octubre 1970) pp. 74-80.

(124) Ibíd., p. 79.

ble, en cuanto a su ideología personal cuando los eventos marchan en una dirección que no puede aceptar. El radical de ayer se convierte en el neoconservador de hoy.

Kristol, Wilson y Banfield

La clasificación ideológica carece de precisión: frecuentemente distorsiona más de lo que pretende iluminar. Reconociendo el valor limitado y el peligro de la simplificación que toda clasificación entraña se ha querido presentar de cualquier modo una reseña breve de otros pensadores que podrían ser denominados "neoconservadores".

Irving Kristol es uno de los fundadores de The Public Interest, y comparte las primeras responsabilidades editoriales con Daniel Bell. En años recientes se ha vuelto profundamente crítico de lo que considera la decadencia de la civilización norteamericana, pero a la vez apoya el sistema capitalista en sí. En su libro The democratic idea in America, Kristol señala el resquebrajamiento de "la virtud y la moralidad republicana" afirmando que éstas se han alejado de los principios que dieron vida a los primeros años de la República (125). Exige una reforma conservadora que frene los resultados -frecuentemente negativos- de la acción social. Condena-

(25) Irving Kristol, The democratic idea in America (Nueva York: Harper Torch Books, 1972) pp. 12-13.

la expansión inexorable de los valores urbanos a través de la cultura y busca una restauración de la vieja moralidad. Lo que América necesita es un sentido de propósito en el terreno público.

Kristol siente que la democracia norteamericana se encuentra amenazada principalmente porque instituciones clave como la familia, la iglesia y la escuela han perdido mucha de su autoridad moral tradicional. El vacío es llenado por grupos tanto de derecha como de izquierda que tienen poco que ofrecer y obstaculizan la resolución de la "crisis de valores contemporánea". Sin embargo el capitalismo norteamericano -aún cuando no cumple sus promesas- todavía representa el ideal de la sociedad liberal: una que puede ofrecer abundancia material, libertad de elección, logro individual y que promueve el bien común (126). Aquellos que rechazan este ideal (particularmente la juventud radical de los 60's) lo hacen por ignorancia y son incapaces de reemplazarlo con algo mejor.

James Q. Wilson es un politólogo, especialista en política urbana. Sus trabajos incluyen un estudio clásico del papel de los grupos de interés dentro del proceso político norteamericano: Political organizations. Siendo neoconservador, Wilson apoya el cambio y la reforma, pero se muestra escéptico frente a la perspectiva liberal de la sociedad y la política

(126) Irving Kristol, "When virtue loses all her loneliness: some reflections on capitalism and the 'free society'" en The Public Interest, n. 21 (Otoño 1970) . 3-15.

en la cual "todo es posible" (127). Para Wilson las posibilidades de mejoramiento son limitadas. Quizás su tesis más significativa y controvertida -compartida con su colega Edward C. Banfield- se refiere a la dicotomía que sugieren existe en muchas áreas urbanas entre Anglo-sajones protestantes de clase media alta, profesionistas, respetuosos de la ley y los grupos de clases trabajadoras, clánicos, respetuosos de las lealtades personales. Ambas facciones se enfrentan, y en la competencia el interés público sale perdiendo. A lo largo del análisis Wilson alaba al primer grupo, denigrando al segundo; concluye que hay poca cabida para las clases bajas en el proceso de formulación política y social.

Wilson profundiza más que muchos otros científicos sociales en torno al malestar contemporáneo y la crisis de valores que ha generado tantas divisiones internas en Estados Unidos durante los últimos veinte años. Concluye que el modelo madisoniano de cambio constitucional lento y construcción de consenso ha sido incapaz de lidiar con las demandas colocadas sobre él. La homogeneidad de la clase media es desgarrada por temas raciales, la guerra de Vietnam, el crimen y los disturbios universitarios. Y el conflicto interno de la clase media constituye un símbolo de la crisis de valores contemporánea. En lugar de pluralismo viable hay ascendencia burocrática; en lugar de liderazgo de clase media, debilidad de

(127) Ver James Q. Wilson, Thinking about crime (Nueva York: Vintage Books, 1977) p. 233.

clase media. Wilson asume:

El espíritu de la democracia norteamericana es el deseo de igualdad. Es la clase media -no los pobres- la que históricamente ha proclamado este deseo. Conforme crece la clase media, la desigualdad disminuye, pero al disminuir la desigualdad, la demanda por erradicarla del todo se vuelve más fuerte (...). A medida que el privilegio es menor y los problemas son pocos, el esfuerzo por borrar hasta la última huella de privilegio y resolver el último problema existente (con frecuencia irresoluble), se intensifica. Pero ya para este momento el gobierno en sí se ha vuelto fuente de privilegio y creador de muchos problemas. Para satisfacer nuevas demandas las viejas conquistas tendrían que ser abandonadas -una perspectiva que no complace a nadie. En una democracia la clase media, las clases medias inevitablemente se frustrarán (128).

Edward C. Banfield, profesor de Harvard y posteriormente de la Universidad de Pennsylvania se caracteriza por ser un intelectual que despierta controversias. En una publicación de 1970, The unheavenly city y otra de 1974, The unheavenly city revisited, Banfield ataca la visión liberal en torno a la pobreza, la crisis urbana y la responsabilidad del gobierno en la solución de estos problemas. La tesis que sustenta: la crisis de las ciudades en la década de los sesenta le fue injustamente atribuida a una estructura de poder indiferente y negligente frente a las condiciones de la pobreza urbana. Banfield tiene otra idea de la realidad:

El simple hecho es que la gran mayoría de los ciudadanos viven de una manera más confortable y conveniente que antes. Tienen más y mejores viviendas, más y mejores escuelas, más y mejor transporte, etc. (...) La presente generación de norteamericanos urbanos está

(128) Ver James Q. Wilson en The Public Interest, n. 39 (Primavera 1975) p. 129.

en mejor posición que en cualquier otra parte. Aún más, hay motivos para esperar que el nivel general de confort y conveniencia continuará subiendo a un ritmo cada vez más acelerado en el futuro (...). Muchos de los llamados "problemas" urbanos realmente son condiciones que no podemos eliminar o no queremos sufrir las desventajas que su eliminación traería consigo (129).

El problema es uno de definición. Si los estándares de vida pueden ser medidos en términos relativos en lugar de absolutos, no existen límites sobre lo que constituye el welfare adecuado. En la visión de Banfield, ésto es lo que ha ocurrido. Mientras que la política nacional siga invitando a los pobres a la urbe mediante beneficios de welfare incrementados, la crisis urbana continuará siendo un problema de origen político en vez de uno genuinamente económico. También tiene raíces psicológicas, por lo que no puede ser resuelta por el reformismo liberal: la persona de clase baja es naturalmente irresponsable e incapaz de aprovechar las oportunidades de mejoramiento que le son ofrecidas (130). Dejados solos los negros superarán la pobreza a un ritmo similar al que existe con la presente asistencia gubernamental. Banfield se opone vehementemente a leyes que fijan el salario mínimo, que en su visión exacerban el desempleo. El índice de crimen tan elevado en las zonas deprimidas refleja no tanto la necesidad como los factores culturales y psicológicos

(129) Edward C. Banfield, The unheavenly city revisited (Boston: Little, Brown, 1973) pp. 1-3.

(130) Ibíd., p. 154.

destructivos, característicos de los habitantes de estas areas.

Banfield argumenta que la violencia negra generalizada presente en muchas ciudades del Norte en los sesenta no es causada por las condiciones sino por la influencia de los medios masivos de comunicación, un sistema judicial permisivo y el hecho de que había adquirido una especie de legitimidad entre los círculos liberales. En esencia Banfield siente que "mientras las ciudades sigan conteniendo una proporción grande de clase baja, nada puede ser hecho para resolver sus problemas más serios" (131). El error subyacente a la teoría de la "guerra contra la pobreza" que enarbola la Administración Johnson es esperar que las condiciones de pobreza puedan ser completamente eliminadas; que un buen nivel de vida puede ser accesible para todos. Banfield rechaza este argumento considerándolo poco realista y pernicioso: genera expectativas difícilmente satisfechas. Como todo neoconservador, Banfield se caracteriza por su posición pesimista y claramente anti-liberal.

Individual y colectivamente los pensadores puestos bajo el microscopio en esta sección pueden ser clasificados como los mejores dentro de la literatura de las ciencias sociales norteamericana. Apoyan la reforma efectiva, pero están igualmente convencidos de que la tradición liberal no ha cumplido su promesas. Los intelectuales liberales han traicionado al país: la reforma liberal ha demostrado ser demasiada e ine-

(131) Ibíd., p. 234.

ficiente a la vez. En comparación con lo ofrecido, los resultados son pobres debido a malas políticas; el gobierno ha crecido en tamaño pero no en eficiencia o efectividad. Se requiere algo nuevo: una élite no-política que respete los valores profesionales y la racionalidad científica. La única dificultad de esta visión es que asume un nivel mayor de capacitación e idealismo entre la meritocracia del que realmente existe. La burocracia de la "nueva clase" que postulan quizás no sea mejor que otras burocracias y el enfoque científico no es inmune a la manipulación.

Los neoconservadores pueden ser felicitados por su deseo de mayor realismo y racionalidad en la formulación de políticas. Sin embargo el argumento de que la impredecibilidad y el desorden de la democracia popular puede ser remediado a través del elitismo es cuestionable; tanto como lo han sido las teorías de elite en el pasado. Pero la coyuntura parece ser favorable para el ingreso de nuevas perspectivas en el escenario político norteamericano: el idealismo liberal y el realismo conservador constituyen dos lados de la misma moneda y ésta al iniciar la década de los ochenta se encuentra desgastada. En un momento en que el liderazgo norteamericano -al finalizar la presidencia de Carter- se encuentra desacreditado tanto en el terreno doméstico como el internacional se da el punto de transición hacia una etapa que muchos denominan "la era neoconservadora".

V. La Nueva Derecha: la esperanza radicalizada

A. La política del extremismo

La dinámica del cambio constituye uno de los rasgos más sobresalientes de la historia norteamericana, y ésto es particularmente cierto de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La explosión demográfica conduce a una expansión sin precedentes de la educación; dos décadas de estabilidad económica - también traen consigo la suburbanización del país; la migración hacia las ciudades se acelera cuando millones de norteamericanos negros cambian la pobreza urbana del sur por la pobreza urbana del norte. El cambio social rápido y profundo se convierte en un factor central de la vida de una generación completa.

Sin embargo el cambio a un ritmo acelerado que afecta la movilidad, los valores y el estilo de vida de tantos norteamericanos tiene altos costos. El sentido de identidad --estrechamente vinculado a la familia y la vida comunitaria-- cada vez es más difícil de adquirir. La ansiedad por el status y la pérdida de éste afecta a un gran porcentaje de la población. En términos políticos, los patrones ideológicos tradicionales se resquebrajan a medida que los objetivos privados y las acciones públicas se distancian una vez más. La ideología política para gran número de norteamericanos pasa de ser un asunto de elección propia a convertirse en un reflejo de la opinión de los medios masivos de comunicación. En un terreno en el cual la mayor parte de los norteamericanos poseen poca información --la política exterior-- se vuelven cada vez más dependientes de lo que el go-

bierno o los expertos les informan qué deben pensar. A medida - que Estados Unidos adquiere el status de una superpotencia y acepta la responsabilidad como defensor del "mundo libre" en contra de la inminente amenaza comunista, el público en general carece de entendimiento conceptual de lo que está sucediendo. Su propia confusión es sólo un poco mayor que la exhibida por el liderazgo en Washington. El resultado es una tragedia nacional: el involucramiento en una serie de guerras en el Sudeste de Asia. - Paralelamente y como reacción a estos eventos surge una corriente derechista de opinión en Estados Unidos que se caracteriza - por su radicalismo.

Una hipótesis subyacente a lo largo de este trabajo es la creencia de que sí existe una tradición conservadora --sui generis quizás-- dentro de la historia y el desarrollo institucional de Estados Unidos. Algunas veces se fusiona con la doctrina liberal prevaleciente y tiene alguna influencia pero poca aceptación generalizada. Pero paralelamente, y muy distanciado de la tradición conservadora responsable, se encuentra otro tipo de pensamiento en el extremo del espectro político: la derecha radical.

Se le han aplicado muchos nombres a esta corriente dentro de la vida norteamericana y entre sus denominaciones contemporáneas se encuentran las siguientes: "la política de la sinrazón", "el estilo paranoíco", la "derecha radical", la "política de la

histeria" y "la política del extremismo". (132) Todos los términos son válidos para describir el fenómeno dentro de la política norteamericana que incluye el ascenso y la caída del McCartismo, la candidatura fallida de Barry Goldwater a la presidencia en 1964 y varios de los movimientos de períodos de posguerra, siendo la sociedad John Birch el más activo políticamente.

Definir "extremismo" dentro del contexto político norteamericano resulta ser una labor difícil. Calificar a alguien de "extremista" en Estados Unidos es equiparable a considerarlo una aberración o aún peor, antiamericano. Tales individuos son tachados como fanáticos o ejemplos de desviación psicológica. Cuando abogan por la violencia o la revolución automáticamente se les coloca el epíteto "radical". Sin embargo hay formas de extremismo que se disfrazan de Americanismo --como la derecha radical-- y a diferencia del extremismo de izquierda, consiguen ocupar un sitio dentro del medio ambiente político; particularmente en tiempos de tensión nacional como es el caso en los 40's y los 50's, años álgidos de la Guerra Fría.

La esencia de las políticas extremistas es la tendencia a emplear medios extra legales para obtener objetivos y derrotar a enemigos. Henry David Thoreau afirma que el extremismo es un

(132) Ver Richard Hofstadter. The Paranoid Style in American Politics and Other Essays, Nueva York: Alfred Knopf, 1965; Seymour Martin Lipset y Earl Raab. The Politics of Unreason: Right Wing Extremism in America 1790-1970, Nueva York: Harper Torchbooks, 1970; Daniel Bell (ed.) The Radical Right, Garden City, Nueva York: Doubleday Anchor Books, 1964.

atributo necesario de toda sociedad democrática saludable. Pero como lo demuestra la facción Weatherman de los Estudiantes para una Sociedad Demócrata, el extremismo que acepta la violencia - como un medio necesario para obtener el cambio social debe ser frenado y controlado: las formas de extremismo que se esconden tras la fachada del patriotismo y el super americanismo muchas veces pueden amenazar los cimientos de la democracia. En este sentido la derecha radical queda inscrita dentro de este tipo - peligroso de extremismo porque es esencialmente antipluralista, rechaza la naturaleza pragmática de la política norteamericana y es capaz de utilizar métodos antidemocráticos para obtener - una sociedad purgada de aquellos que no comparten sus ideales.(133) Y la versión contemporánea del extremismo de la derecha radical se encuentra en el movimiento político y social conocido como la - Nueva Derecha.

En una coyuntura crítica, como lo es la década de los se - tenta en Estados Unidos, caracterizados por una inflación galopante, un nivel elevado de desempleo, índices desorbitados de - crímen urbano, problemas de drogadicción y temores crecientes en cuanto a las aventuras militares en el extranjero, los "mono - listas morales" irrumpen sobre el escenario. Surge la Nueva De - recha ofreciendo soluciones --seductivas por su simplicidad-- a

(133) Ver Lipset y Raab. The Politics of Unreason, op.cit.: "En el corazón del extremismo se encuentra la represión de la diferencia y la discusión, la eliminación del mercado de las ideas. La esencia del extremismo es la tendencia a - tratar a las ambivalencias como ilegítimas" p. 6.

los problemas más complejos que experimenta Estados Unidos. La pureza y la fuerza norteamericana puede ser restaurada sólo si el país se somete a sus fórmulas morales y políticas. La Nueva Derecha posee la verdad --afirma-- porque Dios está de su lado.

Cada generación tiene que lidiar con sus propios infalibles. En la década de los cincuenta es Joe McCarthy: retar sus postulados o sus métodos equivale a ser categorizado como comunista. Estar en desacuerdo con los infalibles de hoy implica cargar con la etiqueta de mal cristiano, amoral y antifamiliar. Desde 1980 su influencia crece: la censura a libros en escuelas y bibliotecas se extiende cada vez más; muchos grupos quieren que el gobierno limite los derechos civiles de grupos minoritarios; en el nombre de la moralidad religiosa, una amplia red emprende con diligencia esta cruzada. El término Nueva Derecha resulta útil para explicar el surgimiento del activismo religioso dentro de la política norteamericana. Incluye a personas cuyas visiones políticas están vinculadas con cierto tipo de creencia religiosa y que buscan regular la moral de todos los norteamericanos a través del poder gubernamental. Está formada por grupos con objetivos múltiples como Los Jóvenes Americanos para la Libertad, think tanks educativos como la Fundación Heritage, casas editoriales como Conservative Digest, organizaciones de orientación legalista como el Consejo Legislativo Americano, lobbies en el Congreso como la Voz Cristiana; centros de investigación que asesoran a legisladores de línea derechista como la Fundación Legal Washington, y una vas-

ta gama de grupúsculos monotemáticos ad-hoc que trabajan de manera informal con las organizaciones principales. Incorpora también a Comités de Acción Política (PAC's) que se dedican a recaudar fondos para financiar campañas políticas de candidatos derechistas.

El centro de sofisticación organizativa de la Nueva Derecha reside en la recaudación de fondos a través del correo: sus líderes son expertos en el arte de llevar el mensaje nuevo derechista directamente a las casas. Mediante la acumulación de listas de seguidores han construido una especie de directorio nacional al cual apelan cuando necesitan movilizarse para la acción política. La famosa Banda de los Cuatro --los dirigentes principales-- está formada por el recaudador de fondos Richard Viguerie, Paul Weyrich del Comité para la Supervivencia de un Congreso Libre, Howard Phillips de Caucus Conservador y Jerry Falwell de la Mayoría Moral.

Lineamientos ideológicos

En 1980 muchos norteamericanos están alarmados ante el fortalecimiento del poderío militar soviético. Temen por el futuro del país. Les horroriza el crimen. Están preocupados por la creciente carga fiscal y la inflación de dos dígitos. La lista de términos clave que refuerzan su desconfianza parece ser interminable: busing forzoso, aborto, control de rifles y pistolas, derechos homosexuales y la entrega del Canal de Panamá. Un gran porcentaje de quienes pertenecen a las clases me-

días bajas --especialmente en el Medio Oeste y el Sur-- parecen estar convencidos de que el liderazgo nacional no sabe lidiar con estos problemas.

Aprovechando el clima de incertidumbre surge un grupo que busca explotar la ansiedad; un conjunto de líderes autonombados, los hombres y mujeres de la Nueva Derecha. Expresión de una reacción política y cultural contra los movimientos sociales y las políticas liberales de los años sesenta, su ideología representa una visión aún más conservadora que el reaganismo. Es la defensa de la familia patriarcal frente a sus alternativas; de Estados Unidos frente a sus enemigos internos y externos; de la libre empresa capitalista frente a las opciones socialistas y de asistencia estatal. Es la defensa del trabajo arduo y la virtud frente a la lasitud moral y la libertad sexual; de los blancos frente a los negros; de los hombres frente a las mujeres; de los padres frente a los hijos. Es una política que busca recapturar el control de América para los estratos medios y blancos norteamericanos, para el "pueblo" que se siente dejado de lado y sometido por los cambios de los años sesenta.(134)

La Nueva Derecha desea movilizar a los sectores de la población que experimentan esos sentimientos. Sus líderes cuentan ya con una red compuesta por varios núcleos que incluye numerosas organizaciones económicas y sociales y que se halla vincula

(134) Zillah Eisenstein. "El Feminismo contra la Nueva Derecha" en Pablo González Casanova (ed.). Estados Unidos, Hoy, México: Siglo XXI Editores, p. 231.

da a una fuerte derecha religiosa a través de la Mayoría Moral y de grupos paralelos. Su éxito organizativo --junto con la articulación de una ideología populista norteamericana de derecha-- resaltan actualmente su importancia. Hasta la década de los setenta no existe ninguna organización política de derecha relevante. En los cincuenta y los sesenta la Sociedad John Birch adquiere cierta resonancia pero la supuesta "amenaza" de la derecha en términos políticos reales nunca cobra cuerpo. Con ninguna base institucional, ningún partido, ningún verdadero entendimiento o interés serio en el proceso político norteamericano, su influencia es casi nula. Como escribe Alan Crawford: en una lista de temores verdaderos, el temor a la derecha radical se encontraba en el lugar 23, entre el miedo a ser comido por pirañas y el miedo a ser nombrado director de alguna universidad. Considerados dogmáticos y excéntricos, los liberales con frecuencia se refieren a los miembros de la derecha radical como la derecha irrelevante. Pero para finales de los setenta la derecha radical se transforma en un movimiento institucionalizado, disciplinado, bien organizado y con amplios recursos. Recolectando millones de dólares en pequeñas contribuciones de obreros y amas de casa, la Nueva Derecha se nutre del descontento, el enojo, la inseguridad y el resentimiento.

La ideología de la Nueva Derecha es flexible y como la llama Allen Hunter, "pequeño burguesa". (135) Es flexible puesto -

(135) Allen Hunter. "Entre bastidores: ideología y organización de la Nueva Derecha" en Revista Mexicana de Sociología, Año XLII/ Vol. XLIII, 1981, p. 1767.

que busca unificar en un solo bloque a gente procedente de diversos estratos sociales. Es pequeño burguesa porque su base principal la constituyen los estratos medios y porque sus propuestas buscan oponer entre sí a los extremos de las amplias clases medias. Así se apela a los intereses de los pequeños empresarios en oposición a la intervención estatal y a los intereses de la gran empresa. A los miembros de la clase trabajadora blanca que gozan de empleo permanente, se les convoca en contra de los trabajadores mal remunerados, empleados no permanentes y -- segmentos negros.

Toda la gama de grupos sociales que amenazan a los estratos medios deben ser marginados y excluidos: negros, extranjeros, feministas y homosexuales. La retórica religiosa de la ideología refuerza la apreciación de que tales individuos son agentes del demonio, actores ilegítimos en el escenario de la historia. Así la Nueva Derecha construye una definición de "pueblo". Suprime las distinciones de clase y resalta las diferencias sociales como criterios relevantes para la exclusión o inclusión de grupos dentro de su concepto de "pueblo". Es una visión populista de derecha. (136)

La oposición al Estado de la Nueva Derecha se relaciona no sólo con la defensa del individualismo --en su visión el Estado se interpone entre los individuos económicos y su destino en un mercado supuestamente natural-- sino también con la defensa de

(136) Yale Pines, Op.cit. p. 69.

la familia. Combina la defensa del hombre en el mercado y de la mujer en el hogar. Venera la imagen de la llamada "familia tradicional" de mamá, papá y los niños, en contraste con otras familias "no convencionales", como las compuestas por madres solteras y sus hijos.

La familia es vista por la Nueva Derecha como unidad primaria de la sociedad; como algo natural y producto de la voluntad de Dios. En la defensa a ella está en juego el futuro mismo de la sociedad y los valores que deben prevalecer en ella. En un lado del ruedo se encuentran los feministas, los liberales y las minorías. En el otro, las fuerzas "pro-familia", el liderazgo de la Nueva Derecha y los ministros evangelistas fundamentalistas que extienden su mensaje a través de la televisión, el radio y los púlpitos. Ambas facciones están compitiendo por el alma norteamericana.(137)

Existe una extraña paradoja dentro de la ideología nuevo-derechista. Nada ha subvertido tanto la familia, la vida social, la moralidad tradicional y la certeza religiosa, como la difusión de las relaciones mercantiles. Es decir, el desarrollo del capitalismo ha sido la fuerza más subversiva, revolucionaria y antinatural de la historia. Constantemente cambia el carácter de las relaciones entre la familia y la sociedad. Constantemente redefine el carácter público y privado de las cosas. El capitalismo ha logrado desplazar a la moralidad religiosa de

(137) Crawford. Op.cit.

su papel central en la sociedad. Pero la ideología de la Nueva Derecha defiende tanto el capitalismo como los valores sociales tradicionales. No permite que el apoyo al crecimiento y la defensa de la familia tradicional entren en conflicto. Las múltiples formas en las que la esfera económica afecta a la social - son suprimidas o ignoradas.

La ideología de la Nueva Derecha busca atraer la atención de una amplia gama de inconformes. Proporciona las explicaciones de las causas que han originado una terrible situación junto con las formas en las que puede ser corregida. Representa una versión de lo que se ha denominado "fusionismo" en el pensamiento intelectual conservador: una combinación del conservadurismo tradicional y del conservadurismo del laissez faire. (138) Finalmente, representa una utilización estratégica de las ideas y los símbolos; utilización instrumental y orientada hacia los medios de información de masas. La Nueva Derecha combina todos estos elementos para obtener una ideología destacada pero filosóficamente confusa.

El sistema teórico conservador tiene dos ramificaciones principales: la visión tradicionalista y la del laissez-faire. Para algunos el conservadurismo representa por lo general la aceptación de la tradición, de la verdad bíblica revelada, de la comunidad y el localismo, de la propiedad de la tierra, la autoridad patriarcal y de la jerarquía social. Es decir, la aceptación de la sociedad esencialmente precapitalista. Para -

(138) Hunter. Op.cit. p. 1775.

otros, el conservadurismo representa la aceptación del liberalismo clásico, del capitalismo competitivo, de la economía mercantil y de la libertad individual, en oposición a la intervención estatal. El conservadurismo tradicional promueve una visión orgánica de la sociedad en la que ésta se coloca por encima del individuo; el conservadurismo del laissez-faire promueve una visión atomizada de la sociedad, en donde el individuo y los derechos individuales se sitúan por encima de las restricciones sociales. (139)

El problema para la Nueva Derecha entonces es cómo lograr una fusión entre estos dos enfoques filosóficos radicalmente diferentes. ¿Cómo unir ideológicamente el dinamismo del hombre económico libre y la eterna estabilidad del hombre (o mujer) tradicional? La fusión implica varios procesos: rescatar aquellas características de cada corriente que sean compatibles entre sí, desechar las áreas asimilables, designar a los enemigos comunes y salvar el rigor metodológico. Dentro del contexto político actual, la defensa a la familia y la oposición al Estado representan formas en las que las dos esferas se unen retóricamente y simbólicamente.

La fusión, altamente ventajosa, también es relativa. Coloca a la Nueva Derecha contra el Estado liberal benefactor pero no contra el Estado-nación militarista. El Estado-nación expresa la unidad del "pueblo", mientras que el Estado benefactor re

(139) Nash. Op.cit. p. 82.

distribuye la riqueza, reconociendo con ello la naturaleza de clase de la sociedad. La ideología fusionalista permite que -- quienes se encuentran más interesados en el conservadurismo económico -- aquellos que buscan detener el poder de la clase trabajadora por medio de ataques a los servicios sociales, a los sindicatos del sector público y al salario mínimo-- defiendan sus posiciones en nombre del "pueblo".

Una de las características más sobresalientes de la Nueva Derecha es su antielitismo. Afirma que en Estados Unidos existe actualmente una clase dirigente similar a la que describe Djilas en La Nueva Clase. Compuesta por profesionistas, burócratas, expertos en medios masivos de comunicación, tiene como función principal la administración del Estado benefactor. Esta élite técnica-profesional ejerce el poder--según la Nueva Derecha-- de una manera poco democrática.

La aversión a la élite conduce a la Nueva Derecha a vincularse, por lo menos retóricamente, con el "pueblo" en oposición a los Ivy Leaguers: académicos, asesores, expertos en relaciones públicas, periodistas, escritores y críticos. La desconfianza que manifiesta frente a los intelectuales, y el repudio hacia todo aquello relacionado con el Este del país coloca a la Nueva Derecha en una posición incómoda con respecto al movimiento neocconservador. Existe poca simpatía o cooperación entre los dos grupos, ya que aunque en ocasiones arriban a conclusiones similares, suelen estar en desacuerdo en cuanto a la manera de obte

ner metas. Los neoconservadores aún y cuando permanecen escépticos frente a la capacidad del gobierno para resolver los males sociales, creen en la existencia y el mantenimiento --con modificaciones-- del Estado benefactor. La Nueva Derecha pretende desmantelarlo. Los neoconservadores tienen fe en la corrección y la formalidad de los procesos políticos tradicionales: actualmente éstos se encuentran resquebrajados pero es posible lograr su recuperación. La Nueva Derecha busca la gratificación inmediata de sus aspiraciones políticas y desdeña los procedimientos tradicionales del gobierno representativo, abogando por la instauración de la democracia directa. En su visión, todos los temas deberían ser resueltos por el "pueblo" a través del voto directo, no puestos en manos de representantes elegidos. Muestra por ejemplo, un gran entusiasmo por los métodos de referendo. Su anti-institucionalismo encuentra expresión en la oposición que manifiesta a los canales establecidos: querría eliminar a la burocracia, el Congreso, la Suprema Corte y las legislaturas estatales.

En este sentido la política de la Nueva Derecha puede ser descrita como una especie de populismo reaccionario que busca incitar a una revuelta (o muchas pequeñas revueltas) del "pueblo" en contra de las instituciones del gobierno representativo. Su preferencia por la participación electoral directa y el intento por limitar las funciones legislativas deja como únicos actores políticos al "pueblo" y al poder Ejecutivo; un sistema sin checks and balances, precisamente lo contrario a lo que los

conservadores del siglo XVIII habían planeado.

Reagan, reaganismo y la Nueva Derecha

Muchos pertenecientes a la Nueva Derecha se preguntan desde 1980 qué tan reaganista es Ronald Reagan. En gran parte la diferencia entre el reaganismo y Reagan es la distancia que existe entre la retórica y la realidad; entre la visión que se presenta y las vicisitudes que implican las normas impuestas diariamente a un presidente en funciones. La administración Reagan no logrará que "el gobierno deje de ser una carga para el pueblo" ni aun alejándose del presente manejo de los asuntos oficiales.(140) La administración Reagan --incluso con un SALT libre de restricciones-- no restablecerá la primacía mundial de la OPEP, ni obligará a los soviéticos a retroceder, ni salvará a la civilización occidental de la decadencia o el envilecimiento moral.

Pero la diferencia entre promesas y hechos no está determinada sólo por la fuerza que Reagan ejerce sobre una realidad tenaz. Es producto también de la distancia que existe entre lo que Reagan afirma intentar y lo que realmente intenta. Las variaciones de su retórica son el reflejo de los elementos bastante dispares de la coalición que lo eligió. Algunos sólo buscan el reformismo doméstico y la recuperación del liderazgo de Esta

(140) Emma Rothschild. "Reagan and the Real America", en The New York Review of Books, XXVIII, #1, 5 de febrero de 1981. pp. 12-18.

dos Unidos en el mundo. Otros, situados más hacia la derecha - del espectro político buscan una reestructuración total del Estado y la sociedad. Reagan podría quedar clasificado dentro del primer grupo, aunque la plataforma que defendió --tanto en 1980 como en 1984-- incorpora aspectos del segundo.

Esto no implica que la Administración Reagan no resultará costosa. Seguramente lo será para el mundo en general cuando - continúe promoviendo el poderío nuclear; para el Tercer Mundo - cuando intervenga abierta o clandestinamente; para Europa y Japón cuando los presione para que aumenten sus "justos aportes" a la defensa de Occidente; para los negros, otras minorías y mujeres de Estados Unidos cuando suprima los programas de acción social; y para los trabajadores cuando debilite aún más las organizaciones sindicales. Después de todo, Estados Unidos atravesará por un período de crisis, y en opinión de Reagan y sus - asesores, no importa qué tan altos sean los costos para solucionarla. La influencia que la Nueva Derecha podrá tener en la determinación de los costos y los proyectos futuros dependerá en gran medida del desarrollo de los acontecimientos durante el segundo período reaganista. Si las medidas adoptadas tanto en el terreno de la política económica como en lo referente a política exterior funcionan, esto allanará el camino para candidatos conservadores. El reaganismo ofrece esa esperanza. Pero la - Nueva Derecha busca no sólo una nueva coalición electoral sino también un nuevo sentido de "pueblo". Cree al igual que Norman Podhoretz que:

Los grupos que votaron por Reagan son diversos, no monolíticos, y de ninguna manera están unificados en su apoyo a determinados programas. Lo que los unifica es su ansiedad por hacer del suyo un país nuevamente productivo y poderoso hacerlo nuevamente grande.(141)

(141) Norman Podhoretz. "The New American Majority", en Commentary enero de 1981. p. 25.

B. Una breve guía de la Nueva Derecha

Consejo Americano de Intercambio Legislativo (American Legislative Exchange Council)

ALEC es la única organización nacional de legisladores aliñeados con la Nueva Derecha en Estados Unidos. El grupo tiene - más de 1,500 miembros y recibe fondos de 350 corporaciones. Desde 1973 ALEC funciona como un centro de investigación y de diseño de estrategias legislativas para personas involucradas en legislaturas estatales. ALEC difunde la agenda legislativa de la Nueva Derecha a través de conferencias, un libro "fuente" de modelos de propuestas legislativas y dos revistas mensuales: The State Factor y First Reading. Una de las propuestas de ALEC - que establece que las escuelas compren sólo aquellos libros que reflejen valores "pro-familia" ha sido adoptada en Oklahoma y - se está debatiendo en otros estados.

El liderazgo de la Nueva Derecha asume el control de ALEC en - 1974, desplazando a su fundadora, la activista Juanita Bartnett. Al trasladar a ALEC de Illinois a Washington, D.C., Weyrich convierte a la organización en una voz influyente en la política - nacional. Phyllis Schlafly es su directora ejecutiva.

El Lobby de Vida Americana (American Life Lobby)

El Lobby de Vida Americana es la organización anti-aborto más activa del país; dentro de círculos derechistas, este grupo es reconocido como líder de la discusión en torno al tema. To-

cando puntos clave de la sociedad norteamericana -su lema es - "Por Dios, Por la Vida, Por la Familia, Por la Nación"- exitosamente resucita una controversia que teóricamente había muerto - bajo las regulaciones de la Suprema Corte. El A.L.L. está compuesto por una vasta red de activistas "pro-vida" cuyos avances y polémicas son presentados cada mes en A.L.L. About Issues. - La revista presenta artículos sobre líderes "pro-vida" ejemplares, un calendario de actividades "pro-vida", consejos para activistas y condenas a los "humanistas", "ambientalistas" y el - movimiento de derechos de la mujer. El A.L.L. también dirige - una vasta operación recaudadora de fondos a través del correo.

Entre los congresistas que conforman a la junta administrativa de la organización se encuentra el Senador Gordon Humphrey de New Hampshire y a los Representantes Robert Dornan de California, Henry Hyde de Illinois, Larry McDonald de Georgia y Jim Jeffries de Kansas.

La Voz Cristiana (The Christian Voice)

La Voz Cristiana es un grupo de lobby político --con sede en California-- que afirma tener más de 328,000 miembros y 40,000 Ministros. Se le conoce por sus Moral Report Cards, mediante - los cuales evalúa, en una escala de 0 a 100, la conducta de senadores y congresistas con respecto a ciertos temas clave: la - moral y la familia. En 1982 declara que estos temas "clave" incluyen la terminación de la ayuda norteamericana a Zimbabwe y - el apoyo militar a El Salvador. Ha emitido juicios durante los

últimos años concernientes al carácter "moral" y "cristiano" de los legisladores: en 1982 le otorga al Representante Demócrata - Robert Edgar de Pennsylvania una tabulación de cero. El Senador Mark Hatfield, líder evangelista y Republicano de Oregon obtiene sólo 42 puntos. Ninguno de los Representantes negros del congreso pasa la prueba de "moralidad"; 16 de 18 reciben recuentos de cero.

La Voz Cristiana tiene un comité de acción política: el Fondo de la Voz Cristiana para el Gobierno Moral que activamente apoya a quienes obtienen altas puntuaciones en la prueba. Con la donación de \$406,000 en el ciclo de elecciones 1970-80, el Fondo se convierte en el séptimo comité de acción política más importante del país. La organización también ha lanzado una serie de comerciales de televisión en los cuales Efrem Zimbalist Jr. y Buddy Ebsen promueven el rezo en las escuelas públicas y otros temas "morales".

El Reverendo Robert Grant es el Presidente de la Voz Cristiana; el Comité de Asesoría al Congreso del grupo incluye a los Senadores Orrin Hatch de Utah y Gordon Humphrey de New Hampshire; el Representante William Dannemeyer de California y el Representante Larry McDonald de Georgia --miembro del consejo nacional de la Sociedad John Birch-- entre otros.

El Comité para la Supervivencia de un Congreso Libre (Committee for the Survival of a Free Congress CSFL)

Paul Weyrich es el fundador y el director de este prominente

te grupo Nuevo Derechista. Con financiamiento de Joseph Coors y ayuda de Richard Viguerie, Weyrich crea el CSFL en 1974 para reclutar, entrenar y apoyar a candidatos de la Nueva Derecha - para el Congreso. Para ayudar a sus candidatos CSFL provee dinero, medios masivos de comunicación, asesores y otro tipo de asistencia durante la campaña política. A diferencia de otros partidos políticos el CSFL es particularmente activo durante - las elecciones primarias.

El CSFL ha adquirido la reputación de director de las actividades políticas de la Nueva Derecha en gran parte debido a las poderosas coaliciones que operan bajo su proyecto paraguas: Coalitions for America. Estas coaliciones cooperan entre sí - para redactar proyectos legislativos, movilizar a organizaciones a nivel grass-roots y planear tácticas de apoyo u oposición a legislaciones pendientes. Las diferentes coaliciones incluyen a la Voz Cristiana, el Caucus Conservador, la Unión Conservadora Americana y revistas como The New Right Report y Conservative Digest. (142)

El Caucus Conservador (The Conservative Caucus TCC)

Fundado en 1975 por Howard Phillips, este grupo ostenta una red de más de 309,000 activistas y legisladores en cada distrito del país. El TCC es una de las organizaciones más activas y vi-

(142) Alan Crawford Thunder on the Right: The New Right and the Politics of Resentment, Nueva York: Pantheon, p.5

sibles de la Nueva Derecha: sobre cualquier tema puede movili -
zar miles de llamadas telefónicas y cartas al Congreso y al Pre -
sidente en cuestión de días. Su presupuesto anual es de casi 3
millones de dólares. Supervisa al Congreso a través de la Fun -
dación de Investigación, Análisis y Educación que publica "El -
Reporte del Senado" y "El Reporte del Congreso". Howard Phillips,
escogido por el Presidente Nixon para desmantelar la Oficina de
Oportunidad Económica, lanza una campaña del TCC en 1981 para -
eliminar la Corporación de Servicios Legales que provee de asis -
tencia legal a los pobres. Phillips trabaja en estrecha colabo -
ración con Paul Weyrich y Richard Viguerie.

El Foro Aguila (The Eagle Forum)

El Foro Aguila constituye la alternativa de Phyllis Schlafly
a la liberación femenina. El grupo de 50,000 miembros actúan -
como una organización "paraguas" en una variedad de temas "pro -
familia": la Enmienda de Igualdad de Derechos, la controversia
del aborto, el contenido "moral" de los libros de texto, la edu -
cación sexual, etc. El Foro también recomienda a sus miembros
que "apoyen metas pro-familia tales como la reducción del poder
de las cortes federales, la construcción de un sistema fuerte -
de defensa nacional, la eliminación de impuestos excesivos y el
recorte de controles y regulaciones federales innecesarios". (143)

Schlafly es una figura legendaria dentro del movimiento -

(143) Ver The Phyllis Schlafly Report (Carta mensual publicada
por el Foro Aguila, Box 618, Alton Illinois 62002).

"pro-familia". Abogada, escritora y conferencista, columnista y editora del Reporte Mensual de Phyllis Schlafly, su influencia es sorprendente. El Comité "Anti-ERA" del Foro Aguila de - tiene casi por sí solo la aprobación de la Enmienda de Igualdad de Derechos. Y Schlafly ha advertido que pronto centrará su - atención en los libros de texto a través de su Comité de Censura a los Libros de Texto. A nivel estatal y local el Foro Aguila libra batallas en contra del "humanismo secular predominante en las escuelas".

El Consejo de la Libertad (The Freedom Council)

El Consejo de la Libertad es fundado por el Reverendo Pat Robertson en 1981 para "restaurar nuestras libertades religiosas". El grupo intenta promover legislación a nivel estatal y nacional que fomente la posición "cristiana" en temas como el aborto y el rezo en las escuelas. Busca elegir a oficiales pú**u** blicos que "protejan la libertad religiosa y el cristianismo". La membresía está restringida a los cristianos "vueltos a na - cer" para evitar que la organización caiga en "manos del enemiu go" de acuerdo al Director Nacional Ted Panteleo. Panteleo - organiza el rally "Washington para Jesús" que atrae a una multitud de más de 200,000 en abril de 1980.

En un programa de radio en enero de 1982 Panteleo advierte:

Dondequiera que humanistas u otros intenten tocar nuestras libertades religiosas estaremos allí y los deten -

dremos. Tomaremos cualquier acción que sea necesaria para combatir este ataque a la libertad religiosa.(144)

En el mismo programa tres Congresistas --Mark Siljander de Michigan, Christopher Smith de Nueva Jersey y Robert Dornan de California-- abiertamente apoyan al Consejo de la Libertad. Afirma Dornan: "Yo creo que el Consejo de la Libertad es una organización que puede centrar la atención del gobierno federal sobre el problema de la decadencia moral en nuestro país".(145)

Aunque el Consejo de la Libertad no menciona la palabra "cristiano" en su panfleto, sus metas teocráticas no son un secreto. Panteleo compara al grupo con las tribus nómadas de Israel en busca de la Tierra Prometida. Señala que en el libro de Exodo, Dios envía avispas para abrir el camino hacia la Tierra Prometida. Panteleo concibe al Consejo de la Libertad como un conjunto de "avispa" que preparan la venida de una república política cristiana.

La Fundación Heritage (The Heritage Foundation)

La Fundación Heritage es uno de los think-tanks más respetados e influyentes de la Nueva Derecha en el país. Produce estudios altamente sofisticados sobre una amplia gama de temas de política pública. De acuerdo a uno de sus panfletos: "todo desde energía y política fiscal hasta terrorismo internacional

(144) David Bollier. Liberty and Justice for Some: Defending a Free Society From the Radical Right's holy war on Democracy. Washington: Frederick Unger Publishing Co., 1982, pp. 25.

(145) Ibid.

y relaciones Este-Oeste". En 1984 la Fundación produce más de 100 policy papers que son utilizados regularmente por políticos periodistas y el público en general. Junto con su amplio grupo de analistas, la Fundación ofrece becas para "académicos distinguidos" a lo largo del país.

Fundada en 1974 por Paul Weyrich con la ayuda de Joseph Coors, la Fundación actualmente es una institución con gran peso político. Su reputación crece con la publicación en 1981 de Mandate for Leadership, un reporte de 3,000 páginas que se convierte en la línea directriz de la nueva Administración. Desde entonces se le conoce como el "telescopio ideológico de Reagan". Edwin Feulner, su Presidente, trabaja como asesor de Edwin Meese, principalmente en las áreas de políticas domésticas y sociales.

La Asociación Evangelista James Robinson (The James Robinson -- Evangelistic Association)

James Robinson es la figura central de la "iglesia electrónica". Se le conoce por sus incesantes ataques a homosexuales, pornografía y la condición moral de Estados Unidos. Su programa de televisión semanal: James Robinson: Man with a Message es el centro de su imperio fundamentalista de 13 millones de dólares que organiza cruzadas, rallies, conferencias, publicaciones y la obtención de fondos de apoyo a través del correo.

Todos estos proyectos le otorgan un amplio alcance al mensaje religioso-político de Robinson. Su programa de televisión

es presentado en 68 canales del país y tiene un público aproximado de 400,000 personas según un censo Nielsen de 1980. La revista mensual de la Asociación --Life's Answer-- provee inspiración religiosa, consejos y comentarios políticos en torno a una variedad de tópicos. Programas especiales de televisión tales como "El Ataque a la Familia" tratan de movilizar a los televidentes en contra de la amenaza "humanista". A través de estos proyectos Robinson se convierte en un líder central de la Cruzada para "cristianizar al gobierno".

El Lobby de la Libertad (The Liberty Lobby)

El Lobby de la Libertad constituye uno de los grupos antisemíticos más exitosos del país. Supuestamente recibe financiamiento de William A. Carto, una figura misteriosa que también ha fundado grupos como la Alianza Nacional de Americanos Blancos y Americanos para la Seguridad Nacional. Con sede en Washington, el Lobby de la Libertad afirma tener una membresía de 30,000 miembros y 336,000 personas que reciben su publicación semanal The Spotlight. Este periódico ataca consistentemente a Israel, los judíos y el "mito" del Holocausto. Reta la autenticidad del diario de Ana Frank y condena la popular serie de televisión "Holocausto".

The Spotlight busca la respetabilidad a través de entrevistas a miembros del Congreso e intenta congraciarse con el conservadurismo moderado. En 1981 su director general, Warren Richardson es nominado para el puesto de secretario adjunto del

Departamento de Salud y Servicios Humanos, pero su nombre es rechazado cuando varios grupos señalan la naturaleza antisemítica del Lobby de la Libertad. Desde entonces Richardson trabaja - con Paul Weyrich en el Comité para la supervivencia de un Congreso Libre.

Mayoría Moral Inc. (Moral Majority Inc.)

La Mayoría Moral es probablemente otro de los grupos políticos ultrafundamentalistas más famosos en Estados Unidos. Desde que ingresa al escenario norteamericano a finales de los 70's, establece el tono y el ritmo de mucho del activismo político ultrafundamentalista. El hombre responsable de la organización - es el Reverendo Jerry Falwell, Ministro de la Iglesia Bautista de Lynchburg Virginia y célebre orador del programa de televisión: The Old-Time Gospel Hour. A través de su oficina nacional y numerosas representaciones estatales, la Mayoría Moral se distingue por su activismo en una amplia variedad de temas "pro-familia" y "morales".

La organización es una especie de baluarte para el movimiento fundamentalista debido a su tamaño, riqueza y liderazgo carismático. En 1984 incrementa sus ingresos al doble en relación con el año anterior al recibir 5.77 millones de dólares en contribuciones, lo cual la convierte en uno de los lobbies de inspiración religiosa más influyentes del país.

La Mayoría Moral se esfuerza por enfatizar que es una orga

nización política, no un grupo religioso. (146) Su panfleto -por ejemplo- señala que su membresía incluye a "millones de americanos, incluyendo 72,000 ministros, padres y rabinos, quienes están profundamente preocupados por la decadencia moral de nuestro país". A pesar de esta insistencia en su carácter ecuménico, la Mayoría Moral y sus líderes frecuentemente exigen a los legisladores que impongan valores "cristianos" sobre otros norteamericanos.

La membresía de la Mayoría Moral comprende a una red a nivel grass-root dispuesta a ponerse en contacto con legisladores federales en el momento de acercarse una votación crítica. Una aproximación realista del tamaño del grupo arroja cifras de 400,000 miembros, todos los cuales reciben el reporte mensual Moral Majority Report.

El Club Congresista Nacional (The National Congressional Club)

Fundado por Jesse Helms, Senador de Carolina del Norte, constituye el grupo de acción política más rico del país. Creado originalmente en 1973 para financiar la campaña de Helms en 1972, el Club posteriormente se convierte en un grupo recaudador de fondos a través del correo que en la actualidad cuenta con 35,000 contribuyentes.

En lo que respecta a su habilidad para obtener fondos, apo

(146) Ver por ejemplo Richard A. Viguerie. The New Right: We're Ready to Lead, Falls Church, Virginia: The Viguerie Company, 1980.

yar a candidatos y moldear temas, el Club se asemeja a un pequeño partido político. Su poder emana de su sorprendente riqueza. Para la reelección de Helms el grupo gasta 7.5 millones de dólares, con lo que convierte a la campaña de 1978 en la más cara de la historia norteamericana. Un año después la organización se extiende más allá del Senado y apoya generosamente a otros candidatos de la Nueva Derecha. En el período 1979-80 logra recaudar más de 7.6 millones de dólares. 2.5 millones de dólares de ese dinero son otorgados a candidatos del Senado como Jeremiah Denton de Alabama y John Easton de Carolina del Norte, actualmente miembro honorario del Club junto con Helms. También contribuye con 4.5 millones de dólares para la candidatura de Reagan en 1980.

El Club Congresista debe su riqueza a la red organizativa que Jesse Helms dirige a lo largo del país. Y es un poder que Helms moviliza en torno a temas que le preocupan: la lucha en contra de los Tratados del Canal de Panamá, y en favor del rezó en las escuelas públicas. Tom Ellis, director del Club explica que éste busca "ser un contrapeso a las actividades políticas de los grupos izquierdistas y por ERA". (147)

El Comité Nacional Conservador de Acción Política (National Conservative Political Action Committee)

NCPAC (pronunciado Nic-Pac) es un comité de acción política con amplios recursos que promueve tácticas "negativas" de campaña

(147) Bollier, op.cit., p. 33.

paña desde 1975. En lugar de apoyar a candidatos de la Nueva Derecha NCPAC centra su atención en derrotar a candidatos al Congreso de otras tendencias políticas. En 1980 gasta 3.2 millones de dólares con el objetivo de derrotar a los senadores Culver (Iowa), Church (Idaho), McGovern (Dakota del Sur), Bayh (Indiana) y Nelson (Wisconsin), todos los cuales buscaban la reelección.

En años recientes las tácticas del NCPAC han resultado contraproducentes en algunos casos. Por ejemplo, cuando la organización lanza un ataque --a través de los medios masivos de información-- en contra del Senador Paul Jarbanes de Maryland 20 meses antes de la elección de 1982, Jarbanes repentinamente comienza a recibir nuevo apoyo y contribuciones.

El Foro Pro-familia (The Pro-family Forum)

El Foro Pro-familia es una organización nacional que encarna la perspectiva de la Nueva Derecha en temas relacionados con la educación y la familia. Fundado en 1975 por Lottie-Beth Hobbs, este grupo con sede en Texas tiene aproximadamente 30,000 miembros y representaciones en todos los estados. Lucha activamente en contra del "humanismo secular" en los libros de texto y es una de las fuentes principales de publicaciones nuevo derechistas. Uno de sus panfletos con mayor circulación se titula: ¿El Humanismo está molestando a su hijo?" y denuncia a la Enmienda de Igualdad de Derechos, la educación sexual, el aborto, los programas sociales y la teoría de la evolución. Conservative Digest describe a la señora Hobbes como "el baluarte del movimiento pro-familia".

Fue vice-presidente del Foro Aguila de Phyllis Schlafly y actualmente forma parte del cuerpo administrativo del Consejo para la Política Nacional.

La Mesa Redonda Religiosa (The Religious Roundtable)

La Mesa Redonda Religiosa es creada en 1979 por Howard -- Phillips, Jerry Falwell y Paul Weyrich con el objetivo de expandir la perspectiva "cristiana" sobre una amplia gama de temas de política pública: rezo en escuelas públicas y políticas familiares. Una de sus principales funciones es el entrenamiento de ministros y activistas a través de seminarios periódicos. El presidente del grupo es Ed McAteer, exgerente de Colgate-Palmolive; el Tele-evangelista Pat Robertson es su vicepresidente. Dentro del "Consejo de los 56", la élite que toma las decisiones, se encuentran en el Congresista Larry McDonald de Georgia; el Senador Jesse Helms de Carolina del Norte y varios miembros de la Mayoría Moral: el Reverendo Jerry Falwell, el Reverendo Tim LaHaye y el Reverendo Charles Stanley.

La Campaña Richard A. Viguerie (RAVCO)

Richard Viguerie se encuentra en el centro de la red organizativa de la Nueva Derecha debido a su campaña recaudadora de fondos, RAVCO. Su uso innovador de la recaudación directa a través del correo y de listas computarizadas de direcciones contribuye a gran parte del éxito financiero de la Nueva Derecha. Cinco subcompañías de RAVCO desempeñan diversas tareas para los clien

tes nuevo derechistas: Diversified Mailing Co. imprime propaganda; Mail House proporciona timbres y sobres; American Mailing -- List Co. publica listas de direcciones; Prospect House publica - y distribuye libros; Viguerie Communications publica Conservative Digest y The New Right Report. En 1977 Business Week afirma que RAVCO obtiene más de 15 millones de dólares. No cabe duda que - la cifra ha crecido desde entonces.

Junto con sus actividades recaudadoras de fondos Viguerie - asegura su primacía en el seno de la Nueva Derecha a través de - su revista Conservative Digest, una publicación mensual con am - plia difusión. La revista suele incluir artículos de Paul Weyrich (Comité para la Supervivencia de un Congreso Libre) junto con tex - tos de otros líderes fundamentalistas. Viguerie también publica The New Right Report, un boletín de actividades de la Nueva Dere - cha.

Conclusiones

¿Qué tan importante es este renacimiento conservador, tanto en su expresión estrictamente conservadora como neoconservadora y nuevo derechista? ¿Podría obtener amplio apoyo popular ¿Es la ola del futuro o tan sólo un apoyo que terminará siendo diluido por el río del consenso liberal? Es -como señala Phillip Abbot- "el esfuerzo teórico más vital y perceptivo que América ha visto en las últimas décadas ?" (148). Pero para determinar la influencia que estos grupos podrán tener sobre el escenario político norteamericano resulta indispensable señalar que el conservadurismo, el neoconservadurismo y la Nueva Derecha son tres movimientos separados- que en ocasiones se tocan entre sí- pero cuyos miembros, métodos y objetivos difieren en una amplia variedad de temas.

La administración Reagan desplaza la orientación del gobierno norteamericano significativamente hacia la derecha del espectro político. Es incluso mucho más conservadora que las administraciones Republicanas de la posguerra: las de Eisenhower, Nixon y Ford. Sin embargo Ronald Reagan -como todo presidente norteamericano- es elegido como candidato de una coalición, cuyos integrantes manifiestan intereses políticos, económicos e ideológicos diversos, muchos de los cuales suelen entrar en compe-

(148) Phillip Abbot, "Understanding the 'new conservatives,'" en Polity, v.X, no. 2 (Invierno 1977) p. 262.

tencia. Hasta la fecha esta diversidad y competencia conduce a disputas y divisiones, tanto dentro de la administración como entre ésta y las facciones republicanas dentro del partido Republicano y el Congreso. Y del futuro de esta coalición probablemente dependerá el futuro del movimiento conservador como tal.

A primera vista la coalición Reagan se encuentra compuesta por conservadores, neoconservadores y la Nueva Derecha, que marcan el tono ideológico de la administración. Aunque los grupos presentan disgresiones entre sí, coinciden en la necesidad de un cambio en las políticas y las orientaciones mantenidas por el gobierno norteamericano desde el Nuevo Trato hasta la elección de Reagan (149).

Los Conservadores, con "c" mayúscula para establecer su conexión con el Partido Conservador de Nueva York, son descendientes directos del grupo de la posguerra denominado "conservador del centro" en el Capítulo I. Recibe mucha de su dirección del grupo de intelectuales asociados con la revista National Review editada por William F. Buckley. Mayoritariamente católicos, los Conservadores se conciben a sí mismos como defensores de la tradición cristiana amenazada por el reto demónico del comunismo internacional, con expresión concreta en el creciente poderío militar de la Unión Soviética. Este temor los conduce a centrarse en terreno de la política exterior. Pero también llevan a cabo

(149) James Reichly, "The Reagan coalition," en The Brookings Review (Invierno 1982) p. 6.

una crítica más amplia de la degeneración moral y cultural de la sociedad norteamericana. Desde 1973 su tema social preferido es la lucha por revertir la decisión de la Suprema Corte con respecto al aborto.

Los neoconservadores son en su mayor parte exliberales, incluso exsocialistas, que durante la década de los sesenta comienzan a preocuparse por lo que perciben como un debilitamiento de la voluntad norteamericana en la competencia global con la Unión Soviética y un colapso de la disciplina social entre grandes sectores de la clase media. Encuentran sus principales fuentes de expresión en las páginas de Commentary y The Public Interest.

La Nueva Derecha está compuesta principalmente por grupos con raíces protestantes-evangélicas que a finales de la década de los setenta se levantan en contra de expresiones de "liberación social" tales como el feminismo militante, el activismo homosexual, la integración racial en las escuelas y la prohibición del rezo en las escuelas públicas. Tiene un impacto sustancial sobre las elecciones de 1980 y 1984, particularmente en las regiones del Sur (150). En un principio el interés de los grupos evangelistas y fundamentalistas por la política es despertado por Jimmy Carter: un cristiano "que ha vuelto a nacer", según sus

(150) S.M. Lipset y Earl Raab "The election and the evangelicals," en A. Vetter (ed.) Speak out against the new right (Nueva York: Knopf, c1981) p. 57.

propias palabras. Carter trabaja arduamente para cooptar a estos grupos, y el apoyo que logra conseguir probablemente le provee de un margen de victoria en los estados sureños en 1976. Una vez elegido y al transcurrir su gobierno, muchos evangelistas-fundamentalistas sienten que Carter los ha traicionado. Pero para entonces ya han adquirido conciencia de su potencial político. Conjuntamente la Nueva Derecha es en parte creación de un equipo de hombres: Richard Viguerie, Paul Weyrich, Howard Phillips y Jerry Falwell, quienes después de la derrota de Reagan para la candidatura del Partido Republicano en 1976 deciden que el conservadurismo religioso y social ofrece recursos que pueden ser explotados con fines políticos.

Finalmente un cuarto grupo de la evolución -no analizado en el presente trabajo por su orientación básicamente económica- es el conjunto de publicistas, políticos y economistas heterodoxos que apoyan la doctrina de supply-side economics. La idea de los supply-siders es que fuertes cortes en los niveles de impuestos traen consigo la prosperidad económica y consecuentemente le asignan una baja prioridad al presupuesto balanceado. Supply-side economics, además de constituir una teoría económica, expresa una actitud social que puede ser denominada "neopopulismo": desconfía de los burocratas federales y economistas del Establishment y cree que el crecimiento económico y el dinamismo social dependen de la iniciativa de pequeños entrepeneurs. Los supply-siders son conservadores en su defensa del capitalismo de merca-

de en contra de la manipulación que las élites políticas hacen de él con objetivos sociales.

Dentro del Partido Republicano es posible identificar a miembros de los distintos grupos que conforman a la coalición reaganista (151). Por ejemplo Howard Baker, el senador Robert Dole, el Representante Bob Michel y el Representante Barber Conable representan a la facción conservadora, considerarla como el grupo "baluarte" del Partido. Estos hombres apoyan las intenciones de la administración en lo que respecta a la reducción del gasto público, el incremento del gasto militar y la obtención de un corte fiscal significativo. En enero de 1982 -enfrentados a la recesión económica y las altas tasas de interés- los "baluartes" crean un paquete de reformas cuyo objetivo es reducir el déficit.

Otra ala del Partido Republicano está compuesta por los denominados "moderados" y "progresistas", y la mayor parte de ellos provienen de escuelas de Ivy League o Wall Street: James Baker (Princeton 1952) Edwin Meese (Yale 1953), Ronald Reagan (Harvard 1940), Schultz (Princeton 1942), etc. En su mayoría están preparados para aceptar el cambio social pero preferirían no emprenderlo ellos mismos. Creen en el uso positivo del gobierno para la obtención sociales pero operan dentro de un esquema de valores esencialmente conservador: buscan el activismo guber-

(151) Richard Reeves, "The Republicans," en The New York Times Magazine (9 de septiembre de 1984) p. 112.

namental guiado por objetivos conservadores. En política exterior son internacionalistas, en contraste con el aislacionismo de los "baluartes" y la preocupación monotemática de los fundamentalistas por el anticomunismo (152).

Desde el principio de la administración las diferencias entre los tres grupos comienzan a hacer erupción. En cuanto a los temas sociales tales como el aborto, el rezo en las escuelas y la integración racial, los moderados y progresistas están más preocupados por la protección -en alguna medida- de los derechos civiles que los nuevos derechistas. Aceptan al gobierno, no sin una buena dosis de escepticismo, como un instrumento capaz de lograr cierto progreso social. Por su parte la Nueva Derecha constantemente manifiesta su descontento con respecto al coqueteo reaganista con una ideología pragmática, particularmente en lo que se refiere a la política exterior: el acercamiento a China constituye la espina en el costado de un movimiento violentamente anticomunista. Los grupos fundamentalistas-evangelistas sienten que han sido traicionados. Pero Estados Unidos es un país tan diverso que un partido o una administración que siguiera al pie de la letra las instrucciones de cualquier ideología probablemente sería incapaz de sobrevivir; mucho menos de gobernar efectivamente. El programa reaganista -innegablemente conservador- no deja de presentar numerosos tintes de pragmatismo.

(152) Reichly, Op. cit., p. 9.

A pesar del radicalismo de las visiones conservadoras de Reagan quizás haya algo de razón en ellas. Su Gran Reacción en contra del Nuevo Trato no podría haber triunfado de no existir alguna sabiduría en ella. Es cierto, por ejemplo que el welfare puede crear ciclos de dependencia. Es cierto que existe corrupción y fraude dentro de los programas gubernamentales. La burocratización constituye un gran problema y muchos reglamentos que son diseñados para ampliar el interés público muchas veces no lo hacen. Algunos burócratas son pequeños tiranos. El gobierno local es importante. El proyecto conservador de Reagan tiene como objetivo principal get the government of people's backs y ello implica la revaluación de todo lo que el Nuevo Trato trae consigo (153).

Pero la era conservadora tiene serias implicaciones. ¿Cómo se explica la guerra en contra del Servicio Social? ¿Por qué las clases acomodadas están pagando menos impuestos? ¿Qué pasa con las minorías y las mujeres? ¿Dónde ha quedado la lucha por los derechos civiles? ¿Reagan está resucitando el McCartismo? ¿Se acerca una guerra nuclear? A continuación se analizan algunas de las actitudes tomadas con respecto a estos temas.

El hombre de la Casa Blanca es un enemigo declarado de la seguridad social: lo considera welfare, algo que detesta. En

(153) Frances Fox Piven, The new class war: Reagan's attack on the welfare state and its consequences (Nueva York: Pantheon, 1982) p. 6.

1964 declara junto con Barry Goldwater que debe ser eliminada; en 1978 afirma que todo el sistema se encuentra en "bancarrota; ya en Washington emprende su cruzada.

El recorte fiscal de 1981, que elimina una cuarta parte del impuesto personal sobre el ingreso probablemente constituye el evento doméstico más importante de los primeros dos años de la administración. Que los ricos se volverían más ricos era una conclusión evidente. Que las reducciones en el gasto público no compensarían lo perdido en ingreso gubernamental -generando a su vez déficits anuales de 200 billones de dólares- era el precio a pagar. El recorte es aprobado no porque el Congreso repentinamente reconoce las ventajas de supply-side economics; es aprobado debido al apoyo que obtiene por parte de un Presidente que considera al impuesto sobre el ingreso como un instrumento marxista.

El sistema fiscal progresivo se basa como lo afirma el Senador Russell Long de Louisiana, "en el principio de que aquellos con ingresos elevados deben pagar un porcentaje mayor que aquellos con ingresos bajos" (154). Reagan se opone al impuesto progresivo precisamente porque se basa en la capacidad para pagar; se opone a que el porcentaje fiscal sea menor para los pobres y mayor para los ricos. En el centro de su argumento se encuentra la siguiente explicación: no es legítimo redistribuir la riqueza

(154) Ronnie Dugger, Reagan: the man and his presidency (Nueva York: McGraw-Hill, 1983) p. 101.

mediante los impuestos. En la situación norteamericana actual lo que sucede es que Reagan utiliza su poder político para redistribuir la riqueza a su manera, canalizándola a las cuentas de banco corporativas, cortando al mismo tiempo los programas gubernamentales que benefician a la clase media y los trabajadores. Según su perspectiva los programas de orientación social que obtienen financiamiento a través de lo que el gobierno recauda en impuestos son "socialistas". Argumenta con frecuencia que el sistema fiscal norteamericano es idea de Marx.

En cuanto al tema de Reagan y los Derechos Civiles existe una gran paradoja. Reagan declara apasionadamente que no tiene ningún prejuicio: "Estoy en favor, de alma y de corazón, de aquellas cosas que han sido hechas en nombre de los derechos civiles" (155). Esto es lo que el país oye en 1980. Pero ya en el puesto de Presidente abandona el busing como remedio para obtener desegregación en las escuelas; obstaculiza programas de acción afirmativa diseñados para crear igualdad de oportunidad y empleo y lucha por otorgarles exenciones fiscales a universidades que excluyen a los negros. El Presidente afirma: "Yo me opongo con cada fibra de mi ser a la discriminación" (156). Pero lo que hace con cada fibra de su poder político es fortalecerla.

Por otra parte el movimiento feminista -momentáneamente exitoso en los 70's propone en términos generales duplicar el potencial productivo y cívico de la población norteamericana, concediéndoles a las mujeres el pleno y libre acceso al trabajo

(155) Ibíd., p. 195.

(156) Ibíd., p. 219.

y a la vida política. A cada una de las demandas de este movimiento -el derecho al aborto, la Enmienda de Igualdad de Derechos y la acción afirmativa como medio para obtener un salario justo -Reagan contesta "no". Compara el aborto con el asesinato y lo considera la eliminación de una vida humana que sólo puede ser justificada en términos de autodefensa, cuando la vida de la madre está en peligro. En 1980 apoya la enmienda "Vida Humana" a la Constitución que en caso de ser aprobada, prohibiría el aborto excepto en circunstancias extremas. La presidencia de Reagan también mata al movimiento en favor de la Enmienda de Igualdad de Derechos (ERA) a través de mecanismos burocráticos que obstaculizan su adopción. Mientras que el AFL-CIO, la YMCA, el Comité Ju-
dío Americano, el Consejo Político Nacional de Mujeres y 450 organizaciones adicionales guardan luto por su causa perdida, Phyllis Schlafly da gracias a Dios y a Ronald Reagan.

En estos temas, al igual que muchos otros, Reagan parece enarbolar las banderas del conservadurismo y de la Nueva Derecha. La esencia del Presidente a lo largo de los últimos cinco años es militarista y anticomunista en lo que se refiere a política exterior; antigubernamental y pro empresarial en el terreno doméstico. Pero cuando es conveniente proyecta una imagen de moderación. Siempre está dispuesto a apoyar a las verdades liberales y a los ideales generales (la igualdad, la asistencia a los pobres, la separación Estado-Iglesia, la reducción de armamentos), pero libra una batalla contra cualquier intento por

volverlos realidades. Sorprendentemente es un ideólogo de derecha y un político pragmático -con muchas caras- a la vez.

El mejor consejo para evaluar a una administración a partir de Vietnam y Watergate es ofrecido por John Mitchell, Attorney General durante el gobierno de Nixon: hay que observar lo que hacen y no lo que dicen. Con base en ésto podría afirmarse que Reagan al concebir al gobierno como un ente inherentemente maligno y opresivo desvirtúa la idea del servicio público. Y la visión del gobierno como instrumento de la democracia queda relegada en el momento es la iniciativa privada -particularmente las grandes corporaciones- es considerada como la mejor.

Frente a la presidencia de Reagan los Demócratas están tan desmoralizados y confusos que son incapaces de ofrecerle al país una alternativa viable. Pero en 1988 el tema será el reaganismo, su supervivencia y sus implicaciones. Como lo expresa el senador Charles Mathias Jr. de Maryland en la Convención Republicana de 1984: "La realidad necesariamente tendrá que irrumpir sobre el optimismo actual. Graves problemas -el gobierno de los Estados Unidos se está quedando sin fondos y quién sabe cuál será la situación dentro de uno o dos años?" (157). Los conservadores de distintas denominaciones están comprometidos con ideas no con un hombre. ¿Pero en esto realmente cierto? Para probar la validez de esta afirmación resulta interesante analizar al Partido Republicano en la actualidad. Graficando un poco su estructura es

(157) Charles Mathias Jr. citado por Reeves, Op. cit., p. 57.

posible compararlo con un átomo, con una serie de círculos concéntricos que giran en torno a un núcleo electromagnético que lleva el nombre de "Ronald Reagan".

El primer círculo -cerca del centro pero no muy amplio- es el de los reaganistas: un pequeño grupo que incluye al gabinete de la Casa Blanca y al Vicepresidente Bush. Los siguientes dos círculos constituyen las órbitas de los pragmáticos, los tradicionalistas y la "vieja derecha": los Senadores Baker y Dole y el Representante Robert Michel. En torno a ellos giran los miembros de la Nueva Derecha, Jack Kemp y Newt Gringrich; conservadores jóvenes y agresivos que se conciben a sí mismos como los nuevos populistas que remplazarán al elitismo de los antiguos conservadores, y que reciben apoyo y financiamiento de Phillips, Viguerie y Falwell.

¿Qué pasará cuando el núcleo desaparezca? ¿El átomo explotará? Hay quienes afirman que la era post Reagan traerá consigo un cambio en el curso y la orientación tanto del Partido Republicano como del país. En gran medida el futuro del conservadurismo norteamericano depende de quién sea elegido en 1988: con Jack Kemp carismático, de extrema derecha; un George Bush moderado, considerado un vocero leal de las políticas reaganistas, o un candidato del Partido Demócrata, caso poco probable dada su debilidad y desorganización actual (158).

(158) Bill Peterson, "Conservatives sharply split on next leader," en The Washington Post (Domingo 3 de marzo, 1985) p. A6.

Independientemente de los pronósticos que puedan hacerse en torno al futuro del conservadurismo, no cabe duda de que constituye el espíritu de la época en Estados Unidos. Los eventos del pasado reciente así como los retos del presente inmediato han generado un endurecimiento de actitudes y presupuestos a lo largo del espectro político. Para empezar el liberalismo en los ochenta se encuentra desprestigiado: los ideales progresistas de los 30's no parecen ser viables en el contexto turbulento de los 80's que incluye a una economía aletargada y un mundo revolucionario. El conservadurismo por su parte responde argumentando que la tradición es el único pilar capaz de soportar cualquier carga que el país le coloque. Sus representantes exponen ideas que hubiesen sido drogas impopulares en el mercado intelectual hace diez años. En el mundo de las ideas, así como en el de la política se puede percibir su presencia y no cabe duda que ésto constituye un evento de peso en la historia del pensamiento norteamericano: los debates en torno a la educación, la economía, la cultura y las relaciones humanas ya no se encuentran monopolizadas por una sola corriente (el liberalismo); a los conservadores ya no se les condena cuando hablan de tradición y disciplina.

Hay quienes afirman que existen varios acontecimientos que le permiten al hombre ordinario vivir como un conservador: una estructura social ya no tan elástica como la existente hace medio siglo; un énfasis creciente sobre el status y una reducción paralela en el dinamismo de una economía que al comenzar los ochenta amenaza con una depresión, el impacto de los distur-

bios de la era de Vietnam y sobre todo las presiones que surgen dentro de un país que se siente amenazado por un enemigo que ya no sólo posee ideas subversivas sino también un poderío nuclear equiparable al suyo: la Unión Soviética.

Este trabajo se ha centrado más sobre las ideas que sobre la práctica. Sin embargo en Estados Unidos -como en todo país- las ideas emergen de las prácticas y un estilo conservador de vida debe anteceder y moldear a un patrón conservador de pensamiento. El futuro del conservadurismo como una fuerza intelectual en Estados Unidos depende en gran medida del futuro del conservadurismo como una manera de vivir, hacer y manejar los asuntos de los hombres.

Es necesario resaltar algunas de las posibles obstrucciones que podrían desmoralizar a los miembros de las filas del conservadurismo actual. En primer lugar deben continuar cargando con un peso que todos los conservadores -a lo largo de la historia- han tenido que soportar: la crítica de quienes no son conservadores ¿Cómo podrá una ideología que abiertamente abraza a las élites en lugar de las masas -a excepción del "populismo" de la Nueva Derecha- obtener apoyo entre las masas? Aproximadamente 30% de los norteamericanos se conciben a sí mismos como conservadores; no necesitan ser cooptados. ¿Pero cómo se atraerá al 42% de la población que se encuentra en un "terreno medio" y al 20% inscrito dentro de la facción liberal?

Otro obstáculo para la ascendencia conservadora es el conformado por las condiciones específicas del país. La abundancia real o potencial, de la economía le concede un aire de viabilidad

incluso a los programas más desorbitados de reforma social, descreditando las advertencias que el conservador hace con respecto al uso de la prudencia. La ausencia de tradiciones e instituciones conservadoras -especialmente de una aristocracia identificable y socialmente útil- le dificulta agrupar sus fuerzas.

Un lastre para el futuro del conservadurismo es el comportamiento político y social de las generaciones de miembros anteriores. Al conservador se le acusa de haber contribuido a la inestabilidad a causa de la violencia de su lenguaje, la dureza de su individualismo y la actitud que adopta frente a la crítica y la reforma. Teóricamente el conservador tiene la obligación de advertir las amenazas al orden establecido, pero el conservador norteamericano ha sido particularmente inepto en la identificación de verdaderas amenazas y la evaluación de su intensidad: no hay ejemplo más claro que el McCartismo y la histeria que trae consigo.

Una de las flaquezas del conservador norteamericano es que parece olvidar que muchas veces el progreso social es en sí un elemento fundamental de la estabilidad social. Se resiste a reformas que podrían debilitar los cimientos de la comunidad pero rechaza también las reformas estructurales, que de ser postpuestas, terminarían por dañar los cimientos mismos. Se rehusa a ofrecer alternativas atractivas a los programas del Nuevo Trato y a entender la urgencia de las demandas que motivan su creación. El conservadurismo norteamericano -como lo señala Irving Kristol, a pesar de ser un neoconservador- es que ha demostrado ser inca-

paz de lidiar con los problemas de la sociedad industrial dinámica (159). La furia con la cual la derecha arremete contra la clase trabajadora y la arrogancia con que trata a sus críticos constituyen dos instancias deplorables de su historia. No menos destructiva para la causa de la derecha es la despreocupación que manifiesta con respecto a la pobreza y la dislocación social, particularmente en tiempos difíciles. Por otra parte su labor de identificación y protección de los derechos de la comunidad no ha sido muy loable. La derecha fracasa en el siglo XIX al no erigir una defensa en contra del materialismo que surge a raíz de la industrialización. Lo hace aún más en la coyuntura actual por la manera en la cual confunde medios económicos con fines éticos: ha hecho del individualismo económico una forma de vida en lugar de considerarlo como uno de los varios factores que conforman la ecuación norteamericana de la democracia. Es válido que la derecha insista en que la libertad económica es necesaria para la democracia, pero no que son una y la misma cosa.

Pero probablemente el obstáculo más grande al que se tendrán que enfrentar los conservadores del futuro es la desunión: se encuentran divididos, de un extremo a otro, por divergencias de status, propósito y principio. En el campo del conservadurismo moderno se encuentran no solo nuevo derechistas y neoconservadores; también católicos y protestantes; granjeros y empresarios;

(159) Irving Kristol, Reflections of a neoconservative, p. 12.

Republicanos y Democrátas; extremistas y moderados; evangelistas y secularistas; pequeños empresarios y grandes empresarios; proteccionistas y defensores del libre comercio; McCartistas y anti-McCartistas; hombres que leen National Review y hombres que ni lo entienden. Mientras que muchos de los desarrollos altamente visibles dentro de la sociedad norteamericana auguran el fortalecimiento de las tendencias conservadoras, existen otros trabajando en su contra. Sin embargo, no cabe duda que el conservadurismo constituye el conjunto de ideas dominante de la época. Y como afirma Víctor Hugo, no hay ejército más poderoso que una idea cuyo momento ha llegado.

Bibliografía

- Arendt, Hannah. Between past and future: six exercises in political thought. Nueva York: The Viking Press, 1961.
- _____. Crisis of the Republic. Nueva York: Harcourt, Brace Jacovich, Harvest Book, 1972.
- Banfield, Edward C. The unheavenly city revisited. Boston: Little, Brown, c1973.
- Bell, Daniel. The coming of post-industrial society: a venture in social forecasting. Nueva York: Basic Books, 1976.
- _____. The cultural contradictions of capitalism. Nueva York: Knopf, 1975.
- _____. The end of ideology: on the exhaustion of political ideas in the fifties. Nueva York: The Free Press, 1965.
- _____. The radical right. Nueva York: Doubleday, Anchor Books, c1964.
- Berger, Peter L. Pyramids of sacrifice: political ethics and social change. Nueva York: Basic Books, 1974.
- Bollier, David. Liberty and justice for some: defending a free society from the radical rights holy war on democracy. Washington: Frederick Unger, 1982.
- Buckley, William F. Up from liberalism. New Rochelle: Arlington House, 1968.
- Buckley, William F., Jr. Four reforms: a program for the seventies. Nueva York: G. P. Putnam, Berkeley Medalion Book, 1975.
- Crawford, Alan. Thunder on the right: the new right and the politics of resentment. Nueva York: Pantheon, c1981.
- Crittenden, Ann. "The wind's blowing toward the right for now," en The New York Times Domingo (julio 16, 1978) Sección 3.
- Dugger, Ronnie. Reagan: the man and his presidency. Nueva York: McGraw Hill, c1983.
- Eisenstein, Zillah. "El feminismo contra la nueva derecha," en Pablo González Casanova (ed.). Estados Unidos, hoy. México: Siglo XXI,

- Feulber, Edwin J. Conservatives stalk the house. Ottawa: Green Hill, c1983.
- Friedman, Milton. Capitalism and freedom. Chicago: University of Chicago Press, 1972.
- Fryer, Russell. Recent conservative political thought; American perspectives. Washington: University Press of America, c1979.
- Gettleman, Marvin E. y Mermelstein, David (eds.) The failure of American liberalism. Nueva York: Vintage Books, 1969.
- Glazer, Nathan. Affirmative discrimination: ethnic inequality and public policy. Nueva York, Basic Books, c1975.
- _____. "The limits of social policy," en Commentary (agosto de 1976)
- _____. "On being deradicalized," en Commentary (octubre 1970).
- _____. "The paradoxes of poverty," en The Public Interest, no. 1 (otoño 1965)
- Guttman, Allen. The conservative tradition in America. Nueva York: Oxford University Press, 1967.
- Hampshire, Stuart. "The conservative dilemma," en The New York Review of Books (febrero 24, 1972)..
- Hart, Jeffrey. The American dissent: a decade of modern conservatism. Garden City: Doubleday, 1966.
- Hartz, Louis. The liberal tradition in America. Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1955.
- Himmelfarb, Milton. "On Leo Strauss," en Commentary (agosto de 1974).
- Hofstadter, Richard. The paranoid style in American politics and other essays. Nueva York: Alfred Knopf, 1965.
- Holden, Mathew. Varieties of political conservatism. Beverly Hills: Sage, 1974.

- Hunter, Allen. "Entre bastidores: ideología y organización de la nueva derecha" en Revista Mexicana de Sociología, año XLII, v. XLIII (1981).
- Huntington, Samuel P. Political order in changing societies. New Haven: Yale University Press, 1968.
- _____ y Raab, Earl. The politics of unreason. Nueva York: Harper and Row, 1970.
- Jay, Martin y Botstein. "Hannah Arendt: opposing views," en Partisan Review, v. CLV, n. 3 (1978).
- Kirk, Russell. The conservative mind from Burke to Eliot. South Berd, Ind.: Gateway, 1978.
- Kristol, Irving. The democratic idea in America. Nueva York: Harper Torch Books, 1972.
- _____. Reflections of a neoconservative. Nueva York: Basic Books, c1983.
- _____. "When virtue loses all her loneliss: some reflections on capitalism and the free society," en The Public Interest, n. 21 (otoño 1970).
- Liebowitz, Nathan. Daniel Bell and the agony of modern liberalism. Westport: Greenwood, c1985.
- Lora, Ronald. Conservative minds in America. Westport: Greendwood Press, c1976.
- Meyer, Frank S. The conservative mainstream. New Rochelle: Arlington, c1969.
- Nash, George. The conservative intellectual movement in America since 1945. Nueva York: Basic Books, c1976.
- Nisbet, Robert. Community and power. Nueva York: Oxford University Press, Galaxy Book, 1967.
- _____. Social change and history: aspects of the Western theory development. Nueva York: Oxford University Press, 1969.
- _____. The social philosophers: community and conflict in Western thought. Nueva York: Thomas X. Crowell, 1973.
- _____. The sociological tradition. Nueva York: Basic Books, 1966.
- Nisbet, Robert A. "The twilight of authority," en The Public Interest, no. 15 (primavera 1969).

- Peterson, Bill. "Conservatives sharply split on the next leader," en The Washington Post (Domingo 3 de marzo 1985)
- Pitkin, Hannah Fenichel. "The roots of conservatism: Michael Oakeshott and the denial of politics," en Lewis A. Coser e Irving Howe (eds.) The new conservatives: a critique from the left. Nueva York: Quadrangle, 1973.
- Podhoretz, Norman, "The new American majority," en Commentary (enero de 1981).
- Rossiter, Clinton. Conservatism in America. Nueva York: Alfred Knopf, c1968.
- Rothschild, Emma. "Reagan and the Real America," en The New York Review of Books, v. XXVIII, n. 1 (5 de febrero de 1981).
- Schoenberger, Robert (ed.) The American right wing. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, c1969.
- Shklar, Judith. "Hannah Arendt's triumph," en The New Republic (diciembre 27, 1975).
- Sigler, Jay A. The conservative tradition in American thought. Nueva York: Putnam, c1969.
- Sorman, Guy. The conservative revolution in America. Lake Bluff: Regnery Gateway, c1985.
- Steinfels, Peter. The neoconservatives. Nueva York: Simon and Schuster, c1979.
- Storing, Herbert J. (ed.). Essays on the scientific study of politics. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, c1962.
- Strauss, Leo. The city of man. Chicago: Rand McNally, 1964
- _____. Natural rights and history. Chicago: University of Chicago Press, 1974.
- _____. What is political philosophy? Glencoe: The Free Press, 1959.
- "A symposium what is a liberal -who is a conservative," en Commentary, v.62, n.3 (septiembre 1976).

- Tonsor, Stephen J. "The second spring of American conservatism," en National Review (septiembre 30, 1977).
- Viguerie, Richard. The new right: we're ready to lead. Falls Church, Virginia: The Viguerie Company, c1980.
- Walter, Rush. The mind of America, 1820-1860. Nueva York: Columbia University Press, 1975.
- White, Clinton. Why Reagan won. Chicago: Regnery Gateway, c1981.
- Wilson, James Q. Thinking about crime. Nueva York: Vintage Books, c1977.
- Wolfinger, Raymond, Shapiro Martin y Greenstein Fred I. (eds.). Dynamics of American politics. Englewood Cliffs: Prentice Hall, c1976.
- Wolin, Sheldon "The new conservatives," en The New York Review of Books (5 de febrero de 1976).
- _____. Politics and vision. Boston: Little, Brown, 1960.
- Yale Pines, Burton. Back to basics. Nueva York: Morrow, c1982.
- Young, James P. The politics of affluence; ideology in the United States since World War II. San Francisco: Chandler, c1968.